

MUJERES VIRTUOSAS

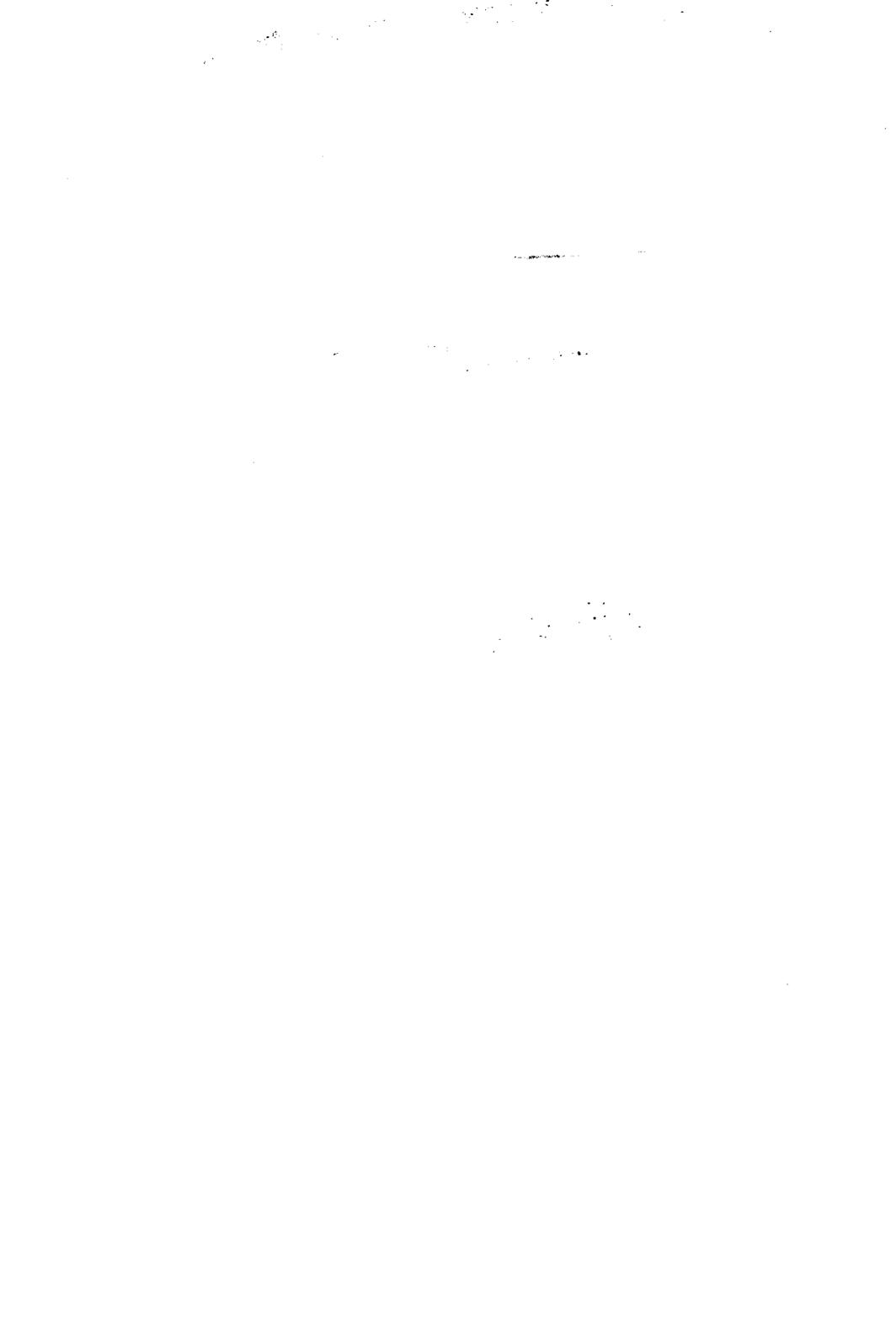
del Arenal de las Ocas Amoras

GU HUA



895.13
G896m

EL COLEGIO DE MÉXICO



MUJERES VIRTUOSAS
del Arenal de las Ocas Amoras

CENTRO DE ESTUDIOS DE ASIA Y ÁFRICA

MUJERES VIRTUOSAS
del Arenal de las Ocas Amoras

GU HUA

Chen Zhiyuan
Traducción

Romer Alejandro Cornejo
Revisión de la traducción

Rosina Conde
Versión literaria en español



EL COLEGIO DE MÉXICO

895.13
G896m

Gu, Hua, 1942-

Mujeres virtuosas : del arenal de las ocas amorosas /
Gu Hua ; Chen Zhiyuan, traducción ; Romer Alejandro
Cornejo, revisión de traducción ; Rosina Conde, versión
literaria en español.-- México :

El Colegio de México, Centro de Estudios de Asia y
África, 2000.

193 p. ; 21 cm.

ISBN 968-12-0940-0

Portada: Irma Eugenia Alva Valencia

**Jovencita sosteniendo una ramita de jazmín (?)
hoja del álbum de la familia Manchú.**

**Color y tinta sobre papel, de 13¹/₈ X 14¹/₈ pulgadas.
Probablemente del periodo K'ang-hsi (1662-1723).
Regalo anónimo, 1952 (52. 209.3d)**

Primera edición en español, 2000

**D.R. © El Colegio de México
Camino al Ajusco 20
Pedregal de Santa Teresa
10740, México, D. F.**

**ISBN 968-12-0940-0
Impreso en México**

ÍNDICE

Prólogo a la edición en español	9
Qué pienso acerca de la literatura	11
I	15
II	21
III	29
IV	35
V	43
VI	49
VII	55
VIII	63
IX	73
X	83
XI	91
XII	101
XIII	113
XIV	123
XV	137
XVI	147
XVII	155
XVIII	163
XIX	173
XX	183
Cronología	193

PRÓLOGO A LA EDICIÓN EN ESPAÑOL

Soy un escritor chino. Desde 1962, año en que publiqué mis dos primeras novelas, hasta ahora, me he dedicado a la creación literaria por treinta y seis años. Durante este tiempo, se han publicado siete novelas largas, doce novelas de mediano tamaño, ocho colecciones de cuentos, y cinco colecciones más de ensayos y anécdotas de viaje.

Entre todos estos libros, *Un pequeño pueblo llamado Hibisco* fue galardonado con el Premio Mao Dun de Literatura, y *Una choza cubierta por enredaderas* obtuvo el Premio de los Mejores Cuentos de 1981 de China, los cuales constituyen los más altos honores en la creación literaria de la China contemporánea.

Algunas de mis obras han sido traducidas al español, inglés, francés, alemán, ruso, japonés, holandés, coreano, húngaro y otras lenguas, y se publicaron en diferentes países.

Mujeres virtuosas fue escrita en 1985. Se publicó por primera vez en la revista literaria *Ciudad de Flores* (núm. 1, Guangzhou, 1985). En 1987, fue adaptada a una película bajo el mismo título por los Estudios Cinematográficos de Beijing, y se proyectó en China. Al mismo tiempo, la novela se publicó en China, Hong Kong y Taiwan. El libro fue bien acogido por los lectores. Más tarde, en 1995, la edición de la novela en holandés salió en Amsterdam. En 1996 la edición en inglés vio la luz en Estados Unidos. Ahora, mi amigo el doctor Chen Zhiyuan la tradujo al español, para su publicación en México. Quiero aprovechar esta ocasión para expresar mi sincero deseo de que esta traducción sea bien acogida por los lectores hispanohablantes.

GU HUA
5 de diciembre de 1998
en mi casa de un suburbio de Vancouver

QUÉ PIENSO ACERCA DE LA LITERATURA

Me han preguntado y yo también me pregunto: ¿qué es la literatura? Se dice que la literatura es el símbolo de la angustia, la expresión de la naturaleza humana o el reflejo de la historia. Se dice que es la explosión de los sentimientos más íntimos del ser humano, una alerta, una sensación, un despertar; es fantasía, pesadilla; un ideal, una historia alternativa, un episodio, una leyenda; luz y calor; tambor y eco; fuente de energía y fuerza propulsora; interferencia y desafío a la vida; lente de aumento y espejo de distorsión; cómplice y compañero en la vida; barómetro histórico y termómetro político...

La literatura no es nada y al mismo tiempo es todo. Y digo que no es nada como si dijera: "aquí no hay nada, sino tres mil onzas de plata". Digo que es todo porque, independientemente de su origen nacional, racial y continental, independientemente del sistema de signos lingüísticos en que se escriba, no puede apartarse de la sociedad, la vida, los sentimientos y la naturaleza humana. Por ende, digo que la literatura es la amante de los carentes de amor, la compañera en una noche solitaria, amiga de los viajeros. Digo que la literatura es una construcción protectora en una selva, el jardín en los montes de los dioses, el oasis en el mar de arenas, la fuente de un inmenso desierto. ¿Acaso no podemos denominarla, algo así, como si fuera condimento, hormona, jalea real, estimulante?

No soy cínico ni mucho menos. Soy un cuarentón nutrido por la literatura, honesto, respetuoso y decente. ¡Ya tengo cuarenta y tres años! En los años pasados, fue la literatura la que me dio consuelo, estímulo y fuerza espiritual. En el curso de mi creación literaria, abrazo la vida; sorbo el rocío matutino; saboreo lo amargo y lo dulce; me sumerjo en mi amor y odio; me aferro a

mi esperanza en el futuro. He venido arrastrándome entre líneas de letras, husmeando, buscando y explorando en este mundo perdido. Y escribí cuentos y novelas: *Un pueblo llamado Hibisco* representa un cuadro mezclado entre las vicisitudes políticas y la pintoresca vida cotidiana de mi pueblo; *Rebeldía* y *Huida* cantan al espíritu rebelde de la gente que vive en las Cinco Cordilleras de China;¹ *Choza cubierta por enredaderas* y *Aldea de hermanas* reflejan la vida de la gente menos afortunada, a quienes tarda tanto en llegar la civilización humana; *Mujer kejia*² *bajo el árbol de laurel* y *El molino en el riachuelo de Palma* relatan los cambios en la vida rural en una zona montañosa sureña de China.

Me siento como si estuviera dentro de las corrientes de vida a las que me refiero en mis cuentos y novelas, las cuales se precipitan por entre las montañas rocosas para proporcionarme estímulo, energía y alegría. Muchas de estas obras fueron traducidas a diferentes lenguas extranjeras, adaptadas a películas, telenovelas o dramas, premiadas en todas las formas, y acogidas por los lectores dentro y fuera de China. No obstante, pienso que todos estos éxitos se deben a mi “abrazo” a la vida, al matrimonio entre el arte y la vida. Desde el punto de vista de la genética, la reproducción entre los parientes resulta en la decadencia de la vida, y el arte necesita variaciones genéticas para mantener su superioridad en su crecimiento.

Entonces, ¿qué quieren decir el “abrazo a la vida” y el “matrimonio entre el arte y la vida”? Esta idea viene de mi reflexión sobre la literatura y de la inspiración de la vida misma. Una vez, en alguna ocasión, me reencontré con una vieja amiga a quien no veía desde hacía mucho tiempo. Nos abrazamos durante largo rato, mientras las lágrimas nos mojaban los hombros, aunque sin sollozar. En su cara, sus arrugas. ¿Sería el paso de los años o la profundidad de su juventud?; ¿sería el plateado de sus cabellos el rocío del otoño?; ¿serían sus ojos perlas brillantes o apagadas? Por fin, nos separamos, y con la distancia, logramos vernos mejor. Nos

¹ Las Cinco Cordilleras se sitúan en el sur de China.

² Kejia se refiere a un grupo de norteños chinos que se establecieron en la provincia de Guangdong, al sur de China.

pusimos las manos sobre los hombros uno a otro para reconocernos, observarnos, y exclamamos:

—Amiga mía, has adelgazado. Tienes la cara llena de arrugas. ¡Oh, te han salido tantas canas...! Te ha torturado la vida, ¿verdad?

—Pero tú no has cambiado nada, amigo. Tus manos siguen siendo fuertes... Y estás más guapo...

Veo, pues, que la vida y la literatura tienen una connotación común, que es abrazo, que es beso; y por muy vehementes que sean, no falta cierto sentido de ceguera, espontaneidad, excitación. ¡Es tan difícil reconocer la verdadera faz a corta distancia! Sólo cuando se distancian las dos, uno puede despertar y recobrar la tranquilidad. Aunque en este momento se ha enfriado la vehemencia, la emoción y la situación se han tornado más ambiguas, uno empieza a percatarse tanto del espacio como del tiempo, y a situarse en un espacio tridimensional, lo que le permite captar una visión más amplia y ser capaz de medir con exactitud la profundidad histórica.

Además, en la creación novelística, hay que seguir ciertos principios. La novela tiene que ser leíble y amena. Pero no hay que adaptarse sólo al gusto del lector o perseguir la ganancia económica ni, mucho menos, encerrarse en una “torre de marfil” ni entrar en un callejón estrecho en busca de un estilo rebuscado. Ésta fue la razón por la que escribí *Mujeres virtuosas*, *Etiqueta y costumbre de “noventa y nueve”* y *Cuento legendario del Monte de Niebla*, etcétera. Se trata de un experimento en el que no faltan defectos e inmadurez estilística. Ojalá que estas carencias me sigan acompañando. Son signos de vanguardia. Hacer vanguardia, aunque sea un proceso lento. No me preocupa que me critiquen ni que me llamen niño grande o viejo ingenuo, porque, finalmente, solo así puedo dirigirme hacia la sabiduría. Es como las frutas: cuando maduran, se pudren y se acaban.

En fin, ¿qué es la literatura? La literatura es una primavera sin fin, un canto infantil y vehemente a la vida. Esto es lo que me estimula, me da fuerza y me empuja hacia adelante.

I

Las grandes montañas Cúspide Celestial, decoradas con sus pintorescas rocas, altos precipicios y acantilados, se alzan al norte de las Cinco Cordilleras, que atraviesan el sur de China. Dignas de su nombre, la cordillera Cúspide Celestial dona a la Naturaleza con su impresionante majestuosidad. A sus pies se esparcen varios pueblos, entre ellos el Arenal de las Ocas Amorosas, donde habitan entre setenta y ochenta familias. La aldea cobró este nombre desde la remota antigüedad porque el río Oda a la Oca solía correr frente a ella, y en sus cristalinas aguas se reflejaban lo majestuoso de la montaña, lo azul del cielo, lo blanco de las nubes y lo hermoso de la aldea. Como el río era ancho, con yerbas acuáticas, y el agua fresca en verano y caliente en invierno, solía ser el sitio ideal para que las ocas silvestres pasaran allí el invierno. Por el río también se transportaba madera, e iban y venían lanchas y veleros mercantiles. La valentía, la fuerza y la majestuosidad de la corriente fluvial eran compatibles y comparables con las de las montañas.

Un día, no se sabe de qué dinastía o de qué época, de repente, el río encontró otra salida: la corriente rompió el viejo dique, cambió su rumbo, y empezó a precipitarse detrás de las montañas. Parecería una verdadera traición a la Naturaleza, ¿no? Sin embargo, la montaña que estaba detrás de la aldea siguió alzándose inmóvil, representando lo estable y lo cruel del transcurso histórico del lugar. Para todo el mundo debe haber sido una sorpresa que la pequeña aldea hubiera sobrevivido hasta la fecha, pese a las miles de vicisitudes, penalidades y devastaciones por las que ha pasado, padeciendo las maldades tanto de las fuerzas humanas como de las fuerzas naturales. Las viejas chozas de madera se pudrieron y se cayeron tantas veces como los muros, y otras casas de piedra

se levantaron más tarde. Siglo tras siglo, se ha repetido este mismo ciclo histórico. Todo el mundo cree que la afortunada existencia de la aldea se debe a la protección misteriosa y mágica de la cordillera Cúspide Celestial.

Al desviarse el río, quedó un banco seco de gravas de todos colores, de todos tamaños y formas, de cinco kilómetros de ancho, y, como consecuencia, las famosas ocas dejaron de frecuentar el lugar. Las gravas, aunque no són tan famosas como ellas, a lo mejor fueron residuos del periodo Glaciar, más antiguas que cualquier especie de árbol, arbusto, planta, animal, pájaro o cualquier ser viviente de la región; no obstante, los antepasados de estas especies ponen de manifiesto los sucesos más remotos, anteriores al momento en que Pan Gu formara el universo, antes de que escribiera el principio vital de la naturaleza, y los primeros emperadores dominaran China. Es probable que Nüwa las haya utilizado para tapar el hueco del cielo alguna vez cuando éste se rompió, Jing Wei para llenar el mar, y Dayü para someter las inundaciones. ¿Quién puede saberlo?

Sin embargo, desde la antigüedad no fueron estas gravas, sino unas lápidas, símbolos de castidad y fidelidad femenina, las que realmente hicieron famosa la aldea del Arenal de las Ocas Amoras en toda la región. Las lápidas de las mujeres virtuosas, de unos siete a nueve metros de altura, en forma de una arcada, estaban conformadas por cuatro columnas y una viga de piedra blanquísima. En su superficie se hallaban incrustadas las letras del nombre y apellido de cada una de las mujeres merecedoras de este título, sus fechas de nacimiento y fallecimiento, así como las del nombramiento y levantamiento de la lápida. De distintos tamaños, las lápidas se alzaban a unos treinta o cincuenta pasos de distancia unas de otras, y formaban una fila recta parecida a una callejuela. Es por eso que los lugareños la nombraron Callejuela de las Mujeres Virtuosas. Entre las quince lápidas que se alineaban a lo largo de la callejuela, según el orden cronológico de las dinastías Tang, Song, Yuan, Ming y Qing, dos eran las más famosas: una llevaba la inscripción de Taizu, primer emperador de la dinastía Song, y la otra marcaba el nombra-

miento otorgado personalmente por el emperador Yongzheng de la dinastía Qing. La callejuela había sido empedrada con bloques de rocas negras; se hallaba protegida por dos muros bajos delante y detrás de las lápidas, y estaba decorada con dos hileras de vírgenes de color azulado que se encontraban enfrente de los muros e imponían su presencia como guardias inmortales. Durante años, la aldea fue un centro turístico de la región por tener esta joya que representaba la castidad femenina.

El pie de la montaña siempre ha estado cubierto y dominado por una espesa capa de humo perfumante del incienso que la gente ha venido quemando a lo largo de los siglos. Se dice que el gran emperador Qianlong de la dinastía Qing también vino al pueblo en un viaje por el sur de China, y dejó una inscripción con las siguientes palabras: "Todos los funcionarios públicos del país deben descender aquí de su caballo para rendir homenaje a estas mujeres virtuosas." Más tarde, los caciques del lugar hicieron grabar estas letras en una gran lápida, y avivaron el ambiente digno y majestuoso de este santo lugar. Al llegar el Año Nuevo, la Fiesta Primavera y el Día de Claridad,¹ la callejuela se llenaba con los oriundos y forasteros de los distritos vecinos, quienes traían a sus hijas solteras a quemar incienso y papel moneda de imitación, y reverenciarse ante estas lápidas para rendirles homenaje. Generalmente, la ceremonia terminaba con las historias sobre estas castas mujeres por parte de los padres y abuelos de la joven generación femenina. La narración de cuentos siempre era acompañada por sollozos, expresiones de seriedad y tristeza, sentimientos de ternura y compasión...

Quince lápidas, que servían como una reliquia histórica y cultural, curiosa e interesante, se habían conservado por más de mil años hasta principios de 1958, momento en que se inició en toda la nación el movimiento del "Gran Salto Adelante" para erradicar las antiguas supersticiones. Una nueva mitología remplazó la vieja hazaña de la virginidad y se echaron abajo las lápidas, y, en su lugar, se levantaron altos hornos caseros para fabricar una cosa

¹ De acuerdo con el calendario lunar chino, el Día de Claridad es el quinto día del tercer mes lunar de cada año.

llamada acero. Durante el día y la noche, los hornos tragaban charolas de hierro que la gente traía de las cocinas, y vomitaban humos negros y fuegos rojos hacia el cielo. De allí se fabricaron unos bloques de chatarra que no servían, sino para “aumentar la cantidad”, con la finalidad de competir con los colosos occidentales en la producción de acero. Se decía que, con estas chatarras, pronto alcanzaríamos un paraíso humano de estilo renovado.

Hasta la fecha –primavera de 1983–, los ancianos de la aldea todavía recuerdan estas lápidas con mucho sentimiento y lamentan su desaparición; pero los jóvenes sienten su lástima de una manera distinta. Dicen que si se hubieran guardado las quince lápidas junto con los quince tristes cuentos de virtud femenina, y se promovieran comercialmente estas reliquias monumentales, se convertirían seguramente en un nuevo milagro humano, tan legendario como las siete maravillas del mundo y otros monumentos como las pirámides de Egipto, los jardines colgantes de Babilonia, la estatua de Zeus en Olimpia, el templo de Artemisa de Efeso en Grecia, el mausoleo de Halicarnaso, el Coloso de Rodas, el faro de Alejandría; así como el templo de Borobudur de Indonesia y el de Angkor de Camboya. De esta manera, se atraerían innumerables turistas, principalmente feministas e historiadoras de todo el mundo; se ganarían muchas divisas, y, con toda seguridad, nuestra economía local se volvería más próspera... Algunos, incluso, han propuesto que se cobre un impuesto local y se pida dinero al gobierno estatal o provincial para recuperar la vieja fisonomía de la Callejuela de las Mujeres Virtuosas. Con fondos suficientes, se podrían echar abajo los hornos de acero abandonados; allanar el terreno; reparar las lápidas rotas, y levantar las caídas... Así ha sido siempre la vida humana: caprichosa, cambiante y trastornada a veces. La historia nos ha burlado, y no sabemos que hacer con nuestras reliquias.

He aquí que les voy a contar dos cuentos sucedidos precisamente en este terreno: el Arenal de las Ocas Amorosas. Ambos tienen mucho que ver con estas lápidas de castidad y fidelidad femeninas. Uno trata sobre una mujer que vivió en el último periodo de la dinastía Qing. Fue casta, pero no fiel. El otro, de la

presente época, trata sobre una mujer que ha sido fiel, pero no casta. Ninguno de los dos está relacionado en su argumento; pero ambos confluyen en algo común en cuanto a nuestro concepto histórico. Lo que se narra en ellos constituye algo muy importante, algo sobre lo cual las historiadoras y feministas de ahora deberían tomar en consideración y hacer un profundo estudio.

II

Corre el año 1983.

Recientemente, se hizo famosa en el pueblo la Compañía de Transporte de Gravas, la cual se encuentra administrada por el comité vecinal de la aldea, y dirigida por el gobierno popular del Cantón. La fundación de esta compañía cambió totalmente la fisonomía de la aldea. En el pasado, las gravas no servían, sino para la construcción de caminos, murallas, pozos, terrazas, patios, eras, corrales para puercos y gallinas... Con el desarrollo de las miles de empresas dedicadas a la modernización del país en el último periodo, el arenal se convirtió repentinamente en una fuente inagotable de materiales para la construcción de las bases de edificios, líneas férreas y carreteras, así como para la fabricación de hormigón armado y la construcción de presas y puentes. Actualmente, el gerente de la compañía es el director del comité aldeano, Xiao Hanchu, quien fue maestro de la escuela primaria de la aldea, y es famoso en el pueblo por su afición a los libros de letras clásicas. La compañía tiene bajo su administración tres equipos de transporte. El negocio anda bien, pues de cada carga completa de grava, un camión se puede ganar dos yuanes. La compañía paga tres yuanes por la carga y descarga de cada camión. Por la gran demanda del mercado, sólo con el ingreso de un año, tanto Xiao como los accionistas se enriquecieron. Al ver que el puesto de gerente es blanco de envidias, unos camioneros de buena fe le aconsejaron a Xiao que cerrara bajo candado su casa, y no saliera por la noche para evitar un asalto o asesinato. Al oír estos consejos, Xiao contestaba riendo a carcajadas:

—La época en que los bandidos atacaban a los ricos ha pasado para siempre a la historia.

Con el aumento de la producción y la creciente ida y venida de los camioneros, el negocio de la taberna Perfume Nocturno también se hizo cada vez más próspero. Enfrente de la taberna se extiende un prado, por cuya franja corre un riachuelo donde los camioneros se lavan, se bañan y sacan agua para el enfriamiento del motor de su camión. Ambas orillas del riachuelo se hallan adornadas por bambúes de dragón. La dueña de la taberna, de apellido Yao, se llama Guihua, y tendrá unos treinta años. Tiene una cara atractiva, cejas negras y ojos hermosos. Cuando ríe, enseña unos dientes tan blancos como el jade de la región. A los gordos les encanta ver su figura esbelta, y a los flacos, su cuerpo frondoso. Usualmente, lleva una blusa ceñida a la cintura que hace saltar a la vista unos senos abundantes. Los camioneros, al pasar por la taberna, frenan sus camiones, hacen sonar la bocina o asoman su cabeza por la ventanilla para echar un vistazo a esta belleza campestre. Algunos, incluso, detienen sus vehículos enfrente de la puerta de la taberna y gritan:

—Guihua, ¿me oyes?, ya llegó tu cliente favorito.

—¿Y por qué no te bajas del camión y entras?

—¿Te tomarías una copa conmigo?

—Hoy tenemos vino de arroz, cacahuete, requesón de soya ahumado y panza de puerco cocida con salsa.

—¿Vino...? ¿Qué te pasa? ¿No tienes algo fuerte?

—Tenemos aguardiente de los Cinco Cereales, el Licor Deshan. ¿Sales hoy de viaje?

—¡Claro! Si no trabajara todos los días, ¿quién pagaría el impuesto de transporte y mis gastos diarios?

—¿Y por qué te paras a mi puerta? Vete. ¡Aquí no hay ni una gota de licor para ti!

—Solo que me iría un poco preocupado, porque ese par de tetas tan grandes y preciosas podrían romper tu blusa y salirse en cualquier momento.

—¡Largo de aquí! Y cuidado, ¿eh? Si metes las narices donde no debes, irás al precipicio junto con tu camión.

—Ya que Wu el Mayor no está, ¿qué me importa, si sólo estoy bromeando contigo? ¿Quién no sabe que fuiste víctima de una intriga, y no pudiste menos que casarte con ese hombre tan raro?

El conductor pisa el acelerador. Una ráfaga de humo negro sale del tubo de escape detrás del camión. Una vez que se ha ido, Guihua, de pie a la puerta de la taberna, con los ojos fijos en el camión que ve a lo lejos, se siente insultada. Se enoja y quiere llorar; pero no puede. Quiere gritarle “¡tu puta madre!”; pero tampoco es capaz de hacerlo. Reza un dicho: “La broma no toca la verdad: la verdad irrita a la gente.” El marido de Guihua también es chofer, y trabaja para la Compañía Distrital de Transporte. Wu el Mayor es extremadamente moreno y chaparro. Es media cabeza más bajo que su esposa y veinte años mayor que ella. Tiene exactamente la misma edad que los padres de Guihua, quienes murieron en las luchas de facciones durante la Revolución Cultural. Ellos fueron cuadros del Buró Distrital de Comercio. Para defender los intereses de no se sabía quién, se ofrecieron como cabecillas de alguna organización política del lugar. Al perder la vida en una pelea armada, dejaron huérfana a Guihua, entonces de quince años de edad, y sin apoyo alguno en el mundo. Para ganarse la vida, ella tuvo que vender lo que encontraba en la basura; trabajar como niñera u obrera temporal en un trapiche, en un taller de lavados y teñidos, y en fábricas de abonos químicos, minas de cal, hornos de ladrillos, etcétera. Sin protección alguna, trabajó duro y sufrió toda clase de penalidades con el fin de cambiar su trabajo, sudor y esfuerzos por una migaja de pan para matar el hambre y comprar algún trapo que le cubriera el cuerpo. En 1974, año del Movimiento de Crítica a Lin Biao y Confucio,¹ ya tenía 21 años. Era sucia, flaca, desnutrida y tenía el cabello maltratado. Unos vecinos que sentían lástima por ella se la ofrecieron en matrimonio al chofer Wu, quien tampoco tenía familiar alguno en el mundo. Según los

¹ Movimiento político levantado por los entonces líderes del Partido Comunista de China, y dirigido a eliminar la imagen positiva de Lin Biao como fiel seguidor de Mao Zedong, después de su fallida huida a la Unión Soviética, y a criticar a Zhou Enlai como derechista (N. del T.).

vecinos, Wu era un poco mayor que ella, y eso fue todo lo que le dijeron acerca de él. Al principio, Guihua no quería casarse; pero finalmente la convencieron. Sin embargo, el día de la boda, después de cambiarse de ropa y lavarse el pelo, decidió no ir al encuentro de ese hombre al que no había visto nunca en la vida. Sin poder hacer nada para convencerla, la engañaron con el cuento de que se casaría con Che Ganzi, el aprendiz del chofer Wu, quien era más o menos de su misma edad y tampoco tenía familia. Después de lavarse el pelo y volverse a cambiar de ropa, la llevaron al dormitorio de la compañía de transporte. Allí, por entre un montón de lienzos y panfletos de todos tamaños y colores, llenos de consignas de propaganda, ataques personales y censuras políticas, apareció un grupo de camioneros solteros. Como durante la Revolución Cultural se detuvo la producción, y estos solteros no tenían que hacer, decidieron jugar con ella. La agarraron y la encerraron en un cuarto vacío. Luego le llevaron té, caramelos, cacahuates y frutas para imponerle una boda sorpresa. Al ver todo eso, Guihua sintió mareos, pero ya no pudo escapar; no tuvo fuerza ni energías para reaccionar. Su único consuelo fue que el novio era joven, fuerte y se veía honrado... Entonces, los solteros empezaron la acción: trajeron mesas, sillas y una cama; sacaron lienzos de papel rojo para escribir dísticos de felicitaciones; donaron dinero para comprar cigarrillos, dulces, licor, vino. Además, fueron a comprar regalos de boda tales como cacerolas, tazones, platos, ollas... La boda se llevó a cabo primero, y el certificado de matrimonio se sacó más tarde en la oficina del gobierno. En esta boda sorpresiva relámpago, todo el mundo gritaba; encendía petardos; reía a carcajadas; vitoreaba; tomaba; fumaba. Debajo de, y entre nubarrones de humo, la muchacha, cabizbaja y avergonzada, ni siquiera se atrevió a echar un vistazo a su novio desconocido. Aturdida, en este ambiente de confusión, Guihua fue llevada a un cuarto de nupcias invadido de perfume. Tras su entrada, se apagó la luz y se cerró la puerta bajo llave. Luego fue desvestida y zarandeada. Guihua se sentía un trozo de madera, una piedra, sacudida de un lado a otro, y con la que se jugueteó a lo largo de la noche... Así fue convertida en esposa. Al amanecer, en vez de

encontrarse con aquel joven que se había casado con ella el día anterior, se despertó frente a otra persona. Wu el Mayor estaba desnudo a su lado. Guihua veía una criatura bajita, con una cara renegrida y un cuerpo flaquito. Además, ¡parecía unos veinte años mayor que ella! Entonces, se llenó de odio, rencor y enojo. Quería llorar, gritar y escapar... Pero la puerta estaba bajo llave. ¿Y las ventanas? Estaban decoradas con barras de hierro. Además, sin ningún pariente ni amigo en este mundo, ¿adónde podría ir? La única salida era el suicidio, pues había caído en la trampa que le habían tendido unos desconocidos, y había perdido la virginidad. ¡Qué vergüenza! Durante tres días con sus noches no se levantó de la cama ni consumió comida ni agua. Wu el Mayor la trató con mucha paciencia. La cuidó, la consoló, le juró tratarla bien y mantenerla toda la vida, y ser sumiso en todos los casos. Por último, le dio todo su depósito bancario, dos mil yuanes, y todos sus cupones de cereales, de unos 250 kg cada uno. Con profundo odio, Guihua empezó a pelear contra el esposo impuesto, enterrándole las uñas en sus carnes y golpeándolo. Él no se defendió ni la contraatacó ni protestó contra ella ni gritó, ni siquiera retrocedió un paso, y la dejó hacer con él todo lo que quisiera. Finalmente, Guihua se cansó y se ablandó. Ese era su destino y no podía escapar. Recordó el viejo canto de las mujeres de la antigua generación: “Si te casas con un gallo, en su gallina te convertirás; si te casas con un perro, su perra serás, y si te casas con un tronco, en la espalda lo cargarás...”

Una boda absurda solo puede ocurrir en una época absurda. Guihua quedó rendida, sumisa. El joven, el aprendiz de Wu el Mayor, no se atrevió a aparecer otra vez delante de ella durante tres años enteros desde que realizó esa “hazaña” en favor de su maestro. Lo curioso es que, después de la boda, ella se puso cada vez más bella: los senos se le tornaron plenos, el cabello se le brillantó y la cara le cambió de gris amarillento a rojizo, gracias a una vida estable y la buena nutrición. Todo el mundo decía que Guihua no se había hecho moza, sino hasta los veintitantos años, y se había convertido en la belleza número uno del pueblo. La gente que no la había visto en mucho tiempo se sorprendía por

este rotundo cambio físico. Guihua era dócil y cariñosa con su marido; sin embargo, parecía que algo importante faltaba en su vida conyugal. Quería embarazarse y tener un hijo o hija, pero nunca lo logró.

Wu el Mayor, al ver que su mujer tenía una vida estable y tranquila, y había embellecido gracias a él, poco a poco se sintió su salvador, benefactor y protector. Al mismo tiempo, le surgieron dudas, envidias y celos. ¿Y si ella tuviera otro hombre?: era demasiado atractiva. Incluso, a veces, se le ocurría hacerle un “examen médico” para ver si había tenido relaciones sexuales con algún jovencito del pueblo. Por supuesto que se lo hacía a la fuerza: a golpes y puñetazos. Wu el Mayor siempre se había llevado bien con sus colegas; era buen chofer además de buen mecánico, y trataba a los amigos con gentileza. Por eso a nadie se le ocurrió tocarla ni proponerle relaciones sentimentales en más de seis años que llevaban hospedados en los dormitorios de la compañía de transporte.

En la primavera de 1982, cuando Wu el Mayor pasó por el Arenal de las Ocas Amorosas, su tierra natal, en una misión de su trabajo de carga, oyó decir a la gente que se establecería una compañía de transporte para un negocio de venta de gravas en el lugar. Entonces, le surgió la idea de abrir una taberna en el arenal para ganar más dinero y darle algo que hacer a su esposa. Más tarde, aprovechando sus influencias como chofer, invitó a los cabecillas del lugar a un banquete de lujo; compró una parcela de tierra que se hallaba al pie de una cuesta de la colina, a un lado de la carretera, y levantó una construcción compuesta de dos partes: una taberna y una residencia. Le salió barata porque los materiales principales fueron simplemente gravas que podía conseguir gratuitamente en el arenal. Lo único en lo que tuvo que invertir fue en las tejas de cemento y la cal para el suelo y la base. El aprendiz, quien había desempeñado el papel de esposo falso en la boda de su maestro, otra vez se ofreció a trabajar de día y de noche para traerle todo tipo de materiales de construcción. Trabajó tan enconosamente como si fuera el hijo de la pareja. Finalmente, se acabó la obra. La pared interior fue pintada de blanco; las ventanas de

cristal fueron reforzadas y fortificadas con barras de hierro para seguridad, y las tablas de madera de ciprés que huelen tan frescas fueron utilizadas para crear un piso sofisticado. Wu el Mayor sacó una licencia especial, reservada a los jóvenes desempleados, para su esposa, lo que entonces significaba tres años exentos del impuesto de venta. Al terminar la obra, juntos, el maestro y el aprendiz, trajeron en sus camiones vinos, licores, dulces, salsa de soya, vinagre, aceite comestible y todo tipo de utensilios para la vida diaria de la nueva residencia y para la inauguración de la taberna. Así se abrió el primer negocio al pie de la montaña Cúspide Celestial. En la ceremonia de inauguración, Wu puso cinco mesas en la sala para un banquete, e invitó a todos los colegas, amigos y jefes del cantón y de la aldea. Entre petardos y vítores, el jefe de la brigada de producción Xiao Hanchu, medio borracho al final del banquete, le dio a la taberna el nombre de Perfume Nocturno.

11

12

13

14

III

Estamos ahora en la época del emperador Guangxu de la dinastía Qing. Les voy a narrar otro cuento que toma como escenario el mismo lugar: el Arenal de las Ocas Amorosas, que se halla al pie de la cordillera Cúspide Celestial.

Árboles frondosos que cubren todos los confines del área: a ambos lados de los caminos, al borde del arenal, alrededor de la aldea y junto a los pozos. Bajo la sombra verdosa de estos árboles, se encuentra todo un mundo de gravas de mil colores. Las carreteras, calles y callejuelas están pavimentadas con gravas; las terrazas, muros, paredes, casas y cimientos están edificados con gravas. Las construcciones de grava, como se dice, duran centenares de años pese al desafío de la Naturaleza, puesto que resisten la erosión del viento, la nieve, lluvia y escarcha; los innumerables incendios... y las devastaciones humanas, pues como todos sabemos, un tiro de fusil sólo deja un puntillo blanco como huella. Las gravas de diferentes tamaños, formas y colores adornan también la tierra con sus innumerables dibujos de tres dimensiones, y vuelve a la aldea artísticamente atractiva para todos. No hay ningún visitante que no se sorprenda por la dureza, durabilidad y belleza de estas gravas.

La mayoría de las familias que viven en la aldea, así como todas y cada una de las quince mujeres castas y virtuosas, cuyos nombres se encuentran inscritos en las lápidas, llevan los apellidos Xiao y Wu. En esta callejuela, que, como ya se dijo, constituye el orgullo de la aldea, se les prohíbe jugar y caminar descalzos a los niños, y a las mujeres embarazadas no se les permite, ni por un minuto, pararse en ella. También se les impide hacer y deshacer a los borrachos; pasar a los transportadores de es-

tiércol;¹ entrar a los animales de corral... Las familias de ambos apellidos Wu y Xiao² se encargan de cuidarla, repararla y protegerla. Quienquiera que ensuciara esta calle y rompiera las reglas estipuladas era considerado un pecador, y se le cobraba una fuerte multa que solía consistir en algunas monedas de plata; se le exigía rendir un servicio durante un año sin pago, como quemar incienso o barrer las calles. En el peor de los casos, hasta podían expropiársele sus bienes y propiedades, y se le hacía pasar por la calle en medio del sonido de gongs o golpes con garrotes en señal de insulto. Para desacreditarlo, incluso, se le podía mandar al gobierno del distrito, donde los mandarines lo lanzarían a un estanque, atado a una roca, para sumergirlo eternamente en el agua.

De las quince lápidas, nueve pertenecen al clan Xiao, y las seis restantes al clan Wu. Este inequitativo número también ha traído consigo competencias, rencores y pleitos de generación en generación entre ambos clanes, a tal grado que hubo ocasiones en que se formaron grupos armados hasta los dientes para llevar a cabo una pelea sangrienta. Por el momento, el clan Xiao sigue en ventaja en cuanto al número de lápidas de mujeres virtuosas que posee; sin embargo, la familia Wu predomina en calidad: de las seis lápidas que tiene, dos son inscritas por el puño y letra de la Corte. Una de ellas data de la Dinastía Tang, una de las más remotas en la historia de China. Esta lápida, que ha ofrecido tanto honor a los que se apellidan Wu, pertenece a una mujer que quedó viuda más joven que las otras catorce. Tan solo de veintidós años, decidió no volverse a casar nunca. Su historia fue incluida en la famosa obra *Episodios de las mujeres virtuosas de la historia* del autor Chou Shizhou, y su imagen se inmortalizó en la pintura *Los veinticuatro actos de piedad filial ilustrados*. Ahora, las dos familias están fijando su atención en la decimosexta candidata para el nombramiento, y la

¹ Para los campesinos chinos, el estiércol siempre ha sido un importante abono orgánico.

² En la cultura rural china, los que se apellidan de la misma manera se consideran del mismo clan, que suele tener su propio templo para rendirles homenaje a sus antepasados.

construcción de su respectiva lápida. Cada clan quiere poner a alguien de su apellido en la lista de las inmortales.

Parece que la virtuosidad de la familia Xiao predomina una vez más. Qingyü, apellidada Yang, la nuera del jefe de la familia Xiao el Cuarto, ¡a los diecinueve años decide guardar la virginidad y ser casta toda la vida! Nacida en una familia pobre, Qingyü, con el arreglo de su familia, se casó a los nueve años de edad con el hijo de Xiao el Cuarto, que entonces solo tenía tres años. Desde ese momento, cuidó a su esposo como si fuera su propio hermano. Al cumplir los dieciséis o diecisiete años, Qingyü se puso tan hermosa como una flor primaveral; maduraba sexualmente, y cada mes se molestaba cuando le llegaba el periodo de menstruación. Al ver hombres desconocidos, se sonrojaba de vergüenza. Le deleitaba descifrar sigilosamente el enigma de las conversaciones eróticas de los adultos, y le encantaba escuchar las improvisadas canciones de amor que entraban por la ventana de su alcoba al atardecer. Pero su "hermanito" todavía no entendía nada de estas cosas entre hombre y mujer. Compartían la misma cama; pero el niño se comportaba como si fuera un cachorro: se arrastraba por las cobijas y, lo que era peor, todavía se orinaba en las sábanas. ¡Cómo desearía que su "hermanito" creciera rápido y entendiera los secretos de marido y mujer! Muchas veces se quedaba aturdida, confusa y hasta frustrada por este matrimonio. Sin embargo, a lo mejor, los adultos de la familia tenían razón cuando decían que tarde o temprano el niño entendería de estas cosas sin la ayuda o instrucción de maestro alguno. El siguiente canto describe bien la vida típica de las mujeres chinas casadas con esposos niños:

Una doncella de dieciocho años
 duerme al lado de un esposo niño,
 todavía envuelto en un pañal mojado;
 chupando aún la leche de sus senos.

Soy tu mujer. Tu madre no soy.
 La esposa esposada soy.
 La esposa es adulta, el esposo es un niño,
 Los pechos de la esposa están crecidos.

¡El pequeño solo llora!

Yo deseo que me cumplas, tú palmeas.

Yo deseo que me toques,
me golpeas con los puños.

Yo deseo que me quieras como lo hacen los hombres...

Tanto en el verano como en la primavera, siempre cuando hay luna en el límpido cielo, no faltaba alguien que cantara su amor de cara hacia la ventana de su alcoba que daba al patio trasero de la casa. Las canciones le torturaban tanto el corazón, que la hacían abrazar con más fuerza a su “hermanito”. ¿Con temor...? Su temor no era que se lo robaran, sino que las canciones amorosas la condujeran e incitaran a hacer cosas en contra de los principios morales, es decir, cosas que pudieran arruinarle su reputación a una mujer tan decente como ella... Solamente el “hermanito” le pertenecía, y ella esperaba ansiosamente el día en que se convirtiera en un hombre hecho y derecho, por feo o rudo que fuera. Qingyü sabía a ciencia cierta que su cuerpo estaba reservado para él. Qingyü sabía, con toda seguridad, cómo tratar a su marido.

Esperaba y esperaba. Finalmente el “hermanito” cumple trece años y ella diecinueve. Cada vez le gusta más su esposo niño. Dos veces al día, por la mañana y al atardecer, iba al templo a quemar incienso y hacer reverencias al Buda para que le diera a su esposo un cuerpo sano y para que, muy pronto, ella pudiera dar a luz. Desgraciadamente, su esposo niño no había padecido de varicela hasta entonces, lo cual significaba que no tenía la vida asegurada.

Ese crudo invierno, de repente, su esposo cayó enfermo con tos y fiebre; además, tenía falta de apetito. Al principio, toda la familia pensaba que el “hermanito” había cogido una gripa, y que pronto mejoraría con té de jengibre caliente y una tisana de hierbas para sudar. Pero ni una ni otra cosa habían servido: la fiebre era cada vez más alta, y el “hermanito” perdió finalmente la conciencia. La pareja Xiao el Cuarto no se dio cuenta de que tenía varicela hasta que le aparecieron unos puntitos rojos en el cuello y en las manos. Preocupados y desorientados, los Xiao envolvieron al niño en una colcha bastada de algodón; lo encerraron con Qingyü en la alcoba, y cubrieron la única ventanilla del cuarto con una manta

gruesa y oscura para que ni el aire ni la luz entraran. Seguidamente, mandaron unos palanquines por doctores, brujos y brujas. Ni la medicina más cara con cuerno de ciervo ni los brujos lograron salvarle la vida al “hermanito”.

La familia Xiao quedó sumamente consternada por su muerte. Con vestido de luto, Qingyü lloró a más no poder. El sepulcro fue simple. Según la costumbre del lugar, para los muertos menores de edad no hay grandes ceremonias conmemorativas. Don Xiao el Cuarto mandó traer al padre de Qingyü, un pobre maestro del campo. Enfrente de los padres de las dos familias, Qingyü tuvo que escoger entre las dos opciones siguientes: o regresar con su padre a una aldea montañosa y casarse con otro, o quedarse con sus suegros por el resto de su vida y conservar la virginidad. Este dilema no fue una sorpresa para Qingyü, porque su padre ya se lo había advertido. Si regresaba a las montañas, solo le esperaban la pobreza, el hambre y un montón de hermanitos que cuidar, ya que su madre había muerto. Si guardaba la virtud en la casa de Xiao, no le faltarían la buena comida, ropa decente y techo para cobijarse. Además, a su muerte, se alzaría una lápida en su memoria por su alta moralidad y virtuosidad, y su hazaña sería conmemorada de generación en generación. Entre la pobreza y la inmortalidad, ella optó por la segunda. Acto seguido, se arrodilló delante de su padre y sus suegros; hizo nueve reverencias ante las lápidas con los nombres de los antepasados de la familia Xiao, y juró su voluntad de guardar virtud y castidad para el resto de su vida. Así, Xiao el Cuarto le anunció formalmente a todo el mundo:

—La nuera de la familia Xiao, originalmente de apellido Yang, toma el voto de castidad a los diecinueve años, y, en su memoria, se levantará la decimosexta lápida de jade blanca en la Callejuela de las Mujeres Virtuosas.

La noticia corrió por todas partes, y llegó a cada familia del pueblo. Bañado de honor y alabanzas, don Xiao el Cuarto, un día, condujo a todos sus familiares al templo ancestral para rendirles homenaje a sus antepasados. Se alinearon por orden de señoría y generación para quemar incienso, encender velas rojas y hacer reverencias a los antepasados de la familia, puesto que toda esta

hazaña se debía a su virtud y educación moral. Xiao el Cuarto obsequió una onza de plata a los monjes del templo, cuyo jefe comprendió inmediatamente su intención, y fue a la tienda a comprar dos mil petardos. Al hacerlos explotar delante del templo, la familia se llenó de júbilo. Luego, Xiao el Cuarto convidó a todos sus parientes cercanos y lejanos, y a todos sus amigos, a un banquete a su casa. De esta manera, la familia Xiao ganaba la victoria frente a la familia Wu, en esta competencia de virtud y moralidad. No faltaron los comentarios y rumores entre los jóvenes de esta familia:

—Esperen, algún día, el río Oda a la Oca cambiará su curso, y la competencia se tornará a nuestro favor.

—La nuera de la familia Xiao el Cuarto es una verdadera belleza. La vi con mis propios ojos en la puerta de su casa.

—¿Solo tú la has visto? Yo, no solamente la vi, sino que hablé con ella cuando estaba jugando con su esposo niño al lado del pozo. Tiene unos ojos clarísimos, una boca atractiva y los senos bien altos. Ella es galante y seductora. ¡Seguramente es una coneja, capaz de dar a luz más de diez cachorros! ¿No crees?

—No creo que una mujer de esa edad no sueñe con galanterías. ¿Guardar la castidad? ¡No me digas!

—El mes próximo, cuando llegue la luna llena, vamos a cantarle canciones de amor frente a su aposento. Vas a ver cómo brincará a la ventana para encontrarnos.

Estás loco. La familia Xiao tiene un gran perro. Nos va a morder una pierna; también puede arrancarnos los huevos... Será mejor contratar a alguien ajeno a nuestra familia que tenga libre acceso a su casa. Él cantará las canciones que la harán caer.

El corazón del hombre no tiene límites. Estos jovencitos de la familia Wu, tan poco respetuosos, ¡quién sabe qué tipo de canciones perturbadoras puedan inventar!

IV

El negocio de la Compañía de Gravas del Arenal de las Ocas Amorosas estaba en pleno apogeo, y, al mismo tiempo, la taberna Perfume Nocturno, llena de clientes.

Muchos eran choferes, obreros de carga y descarga. Les encantaba gastar ochenta centavos para comprar dos onzas de aguardiente y un platito de cacahuates fritos. La verdad es que era un buen lugar para relajarse, platicar, y también para contemplar la belleza de la dueña. De vez en cuando, no faltaban unos que, al tomar unas copas, le decían palabras seductoras, o tanteaban con la intención de tocarle alguna parte del cuerpo. Entonces, ella cogía inmediatamente un matamoscas, y con una sonrisa en la boca, le daba unos golpes implacables al transgresor. Ella tenía la suficiente habilidad como para que el golpeado o castigado no se sintiera mal o la odiara. Pese a ser joven, sabía perfectamente cómo manejar tales situaciones. Ante las palabras seductoras, nunca mostraba su enojo francamente, sino que respondía con una sonrisa cautelosa. Con el tiempo, los choferes traviosos quedaron dominados o, mejor dicho, domados por esta astuta mujer.

—Hermana Guihua, si yo hiciera muchas obras buenas en esta vida, quizás en la próxima tenga la suerte de casarme con una mujer como tú. Preferiría dormir bajo su cama, antes que maltratarla como lo hace tu marido, pues es un macho incompetente...

—¡Mierda! —interrumpía ella—, deberías acuclillarte ante sus ojos, y dormir a sus pies; lamer con tu mala lengua las plantas de esa mujer que has mencionado, ¿oíste?

—Ya que nos trata tan bien, mi dueña, quisiera pedirle otra copa de aguardiente de frijol verde.

—Hermano, ya no debes tomar más. ¿Cómo podrías conducir el camión por las montañas, si estás borracho? Oye, ¿qué no hay acantilados en tu camino de regreso? Es peligroso tomar tanto.

—¿También te preocupas por mí, hermanita?

—De ninguna manera. Sólo me preocupo por el camión que es propiedad pública. Si se volcara, tendríamos que pagarle al Estado para repararlo, ¿no? ¡A mí qué me importa que quedes incapacitado por el accidente!

—Ah, mujer viciosa, no hay en el mundo peor cosa que una mujer blasfema.

—No es más que una broma, hermano; con el licor que bebes aquí, se te augura un feliz viaje.

Los pasajeros iban y venían; los clientes entraban y salían; todos quedaban satisfechos con el agasajo y la sonrisa de la dueña, pues ella los trataba a todos por igual. Dentro del grupo de estos choferes, a veces aparecía un mozo robusto. Era el aprendiz de su marido, soltero empedernido y fuerte como un toro. Se decía que tenía la misma edad que Guihua. El joven siempre se portaba decentemente y era muy discreto en sus actos frente la esposa de su maestro. Nunca se le salieron de la boca palabras inapropiadas durante su estancia en la taberna. Cuando había mucha clientela, le echaba una mano a la dueña para llevar los platos sucios a la cocina, servir la mesa y cumplir con otros quehaceres como mesero. Si la gente no lo conociera, podría tomarlo como un camarero de la taberna. A veces, cuando los clientes querían quedarse más tiempo y la taberna se cerraba después de la hora fijada por el horario, el aprendiz también se quedaba hasta tarde. Entonces, Wu el Mayor y Guihua lo retenían para que se alojara dentro de su vivienda o dentro de su taberna, pues los dos, maestro y aprendiz, formaban una pareja inseparable. En consecuencia, le reservaban una cama en el piso de arriba. Durante años, Guihua lo trató como a su propio hermano. Hasta le limpiaba y remendaba la ropa. Siempre, cuando había algún plato especial o exquisitez en la casa, le reservaba una porción, pues este joven le caía muy bien. Todos recuerdan que fue él quien jugó el papel del falso comprometido en la dramática boda de Wu el Mayor y la dueña

de la taberna; pero el aprendiz era otra persona desde entonces, y se comportaba más decentemente que nadie frente a Guihua. Siempre evitaba permanecer a solas con ella, y no se atrevía a tomar licor en la taberna ni a dar muestras de expresiones seductoras. Incluso, si en alguna ocasión, su vista se encontraba con la de Guihua, se sonrojaba de vergüenza. Gracias a su buen comportamiento, se ganó la confianza de Wu el Mayor, quien lo apreciaba cada vez más, y nunca sintió celos de él. A veces, cuando su esposa hablaba con su aprendiz sobre la importancia del matrimonio como una etapa indispensable de la vida, él también intervenía para apoyar la opinión de su esposa, y lo alentaba a buscar alguien con quién casarse pronto.

—Tú andas por todas partes en el camión. ¿Acaso nunca has encontrado una mujer? Tu maestro y yo nos encargáramos de arreglar la boda.

—Él es más tímido que una muchacha. Ante las mujeres, se pone tan rojo como un jitomate. Así, pues, ¿cómo quieres que se les acerque?

—En verdad no te entiendo. A los treinta años, ¿no tienes ganas de acercárteles a las mujeres? Te lo digo, francamente, hermano, el hombre siempre es quien debe tomar la iniciativa. Las mujeres desprecian a los hombres tímidos. Los prefieren valientes, seguros de sí mismos, simpáticos y machos... ¿Me entiendes?

Una vez más, como otras tantas, al escuchar estas frases, el joven se quedó mudo. Bajó la cabeza por un momento y luego dirigió unas miradas de profundo agradecimiento al maestro y su esposa. Vaciló por largo tiempo antes de contestar:

—En cuanto a la búsqueda de esa persona... pues, realmente... necesito la ayuda de mi maestro y su señora...

—Ésa es la respuesta que esperábamos —respondió Guihua con una sonrisa en los labios en son de satisfacción. Y luego inquirió, tras echarle una mirada de cariño en señal de estímulo—. Veamos, ¿cuáles son tus requisitos? Digamos, en cuanto al aspecto físico, edad, peso, altura, personalidad, linaje, educación...

—El matrimonio es una decisión clave para la vida futura —agregó Wu el Mayor—. Hay que considerarlo seriamente. Será mejor

buscar a alguien que no tenga muchas cargas familiares, con pocos hermanos, con una buena situación económica... Una familia numerosa te traería muchas molestias...

—Yo, yo tampoco lo sé... ¿qué tipo de mujer quiero encontrar...? Pues, no lo sé. Debería ser alguien... alguien que sea buena para mi vida... ¿no?

El muchacho sabe conducir perfectamente su camión; pero al hablar, el “motor” del habla no arranca, y, a veces, al arrancar, se para o no funciona bien. Quizá se deba a que obstruye algún tubo para canalizar la gasolina y conducirla al motor, o quizá a un falso contacto del circuito eléctrico. ¡Quién sabe!

—Pero, puedes darnos un ejemplo o un modelo, ¿no? —dijo Wu el Mayor—. Digamos... una mujer parecida a fulana o a zutana... ¿Puedes hacerlo?

—Bien... pues bien... Déjeme pensar...

Con mucho temor, el joven echó un vistazo a su maestro y, luego, a su esposa, y respondió diciendo:

—Yo... pues yo solo... solo quiero casarme con una mujer parecida a la señora de mi maestro...

Lo que dijo el aprendiz con imprudencia reveló lo escondido en el fondo de su corazón. Wu el Mayor, al oírlo, se sorprendió y se quedó con la boca abierta, aturdido, mientras le surgieron dudas sobre la fidelidad de su aprendiz. Al escucharlo, Guihua le echó un vistazo, y a la vez se puso de un rojo subido. De pronto, le empezó a palpar el corazón con precipitación... Al darse cuenta del efecto de sus palabras, el joven se avergonzó. Quiso darse una bofetada a sí mismo, pues ¿cómo no se le ocurrió que todo el mundo sabía que la pareja no se llevaba bien? ¡Qué vergüenza! ¡Qué estupidez!

Wu el Mayor, consciente de que no era apropiado mostrar enojo frente al joven, y en perfecto control de sí mismo, abrió la boca, bostezó y dijo:

—Che Ganzi, deja de decir tonterías. A veces en nuestra cabeza caben cosas inconcebibles, ¿verdad...? Ya es tarde; es hora de acostarnos. Mañana en la madrugada, tenemos que levantarnos temprano y trabajar mucho. Imagínate, tenemos trescientas cargas que transportar... Es el trabajo de todo un mes, jovencito...

Guihua, al oír la orden de su esposo, sin atreverse a verlo a la cara, se levantó en seguida. Si le hubiera echado un vistazo más a su marido, él se habría enojado con facilidad, y la habría acusado de frivolidad por haber seducido al joven más decente del mundo. Wu estaba en alerta todo el tiempo, y trataba de asegurar la estabilidad matrimonial para demostrarles a sus colegas que era capaz de guardar en casa a una mujer hermosa.

Como siempre sucedía, al acostarse, Guihua recibió otra sonora bofetada de parte de su esposo. No se atrevió a llorar muy fuerte porque Che Ganzi dormía arriba. Tanto el castigador como la castigada tenían que ocultar las cosas para que nadie se enterara de lo sucedido. Ella tuvo que aguantarse y esconder la tristeza, el enojo y el odio en su corazón. Para que perdurara su matrimonio, tenía que resignarse a todo tipo de maltratos e injusticias; además, tenía que fingir una sonrisa, con el fin de darle tiempo y espacio a su esposo para que se apaciguara.

Desde entonces, entre los tres se llegó al acuerdo tácito de no volver a mencionar el tema sobre encontrarle esposa a Che Ganzi. Todos habían reconocido lo sensible y peligroso del asunto. Si el aire de tensión se hubiera comprimido un poco más, hasta cierto punto, habría explotado la unidad matrimonial. Para Wu el Mayor, todo estaba clarísimo: la charla de esa noche le había revelado que su mujer había sido conquistada por otro hombre.

Un día, al atardecer, Wu el Mayor regresó tarde a su casa. Al abrir la puerta, vio que Guihua tenía abierto el botón inmediatamente debajo del cuello, y se dejaba ver la parte superior de sus senos, tan blancos como la nieve. Estaba charlando animadamente con el director del comité vecinal del pueblo, Xiao Hanchu, con una copa en la mano. Así le surgió la idea a Wu el Mayor de que, el hombre, fuerte como un toro, solo de unos cuarenta años de edad, podría formar una pareja ideal con su esposa. Sabía a ciencia cierta que "el dragón forastero, por muy poderoso que fuera, no podría ganar la batalla contra la serpiente lugareña". Aguantando o, mejor dicho, escondiendo su enojo, se sentó junto al jefe y tomó dos copas con él. Después de que se fue Xiao Hanchu, Wu cerró de un golpe la puerta de la taberna. Sin bañarse ni comer ni

decir nada, se acercó a su esposa, la levantó como un pollito, y la llevó a la alcoba. Comenzó su feroz interrogatorio de rutina:

—¡Dime, imbécil, puta...!

—¿Pero... qué quieres que te diga?

Ella no podía imaginarse por qué le hacía estas preguntas, aunque ya se había dado cuenta de lo que se le aproximaba.

—¡Arrodíllate, puta! ¡Arrodíllate!

—¿Pero por qué?, ¿qué he hecho?

Sin contestarle, Wu el Mayor le dio un puntapié en la pierna a su mujer, tirándola al suelo, y se dejó caer sobre ella. Acto seguido, la agarró de los cabellos y el cuello de la blusa; la levantó otra vez, y, a la fuerza, la hizo ponerse en cuclillas. Le gritó, preguntando:

—¿Cómo te enredaste con ese hombre?

—Dios mío. Que me parta un rayo si he manifestado, siquiera, un ápice de infidelidad hacia ti...

—Mentira. ¿Cómo te he dicho que debes comportarte?

—Debo hablar en voz baja todo el tiempo y no poner atención en los hombres. Si me casé con el gallo, lo seguiré hasta la muerte, convertida en gallina... para no traicionar al gallo, mi marido.

—Pero, tú, aprovechándote de que me encontraba ausente, acompañaste a ese adúltero a tomar unas copas. El licor incita el sexo, ¿entiendes? ¿Todavía no quieres confesar tu delito? Voy a vaciar tus ojos y a romper tus piernas.

—Ya no me golpees, por favor. Ya no aguanto tus puñetazos y bofetadas. Voy a levantarme y a quitarme los pantalones y los calzones para que me examines...

Y se hizo el examen, rudo y brutal, pero cotidiano por parte del chofer, sin observar nada anormal en aquella parte del cuerpo de su mujer. Al darse cuenta de que la había calumniado, de repente se le acercó y la abrazó. En el regazo de este cuerpo sucio, polvoriento y sudoroso, ella empezó a sollozar, y continuó protestando con una voz suavcita:

—Siempre sospechas de mí. Me has acusado de infidelidad sin razón. Cada vez que me golpeas y me examinas, el rumor se transmite por todo el pueblo. Tanto para ti como para mí ha sido

una vergüenza. Ahora la gente se ríe de nosotros, y los chismes corren por todas partes. Esta vez, ¿sabes?, Xiao, el director del comité vecinal, vino a darnos la buena noticia de que tienen planeado ampliar el negocio de la compañía. Eso también favorecería el nuestro... ¿no crees?

Wu calló por un rato, y quedó satisfecho con su esposa, quien ya se encontraba entre sus brazos. Desde la remota antigüedad, en China, los hombres del campo siempre han pensado que las mujeres son sus juguetes o propiedad personal. Cada movimiento de la mujer para mostrar su belleza femenina frente a los hombres ajenos, cada sonrisa hacia el prójimo, cada enrojecimiento de la cara, pueden poner celoso y en guardia al marido, quien lo utiliza como pretexto para castigarla. Cada vez que Wu se daba cuenta de que se había equivocado, en vez de pedir perdón, se limitaba a abrazarla y a darle palmaditas en la espalda en son de reconciliación, y ella se calmaba. Los veinte años de distancia en edad también marcaban una diferencia en el estado fisiológico de cada uno. A pesar de que Wu el Mayor parecía un tigre al enfurecerse y golpearla, en las cosas de la cama él era bastante inútil; digamos, en otras palabras, impotente. Hubo momentos en que Guihua lloraba al no poder satisfacer su excitación sexual. Al verla sollozar, Wu gritaba:

—No tienes pudor, mujer. Pareces una olla hambrienta por el sexo. No hay “comida” que pueda llenar tu “panza”.

—La culpa es tuya. Haces que me excite y luego no me haces caso. Ya llevo casi siete años contigo, y nunca me has satisfecho...

Entonces, Wu el Mayor no tuvo más remedio que tragarse su propia amargura y no pudo responderle adecuadamente. Pensó: “¿Cómo es posible que una mujer que nunca ha tenido relaciones con otro hombre, sino conmigo, que no tiene parámetros de comparación, pueda saber cuál es el punto exacto de la excitación sexual?” Todo esto lo llenó de más y más dudas. Cambiando de tema, el hombre gritó:

—Eres una puta malagradecida. ¿Recuerdas aquellos días en que vivías sin comida y ropa antes de casarte conmigo? Ahora eres dueña rica. Te vistes de nailon, trabajas detrás del mostrador

decente, limpia, sana, con buena apariencia y, además, te has puesto bonita... Después de todo lo que sufriste, ahora te has vuelto odiosa y has empezado a despreciarme.

Desde el incidente que tuvo que ver con el director Xiao, el chofer Wu cambió su horario de trabajo. Ya no salía en la madrugada para regresar al atardecer. A veces, salía por la mañana y, de repente, volvía al mediodía. Al no ver nada anormal en su esposa, salía otra vez al trabajo. A veces, no regresaba a casa durante varios días, y le daba la sorpresa a su mujer tocando a la puerta a medianoche. Por mucho tiempo, Guihua no pudo comprender el proceder de su esposo, solo presentía que algo extraño había pasado en él.

—¡Échate a la cama! ¡Quítate los pantalones!

Así le gritaba cuando regresaba a la casa sorpresivamente para hacerle un examen “médico”. Al no descubrir ningún acto traicionero, la abrazaba y le daba palmadas suaves en su cuerpo, entre miles de consuelos y premios materiales. Hubo veces en que decía tartamudeando unas palabras que nadie comprendía. Temblando de arriba abajo, Guihua siempre respondía a estos tratos con mucha tristeza y melancolía. Se preguntaba a sí misma: “Madre mía, ¿cuándo terminará esta vida miserable?”

No era tan rica como un millonario, ni tan poderosa como los aristócratas; sin embargo, la familia Xiao se encontraba entre las más importantes del pueblo. Altos muros rodeaban su mansión. La casa tenía una entrada a manera de portal en forma de arco. También había un jardín adornado con bambúes, palmeras y bananos. La casa se encontraba dividida en tres partes. La primera estaba constituida por una antesala, a cuyos lados estaban una cocina, un almacén y unas viviendas para los trabajadores, sirvientas y cocineros. En la segunda se hallaban las alcobas de Xiao el Cuarto y su esposa, el estudio y la sala de té, a cuyos lados vivían todos sus hijos casados con sus respectivas familias. Un pasillo estrecho enlazaba las dos últimas partes de la casa. Al entrar a la tercera parte, se podía ver un hermoso jardín, en cuyo fondo se extendía una hilera de siete habitaciones pegada al muro trasero de la casa. Éstos eran los cuartos de los niños, sus madres, las otras esposas y las concubinas. En lo alto del muro había púas metálicas para darle una seguridad perfecta a esta elegante casa. Fuera del muro se veía un bosque, también propiedad de la familia Xiao. Desde el patio, se podía contemplar la majestuosidad de la cordillera Cúspide Celestial, cuyo pico atravesaba el cielo azul como una espada que brilla bajo las luces del día.

El deseo de Qingyü de mantenerse virgen emocionó al viejo Xiao el Cuarto, quien le regaló todos los tomos de los *Episodios de las mujeres virtuosas de la historia*, *Los principios morales para las mujeres*, *Los cuatro libros clásicos para las mujeres*, *Los veinticuatro actos de piedad filial ilustrados*, etcétera, para que leyera, encerrada entre las cuatro paredes de su habitación. Luego, don Xiao la hizo mudarse a un cuarto apartado del resto de la casa, que se hallaba

situado al noroeste de la segunda parte de la mansión. Una sirvienta le llevaba a su alcoba tres comidas al día. Allí reinaba una tranquilidad absoluta, propia de un cementerio. La ropa, las mantas, cubiertas, cortinas, manteles y todos los utensilios llevaban colores de luto, es decir, azul y blanco, según la tradición. Los colores llamativos como el rojo, rosado, verde claro... que ella acostumbraba ver en sus días de matrimonio, se habían apartado para siempre de su vista. Los únicos seres vivientes que podía ver eran la tía Quinta y la cuñada Tercera de Xiao, además de la sirvienta que la atendía todos los días. Juntas, las mujeres zurcían, bordaban, hilaban y hacían zapatos de tela. Así pasaba la vida. La regla de la casa era estricta: ni el más pequeño rastro del sexo masculino podía estar al alcance de su vista.

Antes, cuando su esposo se hallaba con vida, Qingyü se enorgullecía por sus senos llenos y salientes. Ahora sentía vergüenza por tenerlos en su pecho: era algo superfluo. Pues ¿quién los necesitaba?, ¿quién iba a verlos? Lo primero que hizo después de tomar la decisión de ser casta para el resto de su vida fue venderlos con una tela de seda suave hasta aplastarlos totalmente. Ella todavía recordaba que cuando se acostaba en la cama por la noche con su “hermanito”, lo dejaba que le tocara y le besara los senos, lo que contentaba tanto al niño que lo hacía reír a carcajadas. Una vez en la mesa, durante la comida familiar, el “hermanito” le había dicho a su madre:

—Mamá, mi hermana tiene dos senos grandotes; pero no les sale leche cuando se los chupo.

Estas tonterías hacían reír a toda la familia. Los senos están dedicados al esposo. Si éste ya no existe, ¿para qué sirven! Ahora le molestaban, saltaban a la vista, y atraían chismes. Al apretárselos, por muy suave que fuera la tela, le dolían y la hacían sentir asfixia. A veces la lastimaban tanto, que se le salían las lágrimas.

El segundo deseo de Qingyü fue volverse vegetariana, lo que agradó mucho, sobre todo, a los suegros, quienes la alabaron porque la carne y el licor incitaban al sexo. Al mismo tiempo, constituían la raíz de todas las maldades de la vida social. Si una mujer casta comía carne, pescado, pollo y pato, se volvía dema-

siado nutrida y llamativa para los hombres, entre los cuales no faltaba alguno al que se le antojara la idea de seducirla y conquistarla. Pero Qingyü no lo hacía por esta razón, sino porque después de leer las sutras budistas, comprendió que todos los seres tienen vida, y la idea fundamental del budismo es protegerlos y salvarlos. También pidió una estatua de Bodhisattva Guanyin, la diosa de la misericordia. Todo el mundo sabía que Xiao el Cuarto, en realidad, nunca aplicaba los principios budistas ni la moral tradicional que él les exigía a sus descendientes. A pesar de ser el jefe de la familia, era más dado al sexo que nadie y tenía varias esposas y concubinas de todas las edades. A los sesenta y dos años de edad tuvo un hijo y a los sesenta y cuatro, otro. Conocía los secretos ancestrales y prácticas tradicionales para ser potente sexualmente pese a la vejez. Los aprendió de algunos libros como el *Arte de la energía interior* y la *Fuerza del Yang*. Al hablarles a sus concubinas más jóvenes sobre estos secretos sexuales, siempre las dejaba boquiabiertas por la sorpresa. Cuentan que tenía a la mano el libro de los *Secretos y técnicas sexuales del Palacio Imperial* que le había comprado a un viejo funcionario letrado de la Corte Imperial por quinientas onzas de plata. El letrado le dijo que la copia la había sacado del palacio, y que quien la sacara sería decapitado junto con todos sus familiares. ¡Qué horror! Entonces, cuando compró la copia, Xiao el Cuarto todavía era bastante joven para comprender la gravedad del delito. Al adquirir el libro, el señor Xiao le dijo al letrado:

—Un emperador puede tener tres emperatrices, seis esposas de segunda categoría, setenta y dos concubinas oficiales, y puede poseer las mujeres más bellas del reino que desee. Yo soy poderoso en mi tierra, la cual se halla muy lejos del centro político del país. Aunque mi poder no es comparable, claro, con el del emperador, soy alguien aquí, ¿no? ¿Acaso no tengo derecho de compartir los secretos de la corte?

El viejo letrado, al escucharlo, quedó totalmente aturdido y sorprendido. Al oír estas palabras tan valientes en desafío al emperador, con los ojos abiertos y la lengua apretada entre los dientes, cogió la plata y huyó inmediatamente sin dejar rastro.

El tercer deseo de Qingyü fue pedirles a sus suegros que le compraran un perro para ahuyentar a los ratones y cuidar la casa; sin embargo, lo más importante para ella era tener alguien que la acompañara, y evitar, así, la soledad. Contentos por esta petición, los suegros le compraron un perrito chino, de pelo tupido, largo y amarillento, con las patas blancas, cuatro manchitas igualmente blancas en la cabeza, unos ojos negros y grandotes, la boca pequeña, orejas puntiagudas, la cola hacia arriba y unas pocas barbas que le servían de decoración en la boca. Ella le puso por nombre Leopardito. Le encantaba el perro porque le daba algo de vida. Por las mañanas, Qingyü rezaba sutras budistas y, por la tarde, se dedicaba al cuidado del perro. Lo bañaba, lo cepillaba, lo acariciaba y lo abrazaba. Al acariciarlo, recordaba a su "hermanito". Con la vista melancólica dirigida hacia lo lejos, se preguntaba a sí misma: "Si hubiera sobrevivido a la enfermedad mi esposo niño, ¿qué tanto habría crecido?, ¿qué tan largas serían sus piernas?, ¿qué tan grandes serían sus manos? Oh, a lo mejor ya no dormiría tan profundamente como antes, sino que empezaría a actuar en la cama como cualquier hombre hecho y derecho." Qingyü estaba convencida de que si el "hermanito" viviera, también estaría encantado con el Leopardito. Lo llevaría fuera de la casa, a las colinas del Dragón, para dejarlo ladrar por todas partes; correría tras de él, y ambos cazarían conejos y ardillas...

Al caer la noche, luego de lavarse, limpiarse los pies, rezar y reverenciarse ante Buda, Qingyü se acostaba temprano. El Leopardito la seguía hasta la cama, y se echaba junto con ella.

—Pues bien. Acompáñame por favor, guárdame por favor. ¡Qué animal más listo! Al verte, me haces recordar a mi "hermanito". Ya que falleció, te tomo como si fueras él. ¿Podrías hablar?, ¿escucharme?, ¿reír? No, no sabes nada de los sentimientos humanos. Eres un tontito. Pues te voy a enseñar todos los comportamientos humanos, ¿no? Algún día los aprenderás. Te voy a enseñar a hablar y escuchar el lenguaje, a reír y expresarte. Ojalá que lo aprendas. Sólo tienes que ser fiel y no revelarles nunca a mis suegros mis secretos y todo lo que te diga en mi alcoba... Ah, también te voy a enseñar a cantar las canciones de esta región montañosa, pues

todo el mundo canta al cortar leña y labrar en el arrozal. Las mujeres cantan para atraer a los hombres, y éstos cantan para que las mujeres se sonrojen. Bueno, pues te voy a cantar una canción: "El novio y la novia deben tener la misma altura. Si me preguntas sobre las ventajas de eso, te diré que es porque así se besan más fácilmente, se abrazan con comodidad..." Oh, ¡qué maldita canción es ésta! ¿Es una canción indecente? Mejor no te la voy a enseñar, sino... Leopardito, creo que tampoco te voy a enseñar cómo llorar por los sufrimientos humanos... Es más, tú y yo vamos a llegar a un acuerdo, y es que nunca vamos a llorar...

Al murmurar estas palabras, Qingyü echó a llorar. Lloró y lloró. Finalmente se quedó dormida al lado del perrito. Éste parecía haber entendido los sufrimientos de su dueña. El Leopardito saltó al suelo y se sentó bajo la luz de la Luna. En esta vieja casa, había ratones y ratas que antes mordían las maletas y los muebles de su cuarto. Desde la llegada del perrito, ya no se atrevían a correr y saltar a su albedrío, sino que ahora se escondían en los agujeros...

VI

El Tribunal Civil del Gobierno Popular del Cantón llamó por teléfono a Xiao Hanchu, director del Comité Vecinal del Arenal de las Ocas Amorosas y gerente de la Compañía de Gravas.

—¿Cómo está, director y gerente? ¿Cómo va el negocio? ¿Ha ganado mucho su compañía? Se dice que cada día se cargan cien camiones para el transporte de gravas, de ser así, se convertirá en el hombre más rico de todo el cantón.

—Pagamos todos los impuestos y gastos de la administración al Estado sin falta, señor. ¿O qué algún envidioso le ha dicho algo malo acerca de nosotros?

—Nada de eso, director. ¿Hay una taberna llamada Perfume Nocturno en su pueblo, cuya dueña se llama Guihua?

—Cómo no, señor. ¿De qué se trata? ¿Es ella acusada o acusadora?

—Ya nos envió tres cartas acusando a su marido Wu el Mayor, y quiere divorciarse de él.

—¿Por qué? ¿Cuál es la razón? Aunque ella es mucho más joven que su marido, es sumisa con él y parece que se llevan bien...

—Es por eso que pedimos ayuda para investigar el caso y apaciguar el asunto. Ella presentó dos razones: primera, el marido la maltrata, la golpea y la insulta, incluso, haciéndole exámenes algunas veces brutales en sus órganos sexuales por celos; segunda, el marido no la hace como hombre, en otras palabras, no se le para... ja, ja, ja...

—Ése es su trabajo. ¿Por qué nos pasa el pleito a nosotros?

—El caso es que no podemos concederle el divorcio a la ligera. Es su responsabilidad hacer trabajo ideológico y educativo para persuadirla. Si su marido la golpea, usted tiene que censurarlo. Si

es impotente, eso tiene remedio. En cualquier caso, es su trabajo investigar y ver si hay un “tercero” que intervenga en sus relaciones. Si existiera tal persona, debería castigársele severamente.

—¿Tercer qué? ¿No sé a qué se refiere al decir “tercero”? No lo entiendo. Es una palabra nueva para mí, para la gente del campo como yo. Definitivamente no la entiendo.

—¿Que nunca la había oído? Poco después de la liberación, a un “tercero” le llamaban “reorganizador familiar”... es lo que los campesinos llaman un ladrón de esposo o de esposa. Es solo una palabra, no se puede definir con precisión. Lo que queremos es que usted le aclare a esta señora que su marido no es una blusa que se pueda cambiar cada vez que se quiera. La familia es una institución que debe ser protegida, es la célula de la sociedad, y una sola célula inestable puede afectar la salud y la estabilidad de toda la sociedad. El divorcio sólo puede tomarse en consideración cuando la vida de uno de los dos se encuentra amenazada. Ésta no es una sociedad capitalista, así que la liberación sexual no funciona aquí. Estamos trabajando para que se haga realidad el advenimiento de una sociedad comunista, iluminada, progresista, así que no podemos permitir que la nación o la familia se desintegre. Tenemos la misión de reducir la tasa de divorcios tanto como sea posible. Los problemas familiares tienen que convertirse en asuntos de toda la sociedad. Una alta tasa de divorcios indica una tendencia social malsana, y nos aparta de nuestra antigua tradición moral, civilizada...

Al colgar el teléfono, Xiao quedó aturdido. Estaba seguro de que estos largos principios teóricos ya se los había hecho saber a Guihua tiempo atrás. El director se quedó pensativo, y murmuró para sí mismo:

—¡Pinches células familiares! ¿A mí qué me importan los llamados “terceros”, la tasa de divorcios, los problemas sociales? Como gerente de la compañía, tengo mil cosas que hacer. ¿De dónde se le ocurre que voy a tener tiempo para investigar este caso y resolver problemas tan complicados y personales? ¿Células? ¿Acaso todas las células merecen ser protegidas? ¿También las células del cáncer que arrebatan nuestra vida humana?

Pues si uno muere de cáncer, ya no le afecta para nada la pinche tasa de divorcios, ¿o no?

El rumor de que Guihua deseaba divorciarse corrió por todos los rincones del lugar. El rencor, el odio y el celo empezaron a avivarse entre las mujeres del pueblo. Como una ráfaga de tempestad, miles de chismes pasaron rápidamente de boca en boca.

—¡Qué mujer más atrevida, esta Guihua! Hasta se sienta a tomar copas con el director Xiao para seducirlo.

—¿Lo han notado? La novia que Guihua le ha querido presentar al aprendiz de su marido no es otra, sino ella misma.

—Desde hace tiempo la taberna ha sido un lugar sucio, extravagante e indecente. La dueña, bella en apariencia, pero fea por dentro, ha seducido a todo tipo de hombres y los ha llevado por el camino de la inmoralidad.

Tampoco faltaron las mujeres que, celosas de su belleza y aptitud para manejar los negocios, empezaron a atacarla con todo tipo de injurias y maldiciones.

—Buen caballo no sirve a dos dueños; mujer decente no se casa con dos hombres. Esa mujer maldita, que considera impotente a su marido, todavía se atreve a acusarlo ante el Tribunal Civil. ¡Es una mujer que ha perdido todo pudor!

—El hombre, por viejo que sea, tiene su edad de oro. Además, el hombre tiene un periodo de capacidad sexual mucho más largo que el de las mujeres. ¿Cómo va a ser impotente Wu el Mayor, si apenas cumplió cincuenta años? Esa mujer es una mentirosa.

—Esa puta, antes era pobre en todo el sentido de la palabra. Ya se le olvidó todo lo que ha hecho su esposo para ayudarla y salvarla. Si no hubiera sido por él, no sería dueña y rica.

—¡No es posible que un hombre que conduce un pesado camión sea impotente!

—Es que en los últimos años se hizo rica y, además, tuvo la oportunidad de ver más gente y conocer una vida diferente. Está cansada del mismo hombre y quiere cambiarlo por uno novedoso.

—¿Saben ustedes que en la vieja sociedad se condenaba a ese tipo de mujeres? El templo se encargaba de darles castigo a las infieles...

—Si esto hubiera sucedido durante la Revolución Cultural, le habrían bajado los pantalones en público y la habrían censurado y arrastrado por las calles del pueblo en son de insulto, custodiada por los milicianos.

Así son algunas mujeres del campo: por un lado, les temen a los puñetazos de su marido; por el otro, desprecian o maltratan a las que se atreven a rebelarse contra el machismo.

Haciendo caso omiso a toda clase de rumores sobre él y Guihua, y siguiendo la orden del Tribunal Popular Cantonal, Xiao tuvo que hacerse cargo del trabajo de reconciliación entre Guihua y Wu el Mayor. Un día, a mediodía, al ver que había poco negocio en la taberna, se sentó en una mesa y pidió un gran tazón de vino de arroz para matar la sed. Al mismo tiempo, empezó a investigar el caso seriamente.

—¿Qué pasó, Guihua? El Tribunal Popular Cantonal me ha llamado para decirme que solicitaste tu divorcio de Wu el Mayor. ¿Es cierto eso?

Guihua, viéndolo a los ojos, pensó: “Parece que los cuadros del cantón y del pueblo se han comunicado para tratar mi caso. El director Xiao fue maestro, es una persona bien educada y justa. Voy a decirle la verdad.”

Sin contestar de inmediato, saltó del mostrador, se remangó las mangas, y se le acercó al jefe para mostrarle unas rojas huellas en sus brazos blancos, mejor dicho, heridas causadas por las palizas que le daba su marido. Dijo al pararse delante del jefe:

—Mire, me golpeó otra vez anoche... De día soy una persona, y de noche, soy menos que una bestia...

Al decirlo, bajó la cabeza y echó a llorar tristemente.

—Es terrible, Guihua. ¿Te pega todas las noches?

Xiao cerró la boca y frunció las cejas, tupidas y negras...

—Así es. Siempre que está en casa... Si usted fuera mujer, le enseñaría mi cuerpo; pero... la verdad es que estoy llena de heridas y cicatrices. Según él, me puede pegar en todas partes, excepto en la cara y el cuello... para que tenga buena apariencia en el negocio... sólo por eso...

El director Xiao abrió los ojos lo más que pudo. Al ver las heridas todavía con sangre, se enojó y sintió compasión por ella. ¡Ya podía imaginar lo cruel que era su esposo! En este confín de la tierra, si no se deja inválida a una mujer, nadie castiga al hombre que abusa de ella, nadie se preocupa por estos asuntos “pequeños” e “insignificantes” de la vida familiar... Pero, ¿qué podía hacer Xiao como jefe de un pueblo tan chiquito? Lo único que podía hacer era expresar su simpatía y nada más. Evitando la mirada de la mujer, suspiró inquiriendo:

—¿Es Wu realmente impotente?

Guihua asintió con un movimiento de cabeza. Los ojos se le bañaron nuevamente de lágrimas. El director frunció las cejas y dijo:

—Entonces, se complica más el asunto, mujer... De acuerdo con las instrucciones del Tribunal Popular Cantonal, por una parte, vamos a reprender a tu marido, y no le permitiremos que te vuelva a golpear; pero, por la otra, si él está enfermo, hay que tratar de curarlo con las medicinas autóctonas y herbarias... De todos modos, no se te va a conceder el divorcio. La razón es que ya tenemos en el país una tasa bastante alta, lo suficientemente alta, como para afectar la estabilidad social.

—Todo el mundo dice lo mismo... Pero en este mundo, en este lugar, al hombre se le permite maltratar a su esposa, y luego hacen que las mujeres se muerdan mutuamente... Dígame: ¿de esa manera se logrará tener una sociedad estable, con llantos, actos injustos, injurias, golpes, puñetazos...? Al evitar los divorcios, ustedes, los llamados cuadros, los servidores del pueblo, están más seguros en sus puestos públicos y ascienden más fácilmente por la jerarquía burocrática, ¿no?

Al escuchar estas palabras tan atrevidas, provenientes de una mujer del campo, Xiao se quedó con la boca abierta. Nuevamente se sorprendía al ver esta reacción en una mujer de apariencia taciturna, sonriente, pasiva, sumisa... Con la mirada fija en el jefe, Guihua siguió diciendo sin querer apartarse del tema.

—Director Xiao, durante mucho tiempo he querido expresarme, decirle al mundo lo que pienso; pero sé que nadie quiere escu-

charme... Usted sabe bien que no soy superflua ni indecente ni infiel. ¿Por qué me hicieron casar con este gallo castrado, feroz y cruel? ¿Es que mis antepasados cometieron algún pecado y a mí se me castiga de esa manera?

Al escucharla, Xiao sintió escalofríos. Le dio otro trago al vino de arroz. Tratando de mantener su voz tranquila, preguntó.

—¿Ya no puedes aguantar ni un poco más...?

Al oír estas palabras, Guihua dejó de llorar, bajó la cabeza y soltó los brazos... Parecía una planta de bananos después de una escarcha invernal.

Inconscientemente, Xiao se dio un puñetazo en su propia rodilla, bebió de un solo trago el vino que le quedaba en el tazón y se levantó bruscamente. Tras un profundo suspiro, se fue sin volver la cabeza.

Xiao tiene familia y sabe de las relaciones ricas en contenido, pero complicadas, entre los esposos. Decidió venir otra vez para hablar con Wu el Mayor sobre el tema del respeto a la mujer. Nadie está en contra de este principio; sin embargo, en el campo, como en esta aldea, la gente es curiosa y se interesa por los cuentos y los problemas sentimentales de los demás; se deleitan con los rumores y chismes sobre las relaciones amorosas de otras parejas. ¿Por qué?: ¡por pura curiosidad! A nadie le interesa demostrar verdadera simpatía, ni siquiera hacer algo positivo para ayudar a los que padecen estos problemas.

VII

Había llegado la primavera. Una brisa caliente había tornado verdes los árboles, arbustos y hierbas. Al quitarse la chaqueta algodonada, Qingyü se sintió aliviada. La primavera era ruidosa, impaciente y llena de animación. Las ranas gritaban gugurugú, gugurugú...; en ciertos agujeros, debajo de la tierra, los grillos cantaban cri-cri, cri-cri...; en algún rincón de la habitación, los gorrones recitaban las rimas favoritas de su cancionero, dedicado a loar la primavera, mientras los gatos maullaban en el techo. Allá lejos, en el bosque, detrás de la casa, animales de todo tipo interpretaban conjuntamente una bella sinfonía primaveral. La tía Quinta le dijo a Qingyü, poetizando:

—Flores rojas, yerbas verdes; miles de animales cantan la llegada de la primavera.

Sentadas lado a lado en el jardín, Qingyü, la tía Quinta y la cuñada Tercera confeccionaban ropa. La cuñada Tercera, de unos treinta años, era directa y franca. Hablaba y hablaba como una ametralladora y nunca se detenía. A veces murmuraba algunos secretos al oído de la tía Quinta sobre temas prohibidos, tabúes para las mujeres solteras. Esta última siempre le respondía con carcajadas, después de oír sus cuchicheos. Al captar algunas frases de la conversación, Qingyü enrojecía y el corazón empezaba a palparle rápidamente. La tía Quinta era mayor que la cuñada Tercera. Su marido era un funcionario público de la cabecera del distrito. Al conseguir un puesto más importante, se había casado con una segunda mujer. Claro que ésta era más joven que ella. Desde entonces, hacía tres años consecutivos, el hombre había dejado de visitarla, y ahora, la tía Quinta tenía que llevar una vida de viuda y vivir con su hija a pesar de estar casada. Ella recordaba

muchos cuentos antiguos e historias de las óperas locales tales como *Liang Shanbo* y *Zhu Yingtai*,¹ *Niu Lang* y *Zhinü*,² *La serpiente blanca y la serpiente negra*,³ *El leñador Liu Hai*, *Las siete diosas*, etcétera. A Qingyü le encantaba escuchar estos cuentos. El marido de la cuñada Tercera se quedaba en casa durante las cuatro estaciones del año. De día, manejaba los asuntos financieros y administrativos de la familia Xiao el Cuarto y, de noche, pasaba todo su tiempo en el casino, y se dedicaba a los juegos de azar, principalmente a las cartas. Según se decía, también frecuentaba los prostíbulos de la cabecera de distrito. Al escuchar las habladuras de la gente, la cuñada Tercera se enojaba a más no poder, y juraba ir a pelear a vida o muerte con las prostitutas. Pero la gente le advertía que el prostíbulo era un negocio legal, que pagaba impuestos al gobierno local, y que hasta los mandarines del distrito y de la prefectura lo frecuentaban. ¿Qué poder tenía una mujer del campo para eliminar los prostíbulos? Si ofendiera a la autoridad lugareña, se le encerraría en la cárcel.

Un día, Qingyü sintió pereza y sueño. Después de un rato de estar con sus compañeras, se fue a su cuarto a descansar un poco. Abrió el libro *Los principios morales para las mujeres* con la intención de leer un rato. La puerta de su habitación había quedado abierta, y el Leopardito entraba y salía deleitándose. La cuñada Tercera le hacía una que otra pregunta a Qingyü, quien no tenía ganas de responderlas. Aunque hacía como que dormía, captaba la conversación de las mujeres del patio:

—Tía Quinta, dime una cosa. ¿Para qué vivimos las mujeres? ¿Para servir a un hombre...? ¿Para criar niños?

—Cuñada Tercera, nacimos mujeres, debido a los pecados que cometimos en nuestra vida pasada. Ojalá que podamos ser hombres en la próxima.

—¿Por qué habríamos de serlo? ¿Estás celosa porque los hombres tienen ese palo entre las piernas?

¹ Es un cuento de amor chino muy parecido al de Romeo y Julieta.

² Leyenda de amor.

³ Es un cuento de amor muy popular en China que se adapta en todo tipo de óperas locales.

—¡Mujer impúdica! ¿Podrías estar contenta con lo que eres, como lo eres ahora, sin esa cosa que tiene tu marido allá abajo?

—Tienes razón. Mira nada más cómo sufre esa pobre mujer encerrada en esta mansión. Deberá ser casta para toda la vida, solo para que le levanten una lápida de piedra. Ella es muy joven todavía.

—Pues cada una tiene su destino y su función en este mundo.

—¿Y de qué sirve? Si una mujer pasa toda la vida sin experimentar una relación sexual, ¿para qué vivir?

—¡Lo que pensarían los hombres si escucharan esos comentarios tan atrevidos!

—Tampoco faltan hombres que prefieren sacrificarlo todo para estar con la mujer que aman, incluso a riesgo de perder algún cargo público importante en la corte o de sacrificar su propia vida. Yo odio a mi marido, tu hermano. Es muy extravagante, ¿sabes? Sin embargo, cuando hace esas cosas conmigo, es decir, esos actos entre hombre y mujer, de veras me ablanda y me entrego a él por completo.

—No me digas. Pero él es tan grande y gordo...

—Por gordo que sea, como soy su mujer, yo lo agunto. Prefiero un gordo sano a un flaco adicto al opio. Tú te morirías de tristeza si tuvieras un hombre adicto al opio, ¿no?

—¡Qué mujer más atrevida! ¿Así te portaste desde la noche de tu boda?

—¡No puedes imaginarte lo malo que era mi marido! Al casarme con él, yo no entendía nada de esas cosas del sexo. Este maldito puso una tela de seda blanca sobre la sábana de la cama. Dijo que si la tela no se teñía de rojo, me expulsaría de la casa. Al ver la sangre en la tela me quedé sorprendida y asustada, y lloré como si hubiera caído en el infierno. Pero él se regocijó porque yo era virgen cuando llegué al matrimonio.

—Cuida tus palabras, cuñada Tercera.

—Hay gente que nunca habla de estas cosas, pero las tiene en su cabeza.

—Cállate. Si alguien te escuchara, ¿dónde meterías la cara?

—En la familia de don Xiao el Cuarto nadie tiene pudor, excepto aquella que quiere que se le levante una piedra inmortal. Pues a ninguna de nosotras dos le interesa ser casta, ¿no?

—Baja la voz, por favor. Si Qingyü nos escuchara, seríamos pecadoras.

—Es su problema. Perdió a su “hermanito” a los diecinueve años. ¿Por qué no regresó a su tierra natal y se casó de nuevo? ¿Qué caso tiene que espere aquí la muerte en vez de gozar de la vida?

—Silencio! En voz baja, por favor... Se dice que su padre es un letrado pobre. Como no está preparado para hacer ningún tipo de trabajo manual, no es capaz de mantener a sus hijos. Mira, ahora toda la familia pasa hambre. Qingyü todavía tiene tres hermanas que no se han podido casar por falta de dinero...

—Tú siempre tienes razón. ¡Ah, pobrecita nuestra! A ver si aguenta más tiempo esta vida sin un hombre...

—Lo bueno es que ella nunca tuvo relaciones sexuales, y no sabe de estas cosas que ocurren entre hombre y mujer...

La conversación entre la cuñada Tercera y la tía Quinta llegó hasta los oídos agudos y atentos de Qingyü. Al escuchar estas palabras, empezó a sollozar, acostada en la cama. Si no hubiera sido por este diálogo, no habría sabido nada sobre tantos secretos, encantos y anécdotas que pueden ocurrir entre los dos sexos. Oh, Amitaba mío, ¡incluso hay gente que sacrifica su propia vida por estas cosas! Es un pecado. ¿Por qué todos los hombres y mujeres de la Tierra quieren ser pecadores? ¿Pero cómo tendríamos descendientes si no lo hiciéramos? Xiao el Cuarto, por viejo que fuera, seguía su locuaz búsqueda de mujeres de todo tipo, una tras otra. ¡Para qué hacer estas cosas si no era para deleite del hombre! ¡Puro pecado! ¡Pecadores somos todos...!

Día tras día, noche tras noche, siempre al llegar el atardecer, Qingyü se lavaba la cara, se aseaba los pies, recitaba sutras, hacía reverencias ante Buda, limpiaba y cepillaba al Leopardito y se acostaba. Antes, al cumplir esta serie de rutinas, y después de abrazar al cachorro, besarlo y hablar un poco con él, se dormía inmediatamente como un tronco. Desgraciadamente, meses después, Qingyü tenía que contar los números para poderse dormir.

Al principio, al llegar hasta treinta o cuarenta, sin darse cuenta, ya se había dormido profundamente; pero desde que escuchara aquel diálogo entre las dos mujeres en la primavera pasada, le costaba trabajo conciliar el sueño, incluso contando. Últimamente, había aprendido de alguna vecina un método nuevo que se usaba comúnmente para hacer dormir a las viudas: poner cien monedas de bronce en la cama y contarlas una por una. Fue una receta realmente efectiva al principio. Pero con el tiempo, el número aumentó cada vez más para poder dormirse, pues tenía que contarlas hasta los setenta, ochenta, noventa... hasta que llegó el momento en que tuvo que acabarse las monedas sin poder quitarse los nervios y entrar en el sueño. Entonces, tuvo que empezar a contar las cien monedas de nuevo. A veces, incluso, se confundía con los números al contarlos por no poder concentrarse, ya que las palabras de las dos mujeres habían estado torturándola. ¿Era digna de vivir esta vida sin vida? Si el “hermanito” hubiera fallecido unos años más tarde, él habría comprendido estas cosas de amor por intuición y habría ocurrido lo que tenía que ocurrir entre los dos, lo que, de seguro, también le habría gustado al “hermanito”. No cabe duda, él habría sido capaz de hacerlo. Y si acaso no hubiera sido lo suficientemente potente, ella le habría ayudado a superar la incompetencia... Así siempre.

Qingyü se valoraba a sí misma. Creía que por ser una buena mujer, incluso, mejor que muchas otras mujeres del mundo, merecía que se le diera lo que le correspondía. Era el “hermanito” quien no había cumplido con su deber como hombre y marido. Él la había abandonado sin piedad... “¿Por qué no me llevaste contigo? ¿Por qué me dejaste sola en este mundo ancho y ajeno? ¿Por qué me has hecho sufrir tanto...?”, se preguntaba a sí misma.

Al ser una mujer física y fisiológicamente normal, la lectura de los libros de educación moral y de las instrucciones budistas solo le ayudaban a sentirse bien durante el día; sin embargo, este tipo de cultivo espiritual no podía consolarla durante la primavera, cuando la Naturaleza cobra su nueva vida, se renueva, renace... sobre todo, durante las largas e interminables noches en que se incubaba la nueva vida humana en el proceso de la reproducción.

Los días pasaban, la Luna se tornaba cada vez más llena y su luz entraba por la ventana del cuarto de Qingyü, extendiendo una tela de seda plateada en el suelo. Al Leopardito le fascinaba sentarse sobre esta tela, delante de la cama de su dueña. De vez en cuando levantaba su cabeza para contemplar la Luna. Una noche, se escuchó que alguien estaba cantando afuera, tal vez, en el bosque, detrás del muro. El Leopardito empezó a ladrar fuertemente en son de protesta; pero la intervención fue impedida por la dueña, con una voz suave:

—No ladres, mi amor. Escucha.

—El Leopardito dejó de ladrar. Qingyü lo agarró, lo abrazó y pegó su mejilla a la cabeza velluda del animal. Era la voz de un hombre que entraba por la ventana que daba al patio trasero:

Ha salido la luna llena.
Tan sólo de veinte años quedó viuda.
Si lo hubiera sabido,
se habría ido de monja a la montaña.

Ha salido la luna llena.
Un joven en la flor de la edad
piernas fuertes lleva,
las que encantan a la joven,
las que le dan fuerza
para subir a la montaña.

Maldito muchacho, joven maleducado. No cantaba ni más temprano ni más tarde, sino precisamente cuando Qingyü quería irse a la cama. No cantaba ni más lejos ni más cerca, sino precisamente delante de su ventana. Leopardito debería correr hacia él, correr rápidamente a morder al maldito muchacho.

El Leopardito, cuando se sintió cómodo en el regazo de Qingyü, empezó a lamerle las manos. El hombre afuera seguía su canto con una voz sollozante:

La luz plateada de la luna
ilumina el cuarto de mi hermana.

En su alcoba hay de todo,
almohadas sobran,
solo un jovencito falta.

La luz de la luna brilla
e ilumina a mi hermana que se peina.
Peinándose, ¿para quién?
Que abra la puerta a su amor.

—Vete, Leopardito, corre y ataca a ese maldito. ¡Rápido!

Qingyü no aguantó más y soltó al Leopardito para que saliera a atacarlo. El perro, al entender la orden, saltó de la cama, corrió hacia la puerta como una flecha, ladrando a voz en cuello... Qingyü se retractó.

—¡Alto! ¡Regresa, Leopardito! Todavía eres chico. Cuando seas mayor, te llevaré a cazar animales a las montañas; pero, ahora no.

Qingyü se quitó la manta y se levantó de la cama. La luna esparció sus tenues luces en el lecho y sobre su cuerpo medio desnudo, pues solo llevaba unos calzoncillos bordados con flores. Gracias a la luz, dejaba ver unas piernas tan blancas como el color del jade. Pese a la presión de las telas de seda que llevaba durante más de un año para apretar y aplastar su pecho, sus senos seguían siendo tan llenos y salientes como antes. Agarró una de sus almohadas, y la abrazó como si fuera su “hermanito”. En ese momento, sin darse cuenta, las lágrimas empezaron a caer de sus ojos, bañando sus mejillas.

El Leopardito, otra vez sentado bajo la luz de la Luna, ladró y ladró durante un largo rato. Al compás del movimiento de la luna al desplazarse por el cielo, el animalito también se trasladaba de tiempo en tiempo para situarse siempre bajo su luz. El perrito era fiel a la luna, tanto como a su dueña, quien, para entonces, se había quedado dormida. Para mostrarle su fidelidad, agarró con el hocico un extremo de la manta, la arrastró con fuerza, y cubrió el cuerpo desnudo de Qingyü.

VIII

Desde que Guihua solicitó su divorcio, Wu no regresó a casa. Este hombre de moralidad tradicional no tenía cara para ver a los demás, simplemente porque su esposa había hablado públicamente del divorcio. ¡Estos pleitos eran vergonzosos para un auténtico conductor de camión, macho, altivo y respetable! Algunos colegas, incluso, bromeaban con él, y le tomaban el pelo:

–Wu el Mayor, ya que eres impotente sexualmente, ¿por qué le pones tantas restricciones a tu mujer? Déjala a rienda suelta. Ésa es la mejor forma de domarla. ¿Entiendes?

–¿Por qué no la dejas tener un amante? Mejor, con un ojo abierto y con el otro cerrado... Así sabes menos de lo que le ocurre a tu mujer. Ja, ja, ja...

Además de estos consejeros sarcásticos, no faltaron los que hablaron con él seriamente del problema:

–Maestro Wu. Éstas son bromas nuestras; pero lo más importante es curarte.

–Dicen que con testículo de ciervo se cura la impotencia masculina. Los venden en una granja de por aquí. Cada testículo cuesta unos cien yuanes. Aunque, por caros que sean, no se obtienen fácilmente por ser valiosos. Para conseguirlos, hay que sobornar a los empleados del gobierno local encargados de la venta de carne al menudeo...

–Yo pienso que quedarte sin mujer no es gran cosa. Lo que importa es la taberna, que de ninguna manera debes perderla con el divorcio.

El divorcio era un tema en el que Wu el Mayor había pensado muchas veces. Un viejo dicho reza: “Con el divorcio, se van tanto la mujer como el dinero.” Pese a las injurias, golpes y exámenes

ofensivos a su mujer, él sabía que, en realidad, él tenía la culpa al no satisfacerla sexualmente. Sin embargo, para la antigua tradición china, el segundo matrimonio es siempre mal visto. Si uno se divorcia, todo el mundo lo acusa; si no directamente, a sus espaldas. Por otra parte, miren a las familias vecinas y cercanas del pueblo, ¿qué pareja no se pelea, choca, riñe? La pelea conyugal es un asunto cotidiano, ¿no? El hombre sacude el puño en lo alto y la mujer solloza o llora a gritos. Así son las cosas, es el menú de todos los días. Al fin y al cabo, las peleas casi siempre terminan, si no en todos los casos, con la reconciliación entre los esposos; luego, ambos siguen viviendo juntos con la misma familia.

Guihua era la única mujer del pueblo que desafiaba el puñetazo, la injuria y la amenaza de su marido, y seguía acudiendo al gobierno cantonal para hablar de su impotencia sexual. ¡Putá madre! ¡Maldita sea mil veces esta mujerzuela!

“Mujer mía, ¿no has notado cómo has cambiado de vida? Ahora, la apertura de la compañía de gravas en el arenal ha traído a los camioneros y el buen negocio a nuestra taberna. Pero, tú, pendeja, has olvidado todo lo pasado. ¿Has abandonado la tradición para dejarte llevar por este maldito viento moderno?

“En cuanto a mi aprendiz, me da pena también por él. Desde el incidente de aquella noche, se fue para siempre, y no volvió a aparecer ante mis ojos. Pero, oye, Che Ganzi, nunca le he dicho a nadie que te has enredado con mi esposa. Te conozco bien, hijo. Eres un hombre tan tímido que, al ver a una mujer, enrojeces. ¿Cómo tendrías la valentía de seducir a Guihua? Por mucho que yo desconfiara de los demás, nunca tendría la menor duda sobre ti. Tu decencia ante mi mujer estaba confirmada...”

En su camión, Wu el Mayor seguía corriendo por todos los lugares del área. Muchas veces, al pasar por su propia casa, se daba cuenta de que no tenía ganas de entrar. No faltaba quien lo comparara con Dayü, personaje legendario que estaba tan ocupado en controlar las inundaciones que pasaba frente a su propia casa y no paraba. Diferente a este último, Wu siempre iba a casa de algún amigo o a la de sus parientes a tomar unas copas. Cierta vez, se topó por pura casualidad con su aprendiz Che Ganzi en el

camino. Éste lo invitó a fumar cigarrillos y a tomar unas copas en una taberna, mientras le aconsejaba que regresara a su casa para resignarse y reconocer su error frente a su mujer. Wu asintió con la cabeza, pero nunca lo hizo. Durante largo tiempo estuvo tan deprimido que, al terminar la faena del día, se iba a la cantina a emborracharse por la noche. Lo hacía para dejar de pensar en Guihua.

Ella, por su parte, esperaba día y noche el regreso de su esposo. Varias veces le encargó a fulano o a zutano que le llevara un mensaje o le entregara ropa de cambio. No obstante, nunca recibió respuesta. Ella estaba consciente de que esto se debía a que Wu el Mayor pensaba que no tenía cara para ver a los demás por lo del pleito. Y como Wu se había escondido, el divorcio no podía llevarse a cabo.¹ Con el tiempo, poco a poco, Guihua sintió compasión por su marido, quien estaba muy asustado, y empezó a arrepentirse por lo que había hecho en su contra. Además, no faltaba gente que viniera a visitarla para aconsejarle que abandonara la idea. Algunos que antes la despreciaban y no le habían hecho caso también venían a darle consejos. Esta gente se portaba como si fueran los pececitos del estanque, que en la madrugada suben a la superficie a buscar comida y respirar el aire fresco matutino; en otras palabras, a presentarse en el escenario. Estas interminables visitas intrusas contribuyeron a formar una brecha, una muralla, una gran zanja para separar y cortar el hilo del pensamiento de esta mujer. Siempre que Guihua reclamaba su derecho al divorcio, se convertía en un personaje llamativo y señalado, y se volvía el centro de atención del pueblo. Parecía que el mero hecho de divorciarse de Wu pudiera ensuciar la atmósfera de la comunidad, dañar la estabilidad social y bajar la moralidad de los habitantes. La gente lugareña consideraba inmoral el divorcio, puesto que marcaba la línea divisoria entre lo blanco y lo negro, entre lo bueno y lo malo. ¡Qué pecado más denigrante!

La primera persona que apareció en la casa de Guihua fue la representante de la federación de mujeres, esposa de uno de los

¹ Según la ley china, no se puee resolver ningún pleito civil sin presencia de cualquiera de las dos partes involucradas.

del clan Wu. Era una mujer morena y poco agraciada, con unos ojos estrechos y cejas muy delgadas, gruesa como un barril. Por alguna extraña razón, las mujeres guapas nunca llegaban al rango de cuadro. Se decía que era una mujer de mal carácter, de una voz estridente y una lengua viperina, capaz de erosionar hasta una roca. Era una mujer feroz que podía manejar a cualquiera, ya fuera a los que se revuelcan en el suelo por un berrinche o los que se bajan los pantalones en público. Claro que ella tenía un apoyo poderoso. El patriarca de su familia política era el secretario cantonal del Partido Comunista. Era por eso que incluso Xiao Hanchu, el director del comité vecinal del pueblo, tenía que cederle el paso cuando existía algún desacuerdo entre ellos. La mujer fue directo al grano.

—Hermana Guihua. Soy cinco años mayor que tú, es decir, he comido más arroz que tú, y he visto más cosas que tú en la vida. Es difícil vivir esta vida en la sociedad, y lo es mucho más difícil para una mujer, ¿no? Aprendí a trabajar entre las mujeres a los veinte años de edad, gracias a la preparación que me ha dado el Partido Comunista. De acuerdo con las experiencias de mis últimos quince años, mi trabajo no consiste más que en llevar a cabo la planificación familiar; apaciguar las peleas conyugales; asegurar y proteger los derechos legítimos de la mujer. En los últimos diez años y pico, he tratado muchísimos casos de peleas entre marido y mujer. Sin mencionar los casos viejos, los más recientes ya han provocado aquí grandes escándalos públicos. Hubo una mujer que saltó al precipicio para suicidarse. Otra juró que se lanzaría al río desde el acantilado... Estamos en la nueva sociedad, y su base es el matrimonio libre. El así llamado libre matrimonio se practica bajo el control del gobierno y bajo la guía de las políticas del Partido Comunista. Además, cuando hablamos de la libertad matrimonial, se trata de una libertad de ambas partes: del hombre y la mujer. No debemos olvidar que existe la otra libertad, que es la libertad del Partido Comunista, es decir, a veces, incluso las dos partes de la pareja quieren separarse, pero no se les puede conceder el divorcio porque éste también es un asunto del gobierno, de la sociedad y del Partido Comunista. Si la familia se desintegra,

¿quién se encargará de los niños y los ancianos? ¿Los dejamos abandonados vagabundeando en la calle para convertirse en jóvenes delincuentes y limosneros? ¿Vamos a dejar estas cargas a la sociedad o al gobierno? No, de ninguna manera. Cada familia es una célula de la sociedad. Si todas las células familiares se descomponen, la sociedad queda en bancarrota. Guihua, eso es lo que tienes que entender. Claro que Wu y tú no tienen hijos ni padres qué mantener. Pero como tu taberna Perfume Nocturno está situada al lado de una carretera muy concurrida e importante, tu divorcio va a ser un escándalo público, y puede promover la propagación del divorcio, eso sí que tendría impacto en la sociedad. Tú, tan joven y tan guapa, atiendes todos los días a un montón de clientes. En fin, tienes que portarte decentemente ante la clientela y el público. Ahora que la política gubernamental es más abierta que antes, la sociedad también se ha hecho más abierta. De esta manera aparece un tipo de gente llamado “tercero”. En otras palabras, se trata de un seductor o una seductora. Si es una mujer que seduce al hombre, es aquella que se pinta la cara, se pone colonias en el cuerpo, se viste con una minifalda que deja ver sus piernas, o lleva un tipo de blusa con los cuellos bien abiertos que dejan ver parte de los senos. Si se trata de un hombre que seduce, lleva pelo largo, gafas oscuras, pantalones vaqueros; además, monta motocicleta. El hombre seduce a la mujer, y la mujer seduce al hombre. Así se daña y se rompe la felicidad de muchas familias, envenenando el espíritu humano, y destruyendo la sanidad y estabilidad social... Pues, Guihua, tienes que tener mucho cuidado con estos “terceros”. Que no te vaya a engañar uno de ellos; y seas desacreditada. Por el momento, estos “terceros” todavía cunden por las grandes ciudades, y todavía no han llegado a nuestros pueblos remotos... De todos modos, ya es tiempo de que tranquilices tu corazón y le mandes decir a tu esposo que regrese. Al mismo tiempo que criticamos a tu marido por su mal proceder y le ayudamos a corregir sus errores, hay que tratar de curar su enfermedad, su impotencia. ¿No crees? Wu el Mayor ya tiene más de cincuenta años, no puede ser tan competente sexualmente como los jovencitos. No le pidas demasiado, toma lo

que puedas y confórmate con eso. Es lo mejor que puedes esperar, ¿no?... Ja, ja, ja...

La jefa habló y habló. Habló por una hora entera sin cesar. Ni siquiera tuvo tiempo para tomar un sorbo de té, y Guihua no pudo interrumpirla; tampoco comprendió lo que significaba “tercero”. No pudo entender cómo estos hombres y mujeres misteriosas, al adquirir algún poder mágico o saber Gongfu, son incluso capaces de destruir una familia feliz. ¿Acaso ellos han formado una organización clandestina para destruirme? ¿Tiene esta organización algún cabecilla? ¿Es un tipo de mafia? ¿Se les paga por hacerlo? ¿Desde cuándo los de esta organización han venido a infiltrarse en el pueblo de Arenal? ¿Por qué tienen tanto interés en mi taberna? ¿Es que ellos vienen a mi negocio a intercambiar información secreta o códigos secretos? Lo que dijo la jefa realmente la asustó. Por otra parte, Guihua quedó muy agradecida por la información que le había dado la jefa, y también sorprendida por lo mucho que sabía. Ella lo sabía casi todo. ¡Hasta comprendía qué era un “tercero”! Estaba preparada para saberlo todo. ¡Qué suerte! Sabe hacer tantos quehaceres manuales como trabajos administrativos. Se decía que en las reuniones cantonales y distritales, cuando quería criticar a algún hombre presente, lo insultaba de manera tan sarcástica y con movimientos tan reveladores y atrevidos, que éste no se atrevía ni a levantar la cabeza. Ella nunca le había pedido el divorcio a su marido. Además, gracias al entrenamiento que se le había dado, él era tan sumiso y obediente que hasta se resignaba a quitarle los zapatos y traer agua para que se lavara los pies antes de acostarse. Precisamente por ser una mujer capaz de hacerlo todo y ser buena, fue seleccionada como jefa.

Al salir de la casa la representante de la federación de mujeres, vino inmediatamente la jefa del grupo vecinal, una matrona del clan Xiao. Se decía que la jefa Xiao había sido casamentera profesional antes de la Liberación. Era una buena persona y se llevaba bien con todos. Un dicho chino reza: “La lluvia no viene sin nubarrones; el matrimonio no se hace sin casamentera.” Ahora, en la nueva sociedad, se prohíbe que hagan negocio. Así pues, de una casamentera profesional se convirtió en una voluntaria. Este

cambio se entendía por la forma de hacer la transacción, es decir, en vez de cobrar directamente por el servicio, recibía regalos y “dinero de agradecimiento por su trabajo voluntario” de parte de los novios. Además, siempre se le invitaba a comer gratuitamente a los banquetes de boda. Convencida de sus propios conocimientos y experiencias en la vida matrimonial, ella empezó a hablar con Guihua y la bombardeó con una lluvia de consejos y sugerencias.

—Hermana, huelga decirte que tú eres un hermoso racimo de rosas en el florero del Arenal de las Ocas Amorosas; pero tal parece que este racimo ha entrado en el florero equivocado. ¿Qué vamos a hacer, entonces? En estos momentos es muy tarde para hablar de divorcio. Nuestros superiores han puesto más restricciones al asunto. Mira, según la última información del gobierno cantonal, un examen médico que se les hizo a las obreras de una fábrica textil, dio resultados sorprendentes. De todas las mujeres solteras, menos de la mitad eran vírgenes. Para colmo, hermana, después de permitir la existencia de hoteles privados en el área, ha vuelto la prostitución. ¿No te parece un escándalo?

La tía Xiao trataba a Guihua de una manera mucho más tranquila y suave que la representante que había venido anteriormente. Además de tomar té y comer galletas mientras hablaba, varias veces tomó su larga pipa de bambú para fumar. Guihua no aguantó más las indirectas e inquirió diciendo:

—¿Qué tiene que ver mi divorcio con todos esos problemas?

—¿Cómo es posible que no veas la relación? El hecho de que la sociedad sea más abierta no significa, de ninguna manera, que dejemos que se liberen las relaciones sexuales. En los últimos años ocurrieron varios escándalos aquí cerca, ¿no lo sabías?

La tía Xiao vació las cenizas de tabaco de su pipa, chocándola repetidas veces contra el tacón de uno de sus zapatos; luego, echó un vistazo inquisidor a Guihua, y continuó:

—El año antepasado, una pareja del clan Wu empezó a pelear por razones desconocidas. El marido quiso el divorcio, y se lo presentó a la corte distrital; pero la mujer lo rechazó de manera decidida y rotunda. Entonces, fue a alojarse a la casa de sus padres y no volvió a hacerle caso al esposo, por lo que el tribunal no pudo

dictar sentencia alguna ni conceder el divorcio en ausencia de la mujer. Cada vez que él iba a la corte local, el personal lo criticaba severamente. Además, de vez en cuando, la corte les hablaba por teléfono a los cuadros de su aldea para que castigaran al hombre de alguna manera. Con el tiempo, él no aguantó más, y no tuvo más remedio que ir a la casa de sus suegros a pedirles perdón, y que persuadieran a su hija de que volviera a su propia casa. Finalmente la mujer regresó, y al año siguiente, tuvieron un bebé... Otros dos sucesos ocurrieron en otras aldeas. En un caso, una mujer casada se había enamorado de otro hombre, y no amaba a su marido; pero éste se rehusaba a la separación, y empezó a golpearla fuertemente. En venganza, la mujer puso veneno para ratones en vez de pimienta en el huevo frito que le preparaba. Él, al comerlo, se envenenó y murió. La mujer fue sentenciada a la pena capital y fue fusilada. El otro caso se trata de una mujer estéril, cuyo marido era hijo único. Él le pidió el divorcio para buscar una segunda oportunidad de darles descendientes a su familia. La corte local rechazó la petición. Dos años después, la engañó diciéndole que quería llevarla a dar un paseo por las montañas. Sin que ella se diera cuenta, al llegar al borde de un acantilado, la empujó de un golpe desde una roca muy alta, y ella fue a dar al lecho del río... Después de cometer el crimen, se fue a entregar a la corte local. Se le sentenció a la pena capital... Más tarde, se le cambió la sentencia por cadena perpetua...

Al escuchar las anécdotas, a Guihua se le enfrió el corazón. Sentía como si algo le obstruyera la garganta. Quiso decir algo pero no pudo: si les hubieran concedido el divorcio a las parejas, no habrían sucedido esas tragedias. A lo mejor ya habrían encontrado su felicidad al formar otras familias. Pero la tía Xiao le contaba estas historias para que dejara esa maldita idea del divorcio, idea que se le había metido en la cabeza por difícil que fuera, y por lo desastroso que pudiera resultar.

“Oh, para mí, estos mensajes instructivos son innecesarios”, pensó Guihua. “Me resigno a ser soltera por el resto de mi vida y no volverme a casar otra vez. Le juro a usted, mi jefa, que no haré nada en contra de Wu el Mayor. Hay un dicho que dice: ‘No hay

cosa más viciosa en el mundo que el corazón de una mujer'. Pero yo no soy viciosa. Yo, que no soy capaz ni de pisar una hormiga y le temo a los gusanos, ¿cómo me atrevería a matar a mi esposo...?"

El siguiente visitante fue un miembro del comité financiero y cerealero del gobierno cantonal. Él solo la conocía de vista, pues únicamente había estado de paso una o dos veces por su taberna. No obstante, al oír hablar del caso, también se ofreció a hacerle algunas advertencias. Sus consejos versaron sobre lo económico. Por ejemplo, le dijo quién sería realmente el dueño de la taberna si se divorciaba. Había sido Wu el Mayor quien contribuyó con su capital para comprar la tierra; construir la taberna, y adquirir todas las mercancías y utensilios... ¿Qué sería de ella, si se declaraba que la taberna era propiedad de Wu el Mayor? ¿Cómo se mantendría sin el negocio? La única solución, según él, era encontrar un enamorado, antes del divorcio, para que la mantuviera; pero esto iba contra la ley, y se le prohibía hacerlo. De acuerdo con este consejero voluntario, el que proponía el divorcio era el que sufría más pérdidas económicas.

Siguiendo esta corriente torrencial de consejeros, el médico yerbero local le envió unas recetas, tan antiguas y secretas que habían sido transmitidas de generación en generación en su familia. De acuerdo con lo que le dijo, estas dosis curaban todo tipo de incompetencia; sobre todo, tenían un efecto óptimo en los impotentes. Si el hombre las tomaba, se le avivaba el fuego sexual hasta tal punto que la mujer no podría aguantar más... Junto con estos preciosos y malditos consejos, Guihua recibió más de diez cartas tanto de los amigos como de los parientes de Wu el Mayor para impedir el divorcio. La correspondencia era más de lo que ella habría recibido en uno o dos años. ¡Por Dios!, solo por el temor a la ruptura de este matrimonio más común que corriente en el mundo, y a la bancarrota de la taberna, quizá la más pequeña del país, vino a visitarla muchísima gente.

Todos estos consejos, advertencias y "amabilidades" habían formado una red que la aplastaba y la hacía sentirse nerviosa, cansada y deprimida. Todos estos ojos, bocas, voces, consejos, parecían ajenos a ella, la capturaban, la oprimían y le ponían los

nervios de punta... Todos los días, al oscurecer, al salir los clientes, se encerraba en la taberna, sola; se sentaba frente a la caja, y se quedaba meditabunda. Una noche, después de cerrar, sintió que su cuerpo se aflojaba, entonces se inclinaba cabizbaja, y se sentía tan débil como si ya no aguantara todos estos ataques sentimentales; como si sus nervios quisieran explotar. Finalmente, sin saber por qué, se echó a llorar a gritos. Desde ese momento, cuando alguien venía a darle más consejos, Guihua inmediatamente impedía sus parloteos con las siguientes palabras:

–Pierda cuidado, por favor. He decidido no divorciarme nunca jamás... De ninguna manera me divorcio... ¿Está bien?

Sin embargo, nunca dejó salir de su boca palabras como “perdónenme, por favor...”, para evitar problemas. Había cambiado y aceptado su destino, y todos los días esperaba el regreso de Wu el Mayor. Tenía ganas de hablar seriamente con él. Antes de que él le gritara y empezara a sacudir sus puños en el aire, ella se ofrecería a quitarse los pantalones para que pudiera examinarla una vez más. Ella le diría:

–Mucha gente dice que no te mereces el divorcio. ¿No te zumban los oídos?

Pero Wu el Mayor nunca regresó, ni su aprendiz apareció. Guihua no tuvo más remedio que pedirles a otros camioneros amigos de su marido que le llevaran uno que otro mensaje.

–Por favor, dile a mi esposo que ya no me divorciaré de él. Voy a ir al gobierno cantonal para que me devuelva mi petición de divorcio y la voy a quemar. Díselo.

IX

No se sabe cómo, el rumor de que por las noches alguien cantaba canciones amorosas frente a la ventana de Qingyü había corrido a los oídos de don Xiao el Cuarto. Al enterarse, decidió ir en persona a inspeccionar la colina detrás del muro que rodeaba su casa. Su mansión estaba perfectamente protegida por altos y sólidos muros de piedra con púas de metal. Nadie, a menos que fuera un superhombre, podría sobrepasarlos y saltar por encima del muro. El único inconveniente era que, al otro lado del traspatio, había unos árboles inmensos, cuyas ramas se extendían por encima del muro y podrían servir como puente. Si algún maldito lograra subir a esas ramas, podría ver lo que hacían las mujeres que vivían adentro. Pero según los astrólogos del lugar, estos árboles le traían suerte a la familia y no podían cortarlos. Después de vacilar un poco, don Xiao el Cuarto ordenó cortar todas las ramas que se extendían hacia los muros con el fin de impedirle el paso a cualquier intruso. Acompañado por su primera esposa, fue al traspatio a hacer una detenida inspección. Al ver que todo estaba bajo control, ambos se tranquilizaron.

Cuando llegaron, Qingyü se encontraba bordando bajo del alero de la casa. Al ver entrar a lo lejos al señor don Xiao, Qingyü se apresuró a levantarse y saludarlo. Después de dar unos pasos, inmediatamente se detuvo como si algo la hubiera asustado, pues no se atrevía a acercársele demasiado. Y es que don Xiao el Cuarto aparecía en el jardín trasero en muy raras ocasiones. ¿A qué venía esta vez? ¿A hacer una inspección? ¿Acaso él había notado algo anormal en el patio trasero, o algún acto indecente de su parte? Todo el mundo sabía que durante el día, siempre estaba acompañada por las dos tías, y de noche, por el perrito. Ella era más decente

de lo que se podía ser, más virgen que cualquier mujer del mundo, y más virtuosa que ninguna otra en el planeta... Ni siquiera tenía la oportunidad de ver la sombra de un hombre. ¿Cómo podría cometer un acto inmoral?

Al terminar una inspección rigurosa, la esposa número uno de don Xiao el Cuarto se dirigió hacia la virgen y preguntó:

—¿Dónde están tu tía Quinta y tu cuñada Tercera?

De inmediato, Qingyü se acuclilló en el suelo, y respondió con el índice que señalaba el lugar por donde ellas habían salido minutos antes.

—Están en sus habitaciones haciendo sus quehaceres. Regresarán pronto...

En este momento, Xiao el Cuarto fijó la atención en los ojos de Qingyü, luego corrió su vista por todo su cuerpo. Al hacerlo, movió la cabeza de arriba abajo en señal de asentimiento. Parecía que había quedado satisfecho con el comportamiento de su nuera. Pero, después de unos minutos, quién sabe por qué razón, cambió de repente su postura, sacudió la cabeza y empezó a interrogarla.

—Qingyü.

—Sí, señor, a sus órdenes.

—¿Has leído *Los principios morales para las hijas*, *Los veinticuatro actos de piedad filial ilustrados* y *Biografías de mujeres* que te mandé con tu cuñada Tercera, o *Los cuatro libros clásicos para mujeres*...?

—Gracias por su preocupación, mi suegro. Los estoy leyendo y estudiando con dedicación.

Xiao el Cuarto, con un ligero movimiento de cabeza, dejó mostrar una actitud satisfactoria, mientras se peinaba con dos dedos su barba bien arreglada, pero sin apartar sus ojos de la cara de la bella mujer. Al notarlo, Qingyü bajó inmediatamente la cabeza.

—Voy a hacerte algunas preguntas sobre lo que has aprendido. ¿Bien?

—Le contestaré con toda sinceridad.

—¿Quiénes fueron las primeras mujeres virtuosas de la historia?

—Las dos esposas reales del emperador Shun.

—¿Y quiénes fueron ellas? Contesta con más exactitud, por favor.

Xiao el Cuarto continuó inquiriendo con mayor interés. Qingyü, aún con la cabeza baja, se puso de cuclillas, y empezó a recitar de memoria lo que había aprendido.

—Eran las hijas del señor de Yao. La mayor se llamaba Erhuang y la menor, Nüying...

—¿Qué puedes decirme sobre ellas; cómo eran?

—El padre de Shun se llamaba Gu Sou, un hombre perverso, y su madre era una estúpida. Shun atendía a su padre con devoción filial; pero su madre lo detestaba. Ella quería a Xiang, su hijo menor; no obstante, Shun la trataba correctamente. Shun fue presentado por Si Yue a Yao, quien le entregó a sus dos hijas como esposas para que cuidaran de su casa. Las dos muchachas asumieron su compromiso y, a pesar de ser descendientes del Hijo del Cielo, no se comportaban de manera orgullosa ni despectiva. Eran naturales, respetuosas y frugales, dedicadas a su papel de esposas. Gu Sou y Xiang conspiraron para matar a Shun, y, para esto, le ordenaron reparar el techo del granero. Shun regresó a su casa y les dijo a sus dos esposas: “Mi padre y mi madre me ordenaron reparar el techo del granero, ¿lo hago?” “Ve y hazlo”, respondieron ellas. Cuando Shun estaba reparando el granero, Gu Sou quitó la escalera y le prendió fuego; pero Shun escapó con vida. Enojado Xiang se puso de acuerdo con sus padres para ordenarle a Shun cavar un pozo. Cuando éste lo consultó con sus esposas, ellas le dijeron: “Tienes que obedecer”. Shun cavó el pozo y previó tanto su entrada como su salida, de manera que, cuando trataron de sepultarlo, no pudieron hacerlo. Entonces, Gu Sou invitó a Shun a tomar unas copas con la intención de envenenarlo cuando estuviera borracho. Shun se lo contó a sus esposas, y ellas le dieron un tónico y lo bañaron antes de irse. Gracias a esto, Shun bebió mucho, pero no se emborrachó. La hermana menor de Shun se compadeció de él; hizo amistad con sus esposas y les reveló la intriga. A ella le enojaba mucho que, a pesar de que el padre y la madre de Shun deseaban matarlo, él no les guardaba ningún resentimiento. Shun iba todos los días al campo a llorar e implorarle al cielo; pero sólo expresaba admiración por sus padres y no tenía ningún resentimiento contra su hermano. Finalmente, Shun

sucedió a Yao como Hijo del Cielo. Erhuang se convirtió en emperatriz y Nüying en la esposa real. El Maestro escribió: “Las dos esposas reales fueron virtuosas, sin dobleces y actuaron sinceramente”.

Qingyü recordaba el cuento de memoria, lo que impresionó a Xiao el Cuarto y quedó satisfecho. Pensó: “En realidad es una mujer talentosa.” De repente, su esposa, que estaba a un lado de él, intervino.

—Es verdad que ellas fueron las primeras mujeres virtuosas; pero, ¿quién fue la primera mujer menos virtuosa de la historia?

—Ningún libro lo menciona. No sabría contestarle, perdón...

Un poco molesta, la señora le dijo:

—La mujer menos virtuosa de la historia fue Danji, hija de You Si y esposa del rey Zhou de la dinastía Shang. Era muy afecta al vino, la carne y los placeres sexuales, por eso trajo la ruina al Estado, y se ganó la enemistad del cielo y el pueblo.

Xiao el Cuarto echó un vistazo de enojo a su esposa. Tocando su barba con dos de sus dedos, dijo con una voz suave:

—De todas las mujeres virtuosas en estos libros, ¿cuál es la que tú más admiras?

Como era obligatorio contestar esta difícil pregunta, ella respondió con mucha timidez.

—Seguramente es Meng Jiang de la dinastía Qin, quien recorrió miles de kilómetros a pie para buscar a su esposo en el campo de batalla del norte. Al no encontrarlo, murió en la gran muralla de tanto llorar de tristeza... ·

—Éste es un cuento que no está inscrito en los libros de historia. ¿Hay otra mujer en los libros que admires de verdad?

—En los Tres Reinos, Ling Nü se cortó la nariz para mostrar su voluntad de ser virtuosa por el resto de su vida...

—¿Por qué?, sé más concreta.

—Ling Nü fue esposa de Cao Wenshu del reino de Wei. Cuando su marido falleció, ella era todavía joven y no tenía hijos. Como temía que le aconsejaran que se casara por segunda vez, se cortó el pelo para mostrar su decisión de no hacerlo... Tiempo después, su familia le encontró un segundo marido. Esta vez, ella se cortó

las orejas para impedir la boda. Más tarde, la familia Cao fue aniquilada por la familia Sima en una lucha política. De nuevo trataron de obligarla a casarse con otro. Entonces, de un cuchillazo, se cortó la nariz en protesta. Cuando se le preguntó el porqué, respondió: “Sigo el principio de moral tradicional, y lo hago en honor de los antepasados de la familia de un marido.”

—Es una verdadera heroína... ¿cuál es la otra mujer virtuosa que admiras?

—En la dinastía Tang, una mujer con el apellido Lu se adelantó para proteger a su suegra frente al asalto de unos bandoleros...

Asintiendo con la cabeza para expresar su acuerdo con ella, Xiao el Cuarto siguió preguntando.

—¿Cómo es la historia?

—Ella era la mujer de un mandarín de la corte, Zheng Yizhong. Desde muy niña empezó a leer los Cuatro libros, y aprendió de su suegra las reglas de moralidad de manera que su misión en la vida fuera serle fiel al marido. Una noche, entraron unos bandidos a saquear la casa. Todos los sirvientes huyeron al verlos llegar. La suegra no pudo irse por su invalidez, y la nuera se ofreció a quedarse a su lado, pues no quiso huir sin ella. Los bandidos la golpearon fuertemente. Lu aguantó e hizo lo posible para proteger a su suegra. Cuando los bandoleros se fueron, le preguntaron cómo era posible que no les tuviera miedo a los bandidos, y de dónde había sacado valor para enfrentar el saqueo. Lu respondió que la diferencia entre el ser humano y los animales residía en que el primero poseía la virtud de la fidelidad, y las otras especies no.

—Eso. Los dos cuentos están en *Los veinticuatro actos de piedad filial ilustrados*. ¿Hay otras?

—En las Cinco Dinastías, Mu-Lan de Liang se vistió de hombre para remplazar a su padre en su cargo de general del ejército. Cuando se le pidió a su padre ir al campo de batalla en el norte, él ya estaba demasiado viejo para seguir en el servicio militar. Ella se ofreció a alistarse en la guardia fronteriza. Durante los doce años de servicio militar en la frontera, nadie se enteró de que era mujer...

—Este cuento ha sido uno de mis favoritos. Pero su ejemplo sólo se puede admirar, no seguir... ¿quién es la otra conocida por todos por su fama y virtud?

—Una mujer apellidada Li, quien se cortó un brazo cuando llevaba los restos de su esposo.

—¿Por qué?

—En las Cinco Dinastías, el mandarín Wang Ning murió de enfermedad en pleno servicio, en calidad de ministro inspector, enviado especial del emperador. Li, su esposa, con el bebé en brazos y los huesos de su esposo en la espalda, emprendió una larga caminata para regresar a su tierra natal. Al llegar a la gran ciudad Kaifeng, cayó la noche, y decidió buscar dónde alojarse. En el primer hotel que encontró, el dueño, al verla vestida de luto y con la cara gris y triste, tuvo la sensación de que podría ser una mujer sospechosa, así que no le dio alojamiento. Ella insistió e insistió, y se rehusó a irse a buscar otro lugar porque estaba cansadísima. El hombre no tuvo más remedio que agarrarla del brazo para sacarla de allí. Li, sollozando, gritó: “Me ha denigrado, señor. Me ha ensuciado el cuerpo. Con su acto insultante y ofensivo, he dejado de guardar la pureza y la virtud, porque solo mi difunto esposo tenía derecho a tocarme.” Dicho esto, se cortó el brazo con un hacha en protesta a este proceder inmoral. La gente que se conglomeraba allí, al ver la tragedia, se puso sumamente triste. Todo el mundo lloró por lo que ella sufrió. El prefecto de Kaifeng, al oír hablar del suceso, mandó inmediatamente un doctor a atenderla. Él le recetó y regaló medicinas para curar sus heridas. Para premiarla por su heroísmo y el sacrificio personal en salvaguardia de la moralidad, el mandatario le dio una pensión de subsidio para su familia en nombre del gobierno local. Al mismo tiempo, ordenó golpear a latigazos al dueño del hotel como castigo...

Tanto Xiao el Cuarto como su esposa Xiao la Cuarta quedaron impresionados por las óptimas respuestas de su nuera, quien se había aprendido de memoria todos los libros que le regalara don Xiao. Sin poder esconder su alegría, el señor empezó a contarle otros cuentos a su nuera.

—En el periodo de primavera y otoño, Wu Zixu, ministro del Reino Wu, por no haber obedecido al rey, se escapó de la capital por temor a un castigo penal. De paso por un pueblecito, le pidió un tazón de agua a una mujer. Por simpatía, ésta cogió agua haciendo un hueco con sus manos para darle de beber al pobre hombre. Inmediatamente después de la partida del señor Wu, la mujer se ahorcó, solo porque sus manos y brazos habían sido vistos por un hombre que no era su propio esposo —Xiao el Cuarto hizo una breve pausa y, con el propósito de conmover a Qingyü, continuó—. En los Tres Reinos, el general Guan Yünchang del reino Shu fue capturado por Cao Cao del reino Wei, pero se rehusó a rendirse. Con mala intención, Cao Cao lo mandó encerrar junto con su cuñada, la esposa del rey Liu Bei del reino Shu en la misma celda, con la intención de que hicieran el amor y cometieran un delito moral. Al anochecer, el general Guan Yünchang le ofreció la cama a la mujer, y respetuosamente se sentó al lado del lecho. A la luz de una vela, leyó durante toda la noche el famoso libro clásico de historia *Anales de primavera y otoño*, sin echarle siquiera un vistazo a la mujer. Cao Cao fue a observar lo que sucedía, y quedó admirado por la alta moralidad del general Guan —emocionado, don Xiao siguió narrando—. Antes de la rebelión de Chen Qiao, el primer emperador de la dinastía Song acompañó a una hermosa mujer llamada Jingnang, por una distancia de mil kilómetros, sin realizar ningún acto sexual...

Xiao el Cuarto narraba con mucha emoción cada cuento, cada anécdota, para que Qingyü trazara una línea divisoria entre el hombre y la mujer, para que no cometiera actos invirtuosos, y recordara los principios morales inmortales de nuestra cultura. Qingyü le hizo mil reverencias a don Xiao el Cuarto en agradecimiento a esta preciosa instrucción. La señora doña Xiao la Cuarta también quedó conmovida por la sumisión y obediencia de su nuera, y varias veces intentó levantarla de su postura de cuclillas. Finalmente, Qingyü se puso de pie a un lado para manifestar su respeto. Como la señora Xiao la Cuarta pensó que estos cuentos no eran suficientes para convencer a su nuera, empezó a narrar un montón de historias sobre las mujeres invirtuosas de la vieja

data como: la concubina Danji del rey Zhou en la dinastía Shang por sus actos indecentes y seductores que llevaron al trono a la ruina; la bella Xi Shi del periodo de los Reinos Combatientes, quien se casó varias veces y ayudó al reino Yüe a derrotar al reino Wu, del cual era originaria; la viuda Zhuoo Wenjun, de la dinastía Han, quien sedujo al amigo de su hermano Sima Xiangru, y se fue con él aprovechando la oscuridad de la noche; Diao Chan, hija adoptiva de Wang Chang de Han del Este, quien sembró cizaña entre el padre Dong Zhuo y el hijo Lü Bu; la concubina favorita del emperador Xuanzong de la dinastía Tang, Yuang Guifei, quien hizo que éste se entregara en forma total al amor y las actividades frívolas, que quedó sin interés alguno en la administración de su gobierno, lo que produjo la sublevación y el levantamiento de An Lushan; la maldita mujer Pan Jinglian, quien se enredó sexualmente con el pícaro bandido Shimen Qing, y lo hizo que envenenara a su esposo Wu Dalang.

Una lluvia torrencial de cuentos, anécdotas, rumores, historias se dejaba caer sobre la pobre mujer para que sacara lecciones del pasado y no cayera en la trampa de ningún hombre seductor. Estos cuentos también dejaron aturdido al señor Xiao el Cuarto, quien no estaba totalmente de acuerdo con las narraciones de su esposa. Ella era una analfabeta que fingía ser culta, y realmente sabía poco de historia. Para que su nuera no se diera cuenta de su desacuerdo, él no se rió de ella ni expresó su objeción frente a Qingyü.

Claro que el destino de las mujeres virtuosas era ir al paraíso, y el de las no virtuosas, al infierno o ser tiradas a una inmensa olla de aceite hirviendo. Al escuchar todos estos cuentos, Qingyü quedó impresionada e ilustrada. Acto seguido, guiados por ella, los suegros se dirigieron a su cuarto para hacer una inspección. En la alcoba, todas las ventanas y puertas estaban cerradas; la cama, arreglada; su ropa, limpia. Todas las cosas eran de color blanco o azul, los colores del luto. Al lado de la almohada se hallaba un libro de educación moralista. En la mesa se encontraba una cesta llena de hilos y agujas para zurcir y bordar, limpias y ordenadas. Encima del armario, una estatua del Bodhisattva Guanyin, debajo del cual se ve un incensario; delante de él, había un cojín

en el que ella se arrodillaba y hacía reverencias... En toda la alcoba, la única cosa que se podía mover y estaba vivo era el perrito que entraba y salía a su libre albedrío.

Por fin, al ver que su nuera era extremadamente decente y dedicada al estudio de la moral tradicional, los suegros quedaron totalmente satisfechos. Al tener a una mujer joven en casa, había que tomar muchas precauciones para que no fuera seducida. No era fácil mantener en la castidad a una mujer tan bella. ¿No es así? Pues hasta el muy respetuoso anciano, el señor don Xiao el Cuarto, al ver esta hermosura, no podía controlar la tentación de echar unos vistazos a su hermosa cara, su pequeña boca de labios rojizos y sus dos preciosos senos salientes, aprovechando el momento en que su esposa estaba concentrada en examinar los bordados de la joven. Después de apreciarlos, al volver la cabeza, doña Xiao la Cuarta se dio cuenta de algo anormal en su marido. Al notarlo, el mil veces respetable señor, dotado de altas morales, inmediatamente bajó la cabeza, y fingió limpiar los polvos de su túnica con un ligero movimiento de los dedos. Entonces, Leopardito dio un salto y partió de la habitación. Para salir de su azoro y evitar que su mujer se diera cuenta de su mirada, en el momento en que el perrito corrió hacia la puerta, el señor Xiao le gritó de repente.

—Leopardito. No salgas al patio trasero. ¡No te salgas de aquí ni por un segundo!

X

Hacía tiempo que el aprendiz de Wu el Mayor no aparecía por la taberna Perfume Nocturno. Un día, muy de madrugada, detuvo su camión marca “Viento del Este” enfrente de la taberna, y llamó a la puerta cuando Guihua todavía estaba durmiendo en su habitación. Sin tener tiempo de ponerse la ropa interior, Guihua abrió la puerta, mientras se abrochaba la blusa, y preguntó por su esposo.

—¿Traes alguna noticia de tu maestro?

Che Ganzi, aturdido, cabizbajo y pálido, respondió.

—¿Mi maestro...?, pues, mi maestro...

—Dime, ¿le pasó algo?

Guihua notó algo anormal en el aprendiz al oírlo tartamudear y verlo tan asustado y nervioso. Adelantó unos pasos, se paró frente a él, y se clavó en el suelo sin poderse mover.

—Anoche, mejor dicho, antes de la medianoche, después de tomar unas copas, mi maestro manejó el camión por la cordillera Cúspide Celestial. Sin poder concentrarse, perdió el control de su camión y cayó al precipicio. La compañía de transporte que tiene su sede en la cabecera del distrito envió a su personal técnico a hacer una inspección en el lugar del accidente. Dos estacas de rocas al lado de la carretera fueron aplastadas y rotas, y todavía se ven las huellas de las llantas al borde del camino... Abajo, en lo profundo del acantilado, no se ve sino una niebla blanca, que sube poco a poco desde abajo, cubriéndolo todo... sin dejar... dejar ver nada con claridad... ni a corta distancia...

Al decir esto, Che Ganzi empezó a tartamudear aún más, sin poder expresarse con claridad. Mientras tanto, Guihua quedó muda, perpleja y boquiabierta, sin poder creer lo que había escuchado.

¿Fue todo un sueño? De pronto, ella extendió su mano y agarró de un golpe al aprendiz de su marido.

—¡Mentira! Eso no puede ser. Todo el mundo sabe que nosotros dos ya nos reconciamos. No nos divorciaremos de ninguna manera. Se me ha dicho que mi marido regresará a casa dentro de dos días... Sigo esperándolo. Además, él ya me prometió que no volverá a pegarme... No creo lo que me dices. Simplemente no puedo creerlo. Che Ganzi, dime que estás mintiendo... ¿Verdad? Dime que no es cierto lo que dices, por favor.

Después de un rato, Guihua pareció darse cuenta de que lo sucedido no era una pesadilla, sino una pura y cruel verdad. ¿No es así? El aprendiz de su esposo estaba de pie frente a ella, informándole una realidad tan clara como el agua del pozo; pero siguió aferrada a Che Ganzi, sin soltar sus manos, como si éste fuera el asesino. Finalmente no tuvo más remedio que aceptar la realidad, por dura que fuera. Che Ganzi la metió a empujones al interior de la taberna. Pobre mujer, ¡si hubiera pensado un poco en las consecuencias, no habría pedido el divorcio a la corte local!

La noticia sobre el accidente de Wu el Mayor se transmitió rápidamente por todo el Arenal de las Ocas Amorosas. Naturalmente, la noticia también llegó a los oídos de la jefa Xiao del grupo vecinal, de Wu, la representante de la federación de mujeres, y del director Xiao, director del comité vecinal del pueblo. Al considerar lo grave de la situación, este último llamó inmediatamente al Tribunal Popular Cantonal.

Aunque Wu el Mayor no tenía hermanos, sí tenía un buen número de primos y parientes lejanos de su apellido.¹ Al enterarse de la noticia, todos acudieron al acantilado, lugar del accidente, para ver lo que había sucedido. Juraron que harían todo lo posible por encontrar el cadáver del maestro Wu antes de la llegada de los de la compañía de transporte, encargados de su rescate, y luego llevarlo a la taberna en protesta contra la mujer esa.

¹ En la China tradicional se considera del mismo clan o familia a la gente del mismo apellido. Cuando una mujer se casa, pasa a formar parte de la familia que lleva el apellido del esposo (N. del T.).

Todo el mundo se juntó delante de la taberna. Los niños, curiosos por este accidente poco visto en este remoto pueblecito, corrían por entre la muchedumbre en busca de aquella masa que seguía sangrando, es decir, el resto mortal de Wu el Mayor. Pero no se le encontró. El cadáver todavía se encontraba allá abajo, en algún lugar en el fondo del precipicio. Desilusionada, la gente hacía sus comentarios sin ton ni son. Unos decían que Wu el Mayor no debería haberse separado de su esposa, ni salido de su casa; que debió haberse portado como un verdadero hombre, y no huir de la realidad. Otros comentaban que había sido un error haberse casado con una mujer más joven que él. En consecuencia, en vez de conseguir la felicidad, había perdido su propia vida. Claro que no faltaba quien sospechaba acerca de la existencia de una tercera persona entre ellos, mismo que podría ser el causante del accidente, o mejor dicho, el asesino. Incluso algunos sugirieron cerrar a la fuerza la taberna, amarrar a la maldita mujer, y llevarla a la corte para enjuiciarla en bien del pueblo...

La gente seguía congregándose en la taberna, comentando el suceso, expresando su rencor, odio, duda, como si ésta fuera el lugar del accidente. Aunque reinaba un ambiente odioso que amenazaba con explotar en cualquier momento, nadie se atrevía a ser el primero en entrar a la taberna y hacer algo en contra de la mujer. Todo el mundo sabía que, según una regla convencional, antes de la llegada del personal de seguridad, cualquier intruso en el lugar del incidente no era permisible y sería ilegal.

Inmediatamente después, un empleado de la Corte de Derecho Civil llegó en bicicleta y se reunió con Xiao Hanchu, jefe de la vecindad del pueblo, Wu Manniu, jefe del batallón miliciano, y la tía Xiao, jefa del grupo vecinal. Asimismo, se les unió un policía que llevaba una cámara en la mano, quien decidiría cuál sería el procedimiento de investigación. Solamente faltaba la jefa que se encargaba de los asuntos de la mujer, quien, según decían, ya había ido con un grupo de hombres del clan Wu a la búsqueda del cadáver. El director Xiao lo había hecho en vano antes de venir a la taberna.

—Acabo de echar un vistazo al lugar de accidente —dijo el policía de unos cincuenta años—. La compañía de transporte del distrito envió a su gente para proteger las evidencias y las huellas. No pueden recoger el cadáver hasta que llegue la grúa. Según la investigación preliminar, se trata de un accidente —y preguntó—: ¿Qué piensa la gente del pueblo sobre el asunto?

Al meditar un poco, Xiao Hanchu respondió.

—Hay comentarios de todo tipo. Muchos de los del clan Wu fueron a la orilla del río a ver qué pasa. A mi modo de ver, a ellos les corresponden los funerales. Los de la compañía de transporte tenemos la responsabilidad de atender a la familia.

Al oírlo, el jefe del batallón miliciano se enojó y lo refutó diciendo.

—¿A su esposa, esa mujer de mala hierba? Durante los últimos dos meses ha estado pidiendo el divorcio de Wu el Mayor, y ha hecho caso omiso de los consejos de los cuadros del pueblo. Estoy seguro de que Wu el Mayor le debe la muerte.

Entonces, la jefa del grupo vecinal también tomó posición en contra de Guihua, sin intención de mostrar ni simpatía ni ganas de proteger los intereses de las mujeres en este tipo de casos.

—A esa mujercilla seductora siempre la vemos tomando y jugueteando con los choferes en la taberna, y no sin segundas intenciones. Hace unos días, le conté varios sucesos criminales para convencerla de que suspendiera el pleito con su esposo... y miren ustedes. Como no me obedeció, el accidente ocurrió.

Después de escuchar con atención sus comentarios, el policía preguntó.

—¿Qué piensan ustedes sobre las medidas que debemos tomar?

Fue el jefe miliciano quien le respondió primero.

—La población local siente un odio acendrado hacia Guihua. Mucha gente propuso arrestarla para evitar su huida. Ella tiene muchos amigos entre los choferes, quienes podrían ser sus cómplices o amantes.

Acto seguido, la jefa del grupo vecinal también intervino para apoyar esta moción.

—No importa si ella cometió el delito o no. Vamos a cerrar la taberna a la fuerza, a arrestarla de una vez, y ponerla bajo la custodia de la milicia, ¿no creen?

—¿Qué piensa usted, director Xiao? —preguntó el policía.

Xiao le respondió con toda seriedad.

—No tenemos evidencias de que ella sea la asesina del maestro Wu. ¿Cómo vamos a detenerla nada más porque sí? Ya no estamos en los tiempos en que se podía ejercer la “dictadura de las masas” o la “dictadura del proletariado”, como se hacía durante la Revolución Cultural... Todo el mundo sabe que desde el momento en que Guihua pidió el divorcio, Wu el Mayor salió de su casa y nunca regresó. Además de las horas de trabajo, el hombre siempre bebía, y lo hacía sin control. Vamos a tratar de averiguar dónde bebió Wu ayer a mediodía, qué licor tomó, y de dónde lo obtuvo.

—Entonces, ¿qué vamos a hacer con la taberna?

—Guihua tiene licencia para este negocio, y paga puntualmente sus impuestos al Estado. Sería ilegal que cerráramos la taberna sin permiso del gobierno local. Hemos recibido órdenes de las autoridades superiores de que las actividades normales del comercio y los derechos de los dueños de los negocios privados estén bajo la protección del gobierno.

Se podía ver que el director Xiao entendía y explicaba mejor las políticas actuales que sus dos ayudantes.

—Bien. Estoy de acuerdo con la opinión del director Xiao. ¿Vamos a hacer una inspección a la taberna? —preguntó el policía después de expresar su apoyo.

El grupo de jefes se dirigió a la taberna, a cuya puerta se veía una multitud de hombres, mujeres, viejos y niños, además de un camión muy grande parado frente a la puerta. Al ver venir a estos personajes locales tan importantes, el público les cedió el paso. De repente, unos chicos gritaron:

—¡Van a sacar fotos! ¡Van a arrestar a la gente! Miren esta caja negra, solo con un click todo va a caer dentro. Cuando la foto de alguien llega a la policía, ya no hay lugar donde se pueda esconder.

Al entrar a la taberna, los cuadros vieron inmediatamente a Che Ganzi sentado en un banco, triste, deprimido, sin saber que hacer.

—¿Quién es él? —preguntó el policía.

—Es el aprendiz de Wu el Mayor. Se llama Che Ganzi. Es conductor de camión de la compañía de transporte —explicó el director Xiao, y se dirigió a él diciendo.

—¿Viniste a informarle a la señora Wu acerca del accidente? ¿Cómo supiste lo que le sucedió a tu maestro?

Che Ganzi se levantó y respondió.

—La dirección de la compañía de transporte me dio la información. Anoche, unos hombres que pescaban en el río debajo del acantilado vieron el accidente y llamaron a la compañía...

—¿Dónde está la señora de tu maestro? —Xiao siguió preguntándole, mientras movía su cabeza afirmativamente hacia el policía para confirmar la información de Che Ganzi.

—Está en su alcoba, dando vueltas en la cama, y llorando tanto a gritos, que por poco queda asfixiada y desmayada... No me atreví a dejarla sola por temor a que se suicidara... o algo por el estilo —dijo Che Ganzi con cara llorosa.

—¿Ella, llorando? Vaya, vaya... ¿con verdaderas lágrimas...? —comentó el jefe del batallón miliciano—. Es una sinvergüenza.

Alguien comentó más sarcásticamente.

—Quieres decir que llora para cumplir con el protocolo.

—De cualquier manera ellos son esposos —dijo la jefa del grupo vecinal para aligerar un poco el ambiente, segura, por sus ricas experiencias de la vida, de que la muerte del hombre no podía haber sido tramada por Guihua.

Seguro de sí mismo y de la situación, el director Xiao propuso a los cuadros presentes que visitaran juntos a Guihua en su alcoba. Todo el mundo la vio llorando sinceramente, sin protocolo, con la típica postura de una mujer decente, propia de las mujeres devotas de la moralidad confuciana. Al verla, todos le ofrecieron sus condolencias y le dijeron que con lágrimas no podría resucitar a su esposo, y que lo más importante era cuidarse a sí misma y no dejarse dañar por la tristeza, que tenía una vida por delante y cosas por el estilo.

El policía se fue primero, montado en su bicicleta, para regresar a su oficina del gobierno distrital. Más tarde, la multitud que

rodeaba la taberna se disolvió poco a poco. No se supo cuándo, el camión que se hallaba parado a la puerta de la taberna también desapareció. El director Xiao sintió alivio finalmente, y volvió a su oficina para despachar las rutinas de la Compañía de Transporte. El ambiente se calmó, y el pleito se canceló, dejando a Guihua en paz.

Inesperadamente, dos horas más tarde, los hombres con apellido Wu, empapados en sudor, llegaron a la taberna con el cadáver de Wu el Mayor en la hoja de una puerta en desuso. El pequeño cuerpo del maestro, inmóvil y bañado en sangre, era difícil de reconocer. Al entrar a la taberna, los Wu pusieron el cadáver en la antesala. Luego trajeron petardos, los colgaron en el centro del cuarto, y los hicieron estallar. Después, colgaron en la puerta principal dos lienzos blancos con grandes letras con las inscripciones “Mujer sin corazón limpio” y “Mujer con corazón de lobo”. Sin tener tiempo para ver los lienzos, Guihua se lanzó hacia el cadáver, se arrodilló delante de él, chocó su cabeza repetidas veces contra la tabla de madera sobre la cual yacía el cuerpo de su marido, y lloró a más no poder, mientras murmuraba.

—Perdóname, esposo mío. Fue mi culpa al pedirte el divorcio... Después me arrepentí... y le pedí muchas veces a la gente que te llevara mis recados para que volvieras a mi lado. Ya retiré del gobierno local las tres peticiones del divorcio... Ya decidí reconciliarme contigo... No puedo creer que estés muerto... Dios mío. Todo fue mi culpa. Que un relámpago caiga sobre mi cabeza y me mate. Que estalle un trueno y me corte el cuerpo. Que el fuego del infierno suba y me quemee...

Mientras Guihua estaba de cuclillas delante del cuerpo de su esposo, llorando y sollozando, un grupo de unos cincuenta hombres y mujeres apellidados Wu se abalanzaron por la cuesta de la colina detrás de la taberna. Con palas, azadas, picos y cestas de mano, lanzaron la tierra desde arriba sobre la taberna. ¿De dónde vinieron estas fuerzas y energías para hacerlo? Era como en los tiempos de la comuna de Dazhai, cuando la gente se unía para construir terrazas, embalses o diques. ¡Oh, no!, trataban de cubrirla enteramente, enterrarla para arruinar el negocio, como en los

viejos tiempos, cuando, delante del cadáver del marido difunto, se censuraba y castigaba a la mujer adúltera, traidora del esposo y causante de la destrucción de un matrimonio. Fue el fuego de venganza que se había avivado en la gente; fue el impulso de guardar la moralidad de milenios lo que motivó a la gente a dar paladas y azadonazos a la tierra, y echarla sobre la humilde taberna.

Cesta tras cesta, palada tras palada, la tierra amarilla se iba acumulando en el traspatio, sobre el techo y junto a las paredes de la taberna, e iba subiendo, subiendo poco a poco. Al enterarse de lo ocurrido, el director Xiao vino otra vez, y llamó inmediatamente por teléfono a la Corte del Gobierno Cantonal para que impidiera esta locura de los Wu.

XI

El Leopardito había pasado dos años en el cuarto de Qingyü, saltando y corriendo por el traspatio de la casa de Xiao el Cuarto. Había crecido mucho. Su estatura alcanzaba la cintura de una persona adulta. Gordito, fuerte, con brillante pelo dorado, con boca corta, cuello largo y una cola recta, ahora se veía como un verdadero leopardo, digno de su nombre. De acuerdo con los comentarios del pueblo, indiscutiblemente era el número uno entre todos sus congéneres criados por las familias Xiao y Wu, en cuanto a tamaño, fuerza, inteligencia, valentía, ferocidad y belleza. Desde la remota antigüedad, la gente de este pueblo había mantenido la tradición de criar perros domésticos tanto para cuidar la casa como para tener una compañía al salir de viaje. Sin embargo, no olvidemos que el perro era un manjar del arte culinario; la exquisitez en el banquete del Año Nuevo en algunas regiones. Tampoco faltaban los jovencitos ociosos, cuyo juego predilecto era incitarlos a pelearse entre ellos. Leopardito, que mientras crecía se hacía cada vez más veteado, a menudo salía del patio trasero para ver el mundo ancho y ajeno al otro lado de los grandes muros que rodeaban su entorno. Al principio, cada vez que salía, era atacado por unos perros callejeros, débiles, sucios y flacos. El Leopardo se portaba con arrogancia y hacía caso omiso de los atacantes. Pero más tarde, casi todos los perros callejeros venían a rodearlo para lanzar sus ladridos y amenazas con el hocico abierto y sus ojos feroces. Enojado y excitado, el Leopardo empezaba el contraataque. Escondía la cola entre sus piernas traseras; con las patas delanteras inclinándose hacia el suelo; de repente, saltaba muy alto, y se abalanzaba sobre el perro más feroz de la manada. Este perro varón, fuerte por fuera y débil por dentro, se abstenía de

pelear; huía temblando de miedo. El Leopardo, entonces, empezaba a correr de un lado a otro, comportándose como un verdadero héroe. Con este ataque sorpresivo, todos los perros salían huyendo. Finalmente, al ver un espacio, el Leopardo se lanzaba como una flecha hacia la brecha que se abría en la línea de defensa de sus enemigos, y regresaba airosamente a casa. Al llegar a la puerta, volvía la cabeza y sacudía su cola para lucir su heroísmo. Así entraba a su palacio en son de que había salido vencedor.

Después de una serie de victorias, el Leopardito se había hecho famoso en el pueblo. A pesar de su ferocidad, él seguía su principio: nunca atacar a sus congéneres o ladrarle a la gente sin haber sido atacado o maltratado. Obedecía solo a una persona: su dueña. Gracias a esta cualidad, no hacía falta amarrarlo ni de día ni de noche. Él se portaba como el codueño de la alcoba de Qingyü, pues entraba y salía a su libre albedrío. Al ver a los miembros de la familia o a sus conocidos, les mostraba siempre su cariño lamíéndoles los pies, lanzando una voz cariñosa y sacudiendo rápidamente su cola levantada. Ante las amistades y los miembros de la familia, era tan manso como un verdadero cordero. Si llegara aparecer un desconocido que él considerara un enemigo, podría saltar de un golpe sin hacer ruido, y se abalanzaría sobre su hombro. Sin necesidad de una mordida, uno podría morir del susto. Con la presencia de este guardián que custodiaba la residencia, ni el gato ni el ratón se atrevían a asomar la cabeza. De esta manera, los abuelitos Xiao podían dormir en sus laureles sin preocuparse por la virtud de su nuera. Por sugerencia de Qingyü, don Xiao el Cuarto y su esposa la dejaron abrir un agujero en su puerta para la libre entrada y salida del perrito.

En el patio trasero de la casa, reinaban la paz y la tranquilidad. De día, Qingyü hacía sus bordados, escuchaba las historias de amor que la cuñada Tercera sacaba de ciertas óperas locales, así como de las anécdotas y rumores que escuchaba sobre los amoríos de la vecindad, no sin añadirles parte de su imaginación. Al principio, al escuchar estas narraciones de amor, Qingyü se ponía roja de la vergüenza; pero con el tiempo, se había acostumbrado. Ahora se comportaba tranquilamente, incluso al oír las descripciones más

audaces y atrevidas de las escenas sexuales, que no dejaban lugar para tabú alguno. Entre las tres ya se había hecho un convenio de mutua confianza, es decir, nadie iba a revelar de qué trataban sus charlas cotidianas en el patio. Pláticas por el estilo son tan necesarias para el consuelo de esta vida aburrida y solitaria. Por más humano e inteligente que fuera el perrito, no entendía nada de los sentimientos humanos ni, mucho menos, sería capaz de revelarle estas conversaciones privadas e indecentes a nadie. Estas charlas, pues, eran indispensables para Qingyü, porque lograba gozar de lo que no existía en su vida real.

Un día, la tía Quinta y la cuñada Tercera no llegaron al traspatio a acompañarla, debido a los quehaceres en sus alcobas. Qingyü se sintió perdida, ansiosa, nerviosa en esta vida sin vida. Al llegar el atardecer, lo único que podía hacer era leer los libros de las grandes hazañas de esas mujeres que se sacrificaron para guardar la virtud; luego rezar, y hacer reverencias frente a los bodhisattvas; después, sin tener ya nada más que hacer, empezó a contar las monedas para reconciliar el sueño. A estas alturas, a veces, incluso después de contar hasta el número doscientos o trescientos, seguía con insomnio. Las monedas de bronce habían sido pulidas tantas veces por sus finas manos que estaban tan brillantes como si fueran de plata u oro. Cuando no podía dormirse, Leopardito no se preocupaba para nada de su dueña. Estaba sentado todo el tiempo bajo la luz de la luna para contemplar su propia sombra. En ocasiones salía y entraba a la alcoba y el traspatio cuantas veces quería. ¡Qué envidia le daba! "Tú puedes irte por el agujero, salir a la calle, vagabundear por el riachuelo, pasar por el pozo, correr al pie de la montaña... pero, yo, a pesar de ser tu dueña, no puedo hacerlo. ¡Qué injusticia!, ¿no?", pensaba Qingyü.

Ésta era otra oscura noche en la que Qingyü no podía dormir como en otras tantas; sin embargo, esta vez no se debió a las canciones que salían de vez en cuando del bosque, sino a los ruidos que venían de la calle. De repente, se oyeron fuertes ladridos de los perros callejeros, gritos humanos, pasos precipitados de la gente al entrar y salir de las puertas de la casa de Xiao. ¿Eran bandidos, ladrones o asaltantes? El pueblo no se tranquilizó, sino hasta el

amanecer. Como tenía el perro, Qingyü no sintió temor. Además, la puerta y el agujero para la entrada y salida del Leopardo se hallaban bajo cerrojo, y nadie podía entrar a su alcoba. Muchas veces, el perrito, al oír los ruidos y gritos de afuera, se impacientaba y se precipitaba hacia la puerta; pero Qingyü se lo impedía y lo hacía volver a sentarse al lado de su lecho.

A partir de entonces, Qingyü no volvió a ver más a la tía Quinta. Su única compañía fue la cuñada Tercera. Siempre, cuando se le ocurría preguntar por ella, y por qué no había aparecido durante tanto tiempo, la respuesta de parte de la cuñada era:

—Se fue a visitar a sus padres. Debido a la vejez de su padre, es probable que su mamá la haya retenido por un tiempo para que le ayude a cuidarlo.

Al decir esto, se le notó un nudo en la garganta, una nítida sensación de tristeza, lo que puso a Qingyü a dudar sobre lo cierto de esa respuesta tan vaga.

Día tras día, semana tras semana, mes tras mes, la tía Quinta siguió sin aparecer. Pensando que algo podría haberle ocurrido, un día, Qingyü decidió preguntar nuevamente, a ver si la cuñada Tercera decía la verdad. Ésta, al ver que ya no podía ocultar más el secreto, sin poder decir nada al principio ni controlar sus sentimientos, dejó correr las lágrimas. Qingyü esperó un largo rato antes de que de la boca de la cuñada salieran estas palabras:

—Es un secreto, niña... Yo no debería decírtelo.

—Cuñada Tercera, ¿qué pasó? Dime la verdad, por favor.

Qingyü hizo a un lado sus bordados, agarró las manos de la cuñada y empezó a sacudirlas.

—El caballero don Xiao el Cuarto dijo mil veces que a quien se atreviera a contarte lo ocurrido, se le cortarían la lengua y se le llevaría al templo para un castigo corporal público —al decir esto, la cuñada Tercera vaciló aún más y sollozó más fuerte.

—Pierde cuidado, tía. ¿Acaso no me tienes confianza, después de que nos hemos llevado durante más de tres años? ¿Con quién más puedo comunicarme si no es contigo y con el Leopardito? Dime la verdad. ¿Qué le pasó a la tía Quinta?

–Tu tía Quinta se enredó en un amor... sin frutos, sin buenos resultados. ¡Pobre mujer!

–Ella era una mujer tan sentimental. Cuando contaba las historias de amor de las óperas... siempre se ponía tan triste, y le rodaban las lágrimas. ¿Recuerdas?

Con un suspiro profundo, la cuñada Tercera continuó diciendo.

–Ya habían pasado cinco años desde que su esposo dejó de venir a la casa. ¿Lo sabías? El hombre se entregó al regazo de sus jóvenes concubinas. Aquí la dejó y nunca vino a visitarla. ¡Una mujer de tan solo treinta y cinco años de edad, y tenía que sufrir esta soledad! ¡Cómo podía aguantar ese maltrato, siendo una mujer física y mentalmente sana! Al principio, se enamoró de su tío menor. Aunque todo el mundo sabía de las relaciones secretas entre la tía Quinta y su tío, nadie las reveló a don Xiao el Cuarto. Mira, ¿quién fue el primero que violó los principios morales en esta casa? ¿Sabes? No fue ella, sino don Xiao el Cuarto... Una vez que hacía mucho calor, la tía Quinta llevaba poca ropa en su alcoba. De repente entró don Xiao el Cuarto... y... todo el mundo sabe lo que ocurrió, pero nadie se atrevió a decir una palabra. Quizá se oiga muy mal, pero este don Xiao el Cuarto, mientras se la pasa hablando todos los días de los principios morales de Confucio, se dedica a la magia de avivar la sexualidad con todo lo que puede, y violó a la tía Quinta...

–¿Y en qué consiste esa magia?

–Al ser una mujer casta, no deberías hacer tales preguntas. Tampoco sé exactamente de lo que se trata... Solo he oído decir que es algo... algo sobre las actividades sexuales del hombre... ¡Caramba!, ya nos hemos apartado del tema. Volvamos al caso de tu tía Quinta... Ella era una mujer buena, que trataba a todo el mundo con igualdad, y nunca maltrataba ni a los menores ni a los mayores de edad, tampoco maltrataba a los sirvientes de la casa... Pues, el año pasado, su tío compró un puesto de funcionario público y se fue lejos a asumir el cargo, así que dejó a tu tía Quinta sola en esta casa. Desgraciadamente, por descuido, ella cayó en una “trampa” de amor... A principios de este año, ¿recuerdas que vino a trabajar aquí a la casa un jovencito de veintitantos años? Él

era tan fuerte como un toro, capaz de cargar un saco de cereales de cien kg en sus hombros. También era tan comilón como una vaca, y podía comerse dos kilos de arroz de una sola sentada. La sinvergüenza de tu tía Quinta empezó a entablar relaciones con este joven. ¡Qué pecadora!, ¿no? Desde el principio noté algo anormal en sus relaciones. A partir de ahí, cambió totalmente de humor. En lugar de su estado de ánimo siempre pesimista, ahora traía una sonrisa en los labios, y llevaba ropa de color llamativo. Una noche, al salir de mi alcoba para ir al baño, con una antorcha en la mano los vi a los dos, la tía Quinta y el torito mocetón, abrazándose debajo de una palmera; me asusté tanto que pude haberme muerto de vergüenza. Al día siguiente, al encontrarla, la critiqué con dureza. ¿Sabes qué me respondió?: “Tenemos solo una oportunidad en la vida, y si te encuentras con un hombre así, no hay que dejarlo ir. ¿No tengo pudor?, ¿lo dices tú? Pues no lo tengo. ¿No observo los principios morales? Pero yo no soy la única en esta casa que haya violado las reglas de moralidad. No temo ningún tipo de castigo ni mucho menos la muerte.” ¡Qué valiente mujer!

—¿Qué pasó después?

—¿Después? La última vez, durante su cita secreta con el joven, la vio un jornalero viejito que había trabajado en esta casa por mucho tiempo. Los encontró haciendo el amor al aire libre, entre los arbustos del jardín. Al ser descubierta, ella se arrodilló delante del viejo para pedirle que guardara el secreto por el bien de ella. El hombre prometió hacerlo; no obstante, no cumplió su palabra de honor. Como era uno de los lacayos más fieles de don Xiao, le reveló lo que había visto. El señor Xiao el Cuarto inmediatamente ordenó arrestar al joven, quien se negó a reconocer el delito. Entonces, don Xiao el Cuarto lo hizo encerrar en un cuarto sin ventanas. El fuerte joven, enfurecido, rompió el candado a la fuerza. Aprovechando la oscuridad de la noche, fue a recoger a la tía Quinta para huir junto con ella de la casa. Salieron los dos por la puerta trasera, camino a la cordillera Cúspide Celestial, y después fueron alcanzados por los sirvientes y guardianes que envió don Xiao el Cuarto. Lo que había ocurrido fue que, pese la oscuridad,

el mismo viejo los vio otra vez cuando iban saliendo. Al verlos escapar de la casa, fue a despertar inmediatamente a don Xiao el Cuarto y a doña Xiao la Cuarta, quienes enviaron a sus sirvientes al pueblo a despertar a todos los tíos y sobrinos apellidados Xiao para que persiguieran a los fugitivos. Todos, con antorchas en la mano, corrieron tras de los dos hacia la montaña. Pobrecita. ¿Sabes que una mujer con los pies chiquititos, con los dedos aplastados y torcidos bajo las plantas, no puede caminar rápido, ni mucho menos correr por los senderos rocosos y zigzagueantes? El joven la cargó en los hombros, y siguió corriendo. Los dos llegaron finalmente al borde de un acantilado. Al ver que la multitud se aproximaba rápidamente para detenerlos, se lanzaron abrazados al precipicio...

Al terminar de contar la tragedia, se podían ver las lágrimas que corrían gota a gota por las mejillas de la cuñada Tercera. Luego, al secársele las lágrimas, de súbito, se quedó tan seria y admirada como si hubiera terminado de contar una gran hazaña o epopeya.

En ese momento, el susto y el temor también le secaron las lágrimas a Qingyü. Parecía como si de repente se le hubiera obstruido la tráquea y le impidiera la respiración. Inmediatamente después, una ráfaga de memorias le vino a la cabeza, y se le ocurrió relacionar el suceso con los ruidos de la calle, y los ladridos de los perros de aquella noche de insomnio de hacía unos dos meses, aquellos ruidos que no se calmaron hasta el amanecer en aquella oscura noche llena de terror.

—¿Y luego...? ¿Alguien le ayudó a arreglar el funeral?

Al decir eso, el corazón le palpitó con fuerza.

—Don Xiao el Cuarto se negó a hacerle un funeral. Dijo que el haberse dado muerte a sí misma era una conclusión ideal para esta historia de amor, y un funeral sería innecesario y superfluo. También prohibió que alguien fuera a recoger sus restos al precipicio. Además, la gente del pueblo se mantenía con los brazos cruzados, sin querer meter la nariz en un caso tan inmoral de parte de una simple mujer. Incluso, no faltaron quienes se regocijaron por la tragedia. Su cadáver no fue rescatado del río hasta que los rumores se transmitieron al pueblo de sus padres, quienes man-

daron a sus sobrinos a sacarlo y sepultarlo. Como ella había estado en el agua mucho tiempo, los peces se habían comido sus ojos y ya no se podía distinguir quién era quién.

La tragedia de la tía Quinta le causó insomnio a la pobre Qingyü. Toda la noche tuvo pesadillas. Soñó que ella misma saltaba al acantilado, y que sus ojos eran vaciados por los cuervos. Mientras soñaba, se asustaba y gritaba empapada de un frío sudor; daba vueltas sin cesar en la cama. Varias veces se levantó... El Leopardito fue el único ser viviente que se preocupó por ella; la custodió; le lamó la cara; sacudió la cola, y no se apartó ni un centímetro de su dueña enloquecida.

No sin razón, últimamente, don Xiao el Cuarto y su esposa oficial mostraban una admiración inconcebible y una preocupación especial por la virtuosa Qingyü. Hacía unos días, los dos vinieron nuevamente a visitarla. En esta ocasión, en lugar de hacerle preguntas sobre sus estudios de virtud femenina, expresaron su preocupación por la vida diaria de la mujer. Le dijeron que iban a satisfacer todas sus demandas de la vida material, y que le iban a dar de comer bien y a vestirla bien. Esta vez la trataron tan amable y cariñosamente como si fuera de su propia sangre, porque sus cualidades morales habían superado, incluso, las de sus propios hijos e hijas.

Más tarde, un día, doña Xiao la Cuarta llevó a una docena de sus hijas y nueras a la Callejuela de las Mujeres Virtuosas a quemar incienso. Delante de las quince lápidas de jade blanco, tomando las manitas de Qingyü entre las suyas, les empezó a narrar, uno por uno, los cuentos y las anécdotas relacionadas con las hazañas de estas quince heroínas. Al llegar a las dos lápidas que llevaban la inscripción de los emperadores, les ordenó a sus nueras que se arrodillaran delante de los monumentos tanto de Xiao como de Wu... pues no sabía diferenciar entre las mujeres virtuosas de los apellidos en competencia. Desde la muerte de su marido niño, esta era la primera vez que Qingyü tenía la oportunidad de salir del patio trasero, de los muros que rodeaban esa gran casa, y respirar el aire puro del campo. Al extender su vista hacia el pico más alto de la cordillera Cúspide Celestial, le pareció que había crecido

porque se veía mucho más alto y majestuoso que antes. Al ver la Callejuela de las Mujeres Virtuosas, también la vio más limpia y pura que en el pasado. De repente, empezó a sentir mareos, a ver estrellitas, y a sentir que sus pies la llevarían a volar por encima de estas lápidas de jade... Por poco se desmayó.

Al regresar de esta visita a las lápidas, y de esta lección de moralidad tradicional para las mujeres de la casa, Qingyü volvió nuevamente a su rutina diaria: bordar flores bajo los aleros de sus aposentos. La cuñada Tercera había cambiado mucho y cada vez hablaba menos con ella. Las flores del jardín trasero de la mansión de don Xiao el Cuarto se abrían y se marchitaban; la yerba reverdecía y se volvía amarilla con el cambio de las estaciones. Pero hay una pregunta que siempre había aturdido a Qingyü, y no se pudo contener de hacérsela a la cuñada Tercera:

—¿Crees que valió la pena la muerte de la tía Quinta?

XII

Cuando los cuadros del gobierno cantonal, acompañados por el jefe de la comunidad aldeana Xiao, llegaron a la taberna, ésta ya se hallaba medio cubierta por la tierra que habían echado los Wu. Incluso el secretario cantonal del Partido Comunista Wu Benli, suegro de la representante Wu, vino al lugar del incidente a intervenir en este proceder absurdo. Él fue el primero en tocar fuertemente su silbato; luego ordenó militarmente que todos dejaran de cavar la tierra y transportarla en palanquines, y regresaran a sus casas de inmediato. Les advirtió que quien se quedare en la cuesta detrás de la taberna sería acusado de escándalo público o bandolerismo. De esta manera, impidió que se repitiera el drama tradicional de sepultar la casa de una adúltera. Ya habían transcurrido treinta años desde la Liberación china. Sí, ya era tiempo de cambiar estas costumbres malsanas y guiar las conductas de nuestro pueblo por la vía legal.

Acto seguido, la Compañía Distrital de Transporte, al enterarse de lo sucedido, también mandó a su personal por un ataúd para colocar el cadáver de Wu el Mayor. La Compañía de Transporte, el Gobierno Cantonal y el comité vecinal del pueblo llegaron al acuerdo de remover inmediatamente la tierra acumulada alrededor de la taberna. Al comité vecinal le correspondió el trabajo de proporcionar mano de obra para quitar la tierra; a la Compañía de Transporte, la de remunerar a los que participaron en el trabajo de excavación. También, por unanimidad, decidieron castigar, después de una investigación seria del caso, a los iniciadores u organizadores de este acto ilícito llevado a cabo por los Wu. Al terminar de arreglar el plan de limpieza, repentinamente se notó que Guihua había desaparecido. No se le encontró ni dentro ni fuera de

la taberna. Más tarde, alguien de la Compañía Distrital de Transporte les informó que estaba fuera de sí por la angustia; que la habían visto correr a la montaña y que había intentado varias veces saltar al acantilado para suicidarse. Los que la vieron la rescataron y la llevaron al hospital del distrito.

Tal y como se planeó, finalmente, lograron dar término a este episodio dramático. Después de un periodo de tratamiento médico, Guihua se repuso y regresó a la taberna. A la vuelta de su convalecencia, la cerró durante dos meses enteros, sin tener la menor intención de aparecer en público. Mientras tanto, por todas partes corrieron más rumores sobre la pobre Guihua. Incitados por la jefa Wu, representante de los asuntos de las mujeres del pueblo, algunos del mismo apellido empezaron a hacer gestiones para quitarle la taberna a Guihua, y conseguir la propiedad para los Wu. Tampoco faltaron los que trataron de culpar al director Xiao de ser el causante del accidente. Se había oído decir que, hacía tiempo, el director Xiao tenía relaciones sospechosas con Guihua, puesto que incluso Wu el Mayor se los había encontrado bebiendo en la misma mesa de la taberna. Charlaban tan íntimamente como si fueran una pareja de amantes. Mucha gente pensaba que ésta era la razón por la cual Xiao protegía a Guihua. También, se pensaba que Che Ganzi, el aprendiz, por ser el primero en traerle la noticia del accidente a Guihua, y el que entraba y salía tan a menudo a echarle una mano en las faenas de la taberna, podría ser otro de los amantes de Guihua. Entonces las cartas que denunciaban a los sospechosos llegaron una tras otra a la Corte Penal del Distrito. Todas fueron transferidas al Gobierno Cantonal, y luego, de regreso, al comité vecinal aldeano. Este último consideraba infundadas las acusaciones. Finalmente, los delatores se dieron cuenta de que el gobierno no los apoyaba, debido a que la situación política del país había cambiado. El gobierno se dedicaba más a las cuatro modernizaciones y al desarrollo económico, lo cual era considerado por los funcionarios lo primordial para el bienestar y el futuro del país. Parecía que el gobierno había perdido interés en estos pleitos moralistas, y no les prestaba atención como siempre lo había hecho. Tampoco se podía censurar al director Xiao, ya que su Com-

pañía de Transporte de Gravas había contribuido en gran medida al crecimiento económico del lugar. No sólo pagaba sus impuestos regularmente, sino las cuotas administrativas al Gobierno Cantonal, con lo que contribuía para sus gastos diarios. Se podría decir que el negocio de la nueva viuda tenía algo que ver con la política gubernamental para desarrollar la economía privada. ¿Cómo se les permitiría expropiar su taberna o simplemente cerrarla?

Al oír los chismes y leer las acusaciones, Xiao Hanchu se rió a carcajadas. Pues ¿qué se podía hacer ante estas tonterías, sino hacerse el desentendido y reírse de ellas? Él sabía que la verdadera intención de la representante Wu al acusarlo de seductor era arrebatarle su puesto de la jefatura de la vecindad del pueblo, de modo que le aumentaran el salario unos cincuenta yuanes. El resto de los difamadores lo censuraban, simple y sencillamente, por continuar con la vieja tradición china de meter su nariz en los pormenores de los demás para enterarse de alguna anécdota curiosa y alguna historia sucia o escándalo sexual.

El director Xiao, quien era una persona que creía en sí mismo, no temía ni al monstruo de la tradición ni al demonio de la opinión pública. No se sintió amedrentado por el posible daño que pudieran causarle los rumores. Tres meses después de que Guihua saliera del hospital, se reinauguró el Perfume Nocturno, y, de nuevo, se convirtió en el lugar de descanso y recreo de los choferes. Como cualquier cliente regular, el director Xiao pasaba diariamente a saludar a Guihua y a los otros clientes; sin embargo, la taberna era menos animada y bulliciosa que antes. Además, Che Ganzi, el aprendiz del difunto marido de Guihua, había dejado de ser un cliente fiel del negocio de su maestro, y también dejó de ayudar voluntariamente en la limpieza de las mesas en las horas más ocupadas. Xiao notó que la hermana Guihua había enflaquecido y empalidecido; hasta le habían salido ojeras negras. ¡Qué triste era para ella enviudar a los treinta años de edad! Siempre que Guihua veía llegar al director Xiao, le dirigía una sonrisa amarga y sombría, lo que conmovía mucho al director, pues sus sonrisas de antes eran tan abiertas, sinceras y tiernas, que atraían y conso-

laban a la gente que pasaba por la carretera rumbo a las montañas. Pero ahora, esta gente ya no se detenía tanto frente a ella.

—Maestro Xiao, yo sé que usted está muy ocupado. Me pregunto cómo es que sigue pasando por aquí.

—A ver si hay algo en lo que le pueda echar una mano.

—Mil gracias, se lo encargaré cuando lo necesite.

—Dígame una cosa, ¿todavía hay gente que siga molestándola?

—No se preocupe. Los choferes de aquí me respetan.

—Qué bien. Ahora ni se ve la sombra del aprendiz Che Ganzi.

¿Por qué?

—¿Él? Él no tiene esposa, y me evita para no causarse problemas.

—Oh, por ser soltero. Pero antes le hablaba a usted con tanto cariño... ¿no es así?

—Maestro Xiao... pues le digo la verdad: cuando tenía esposo, me molestaban sus injurias y sus golpes; ahora que estoy sin él, me siento muy sola...

Por medio año, Che Ganzi no vino al Arenal de las Ocas Amoras ni reapareció por la taberna. Se decía que era por dos razones: primera, evitaba a la hermana Guihua; segunda, la culpaba del destino de su maestro. Cada vez que su imagen, bella y triste, aparecía en su imaginación, le surgía un odio hacia ella. Caramba, ¡qué lástima que esta flor al pie de la cordillera Cúspide Celestial, la belleza del Arenal de las Ocas Amoras, no fuera una buena persona! Si su maestro no se hubiera casado con ella, no habría perdido la vida a los cincuenta años de edad. Estaba convencido de que los exámenes físicos que le hacía a su mujer, junto con todos esos golpes y otros castigos, no eran un insulto, sino medidas preventivas, necesarias para impedir los actos delictivos de su mujer y evitar un acto de infidelidad. De esa manera salvaguardaba su virtud. Recordaba que antes, aunque él y su maestro conducían sus propios camiones por diferentes caminos, siempre que se encontraban, detenían al mismo tiempo el motor para tomar juntos un descanso. El maestro siempre mencionaba a Guihua con mucho cariño, y describía sus ojos, su pelo, su manera de caminar, así como sus conflictos internos... Estaba loco por ella. A menudo le decía que un chofer podía estar fuera de su casa durante meses;

pero una noche en la cama con su cónyuge le servía para medio año, y podía hacerle perder el interés por cualquier otra mujer. Esto hizo que, por poco, el aprendiz se enamorara de Guihua...

Una vez, cuando Che Ganzi pasaba por el pueblo, se encontró con el director Xiao. Detuvo su camión, bajó de él y lo saludó. El director lo invitó a una casa de té. Le convidó pasteles y té. Al sentarse a la mesa, le dijo al joven:

—Al morir el maestro, el aprendiz ha dejado de conducir por esta carretera que pasa por el Perfume Nocturno, ¿no? ¿Todavía reconoces el camino para llegar hasta acá?

—Mi visita aquí ha perdido su motivación, ya que mi maestro falleció.

Al mostrar una sonrisa amarga, Xiao sacudió la cabeza en desacuerdo con el joven.

—Pero su mujer todavía está aquí, vive y la taberna sigue abierta.

—¡Oh!, ella. ¿Acaso bajo este cielo solo hay una taberna?

Al darse cuenta de que el joven no quería entrar directamente en el tema, Xiao decidió dar un rodeo para tocarlo.

—Mi hermano, ya pasas de los treinta. Eres un buen chofer y ¿cómo es que no tienes ganas de casarte? ¿Quieres quedarte soltero para toda la vida?

Che Ganzi le respondió secamente.

—Le agradezco infinitamente su preocupación, director. Pero ¿cuál es la ventaja del matrimonio? Ahora, como soltero, puedo hacer y deshacer a mi antojo. Puedo hacer lo que me dé la gana...

—Pero ser soltero también tiene sus desventajas. Nadie se preocupa por ti. Cuando uno tiene familia, puede gozar de la buena comida casera, y por las noches, del cariño en la cama. Si encuentras una buena mujer, paz y armonía llegarán a tu vida.

—En cuanto a eso, tiene usted razón, señor director. Mis parientes, amigos y colegas dicen lo mismo... Una vez un compañero, al tomar unas copas conmigo, se emborrachó. Mire usted, incluso me propuso casarme con una viuda, tener una esposa de segunda mano, una vieja que apenas conozco. Si no me lo hubieran impedido los allí presentes, le habría roto la cabeza al canalla ese con mis puños de hierro.

La respuesta del joven fue tan rotunda, tan dura como sus músculos en el brazo. Al escucharla, el director quedó boquiabierto. Este comentario negativo cortó el hilo de la conversación que Xiao quería traer a colación. Sin poder profundizar en la plática, los dos se levantaron para despedirse. Al notar lo descortés de su respuesta hacia el director, Che Ganzi se arrepintió un poco, y decidió acompañarlo otro rato. Le comentó en el camino.

—Director Xiao, de hoy en adelante, si me necesita en algo, por ejemplo, para transportar algún material para usted o sus familiares... y me deja un recado donde yo vivo o por donde ande de paso, con gusto, le daré mi ayuda. La amistad vale más que nada, ¿no?

En vez de expresar su agradecimiento, Xiao se puso muy serio y le dijo.

—Hermano. Como encargado de la administración de la Compañía de Transporte de Gravas, tú sabes que no falta quien quiera echarme una mano. Me preocupo por la viuda de tu maestro. Ella sí que necesita alguien que le ayude a transportar sus mercancías y regresar las botellas usadas para reciclar.

Por supuesto, si ella me paga de acuerdo con la carga y el kilometraje, no hay problema.

Al ver que Xiao no quería que lo acompañara más, el joven subió al camión, sonó su bocina dos veces en son de despedida y se fue, dejando al que quería ofrecerse como casamentero envuelto entre el polvo que había levantado su vehículo. Por el camino, Che Ganzi recordó otra vez la postura casamentera del director Xiao. Pensaba que, siendo un funcionario público de máxima categoría en este pueblo, y gerente de la compañía más importante del lugar, debería estar muy ocupado. Se preguntó a sí mismo: “¿Cómo es que todavía intenta meter su nariz en los asuntos de un chofercito?” Y pensó: “¡Qué extraño! No soy tan tonto como para no darme cuenta de lo que quiso darme a entender con su charla. Quiere convencerme de que me case con una viuda, ¡una mujer que ha perdido la virtud y su virginidad! ¿Acaso soy tan inútil, tan incapaz, que solo merezco las migajas que dejó otro? Yo soy virgen, si me casara con una mujer así, todos mis parientes, amigos y colegas me desacreditarían y despreciarían. En el futuro, ¡cómo

podría caminar con la frente en alto! Oh, recuerdo una canción popular cuyas letras dicen: 'Al ir al mercado de flores, le conviene comprar los crisantemos de septiembre; al escoger su otra mitad de manzana, hay que encontrar una muchacha virgen. Solo los crisantemos de principios de otoño son frescos, y solo las muchachas vírgenes son puras...' Aunque ya he cumplido los treinta años, ni más ni menos, tengo que casarme con una virgen bonita y decente, si es que lo hago. No puedo seguir el mal ejemplo de mi maestro. Si me caso algún día, ni con golpes ni con amenazas ni con exámenes corporales voy a tratar a mi mujer, pues controlarla de esa manera resultaría en vano... Sin embargo, la viuda me parece tan atractiva, sobre todo, sus ojos negros, que tanto me atraen..."

Hacía bastante tiempo que el director Xiao no frecuentaba la taberna de Guihua, como siempre lo hacía después de que ella convaleciera de su locura. Tácitamente, él le había prometido que le pasaría un recado a Che Ganzi para que viniera a visitarla, aunque sabía a ciencia cierta que Guihua nunca se lo había pedido ni, mucho menos, que fuera su casamentero. Simplemente, él se ofreció voluntariamente a hacerlo, ya que las mujeres de aquí son así: nunca le comentan a nadie, ni siquiera a sus seres queridos, sean del mismo sexo o del opuesto, sobre los hombres que aman. Solo cuando ellos vienen a decirles de corazón que las quieren, y les piden directamente la mano, ellas abren la boca para confesar su amor. El corazón femenino se conquista y no se ofrece voluntariamente.

Aunque la taberna se abría de día y de noche, por no tener relación con los intermediarios de comercio al mayoreo para conseguir licor y cigarrillos de buena calidad, el negocio se había venido abajo. Las bebidas alcohólicas de la taberna de Guihua eran de ínfima categoría. Un día, al ver pasar al director Xiao frente a su puerta, Guihua lo detuvo. Al verla a la cara, no tuvo más remedio que entrar a saludarla y tomar una copa.

—Hacía tiempo que no lo veía, maestro Xiao. ¿Está ocupado en los negocios de la compañía?

—Cómo no. Cada vez vienen más camiones por nuestras gravas. ¡Hay tantos problemas que resolver, hermana!, como la pavimentación de las carreteras, dañadas por nuestros camiones de carga;

los puentes destruidos por los últimos torrenciales; etcétera. Como usted sabe, todos esos problemas corren por mi cuenta...

—¿Sabe? Mi negocio va de mal en peor, la taberna ya está al borde de la quiebra.

—¿Cómo es posible? ¿Acaso nuestros choferes han dejado de comer y beber? Que yo sepa, no se ha abierto ningún negocio por aquí últimamente; además, hay muy pocos comerciantes que compitan con usted. No tiene rivales en este rubro, ¿no?

—Si ni siquiera nuestro estimado director quiere pisar el suelo de la taberna, ¿cómo espera que prospere?

Al decir eso, Guihua se quedó triste y taciturna por un momento, echó un vistazo a la cara del director Xiao para ver su reacción. Xiao frunció sus cejas en son de preocupación, mientras que, en un abrir y cerrar de ojos, Guihua trajo una botella de licor que había guardado durante mucho tiempo, un plato de queso de soya ahumado y seco, un vaso de vidrio y un par de palillos de plástico. Xiao era un hombre aficionado al licor, y al ver el alcohol, le brillaron los ojos y se puso contento. Con un leve movimiento de la garganta, pero sin decir nada, se sentó a la mesa.

—Hermana mía. En este mundo ser hombre es difícil, pero ser mujer es mucho más difícil...

Estas exclamaciones se le salieron tras los primeros dos tragos.

—No sé cómo agradecerle sus palabras, sobre todo, cuando vienen de un jefe... ¿Todavía recuerda que me prometió hablar con aquel hombre? ¿Lo ha visto en algún momento?

Parecían preguntas sin intención alguna; pero, al decirlas, a Guihua se le enrojeció la cara. Durante meses había querido hacerse las. Ahora se le ofrecía la ocasión.

—Perdón. Ya no recuerdo. ¿A quién le iba a hablar?

Xiao fingió olvidar lo que había prometido.

—¿Quién más puede ser? Me refiero al joven chofer, al aprendiz de mi difunto esposo.

—¡Qué memoria! Se refiere a Che Ganzi, ¿verdad?

—Entonces, ¿no lo ha invitado a venir aquí? ¿Por qué no ha venido a visitarme? ¿Está reparando el camión y no puede venir? ¿O ya tiene mujer o novia?

—Hermana mía, ¿cómo podemos controlar a los conductores de camión? Volantes en las manos, acelerador bajo el pie, él puede ir a cualquier lugar como las liebres del campo. Ellos corren por todos lados sin dirección fija, sin dejar huella en parte alguna...

—Director, hablé en serio. ¿De verdad no ha visto al chofer Che Ganzi?

—Hermana mía, ¿qué le pasa hoy? ¿Por qué insiste en verlo y tan ansiosamente?

El director Xiao dijo esto bajo el estímulo del licor. Luego, al ver lo azorado de Guihua, se arrepintió un poco de lo que había dicho sin prudencia. A lo mejor la había hecho sufrir...

En ese mismo momento, Guihua se puso roja y bajó la cabeza. Al tranquilizarse, recobró el valor y le dijo.

—¿Por qué no puedo preguntar por nuestro viejo amigo? Antes siempre venía aquí, y nos echaba una mano con los quehaceres y en el servicio de la taberna. Ahora, ha desaparecido, ¿no?

—Bueno, hermana... sí lo vi hace poco. También le pasé su recado. Además, lo convidé a...

—Entonces, sí lo ha visto.

—Hermana, yo he guardado silencio no sin intención.

Después de tomar otro trago, pareció como si algo le impidiera continuar, y vaciló más. La intuición le ayudó a Guihua a interpretar el significado de su silencio. Con voz más baja, ella reaccionó diciendo.

—Eso no importa, señor director. No soy una niña de tres años que no se haya templado en el crisol de la vida. Le pido que me cuente todo sin rodeos.

—¿No se enfadará conmigo?

—No es usted con quien tengo que enfadarme.

Después de un segundo de reflexión, Guihua agarró la botella de la mesa y le llenó otra vez la copa al director. Disimulando sus emociones, escuchó lo que había pasado.

—Cuando vi a Che Ganzi la última vez, le pregunté si todavía reconocía el camino que conducía al Arenal de las Ocas Amorosas.

—¿Qué le contestó entonces?

—Dijo que, como había fallecido su maestro, el Arenal ya no existía para él. Le dije que todavía estaba su esposa y también la taberna. ¿Sabe qué me respondió? Que no era la única en el mundo...

—Él tiene razón al decirlo, mi director.

—Al ver que era difícil entrar en el tema, decidí poner el dedo sobre la llaga. Le dije a mi hermano que ya tenía más de treinta años, y era tiempo de dejar esa vida de solterón y casarse pronto.

—¿Qué le respondió?

—Dijo, pues “gracias, mil gracias. ¿Cuál es la ventaja de casarme? ¿Comprarme una jaula y encerrarme a mí mismo?” También me contó que muchos amigos, parientes y colegas suyos le habían aconsejado que se casara, pero sin poderlo convencer. Una vez, después de tomar unas copas con un amigo suyo, éste se emborrachó y se empeñó en sugerirle que se casara con alguna viuda. Si no hubiera sido por la intervención de unos presentes en la taberna, le habría dado de botellazos en la cabeza por sugerirle que se casara con una mujer de “segunda mano”. Escuche, Guihua, él me contó este cuento con la intención de cerrarme la boca, y que no hablara más sobre el matrimonio...

Al decirlo, el señor Xiao le echó un vistazo con una expresión llena de simpatía.

—¿Qué listo se portó el joven al mencionar el matrimonio con una pobre viuda!, ¿no?

Guihua palideció enseguida, se puso de pie tambaleante, con los ojos inmóviles, sin poder reír ni llorar... Xiao, acto seguido, al notarlo, se le acercó para sostenerla. Ella, de repente, se sintió tan débil, tan desesperada, tan deprimida... Al darse cuenta de su imprudente debilidad, con brusquedad, se irguió y se sacudió del apoyo de Xiao. Se puso más firme de pie para no seguir tambaleándose, y dijo con suma serenidad.

—Ustedes, los hombres, creadores de la Callejuela de las Mujeres Virtuosas, deben haber visto que esas lápidas ya no son más que unas piedras, unas ruinas erosionadas por el viento y el tiempo... Pero, ustedes, los hombres, siguen adorándolas como ídolos... Perdóneme, director Xiao, que le diga esto. No estoy criticándolo a usted, sino este fenómeno social. Un día, cuando encuentre yo

a Che Ganzi otra vez, le preguntaré directamente por qué sigue teniendo esta actitud discriminatoria hacia las viudas, aunque él nació y creció en una nueva época, una nueva era, una nueva sociedad... Pues, dígame, director, ¿por qué él sigue considerándonos “mujeres de segunda mano”?



XIII

En 1908, el emperador Guangxu falleció. El príncipe Puyi, de solo tres años de edad, subió al trono, llevado en el regazo de uno de sus súbditos. Con su entrada al palacio de la Ciudad Prohibida se marcó, por sí misma, el fin de los dos mil años de la historia feudal de China. Precisamente durante su gobierno, cayó el último imperio de China.

Al pie de la cordillera Cúspide Celestial, en el Arenal de las Ocas Amorosas, el curso de la historia se había detenido y la vida se había congelado. Los dos tesoros de la vejez de don Xiao el Cuarto, Niño de Invierno y Niño de Otoño, habían llegado a los seis y siete años de edad, respectivamente, y tenían que empezar sus estudios.

Ambos niños habían nacido cuando don Xiao el Cuarto ya estaba entrado en años. No solo fueron fruto de su energía sexual, sino que eran para él como dos perlas brillantes y una gran esperanza para su futuro, por lo que decidió abrir una escuela familiar en el patio trasero, e invitar a un estudioso o erudito local como maestro para que sus hijos tuvieran una educación estricta y de primera.

El plan de abrir una escuela familiar había sido trazado no sin esfuerzos. A don Xiao el Cuarto y su señora se les ocurrió la idea de ubicarla en el patio trasero de la mansión. Este era el lugar más tranquilo y seguro de toda la casa. Una serenidad absoluta reinaba en ese patio rodeado de altos muros. Los niños no podrían escapar de la escuela ni dedicarse a las travesuras. El único inconveniente era que el patio sería compartido con Qingyü, quien podría correr el riesgo de conocer al señor maestro, y ser seducida por él. Si el maestro tuviera la intención de hacerlo, ¿qué se podría hacer en

su contra? No obstante, según doña Xiao la Cuarta, esto era imposible, pues ella había demostrado su virtud durante cinco años. Qingyü había llevado su dieta vegetariana, una vida puritana, un cuerpo tan puro e intocable como un objeto de jade en exhibición. Además, no le faltaba compañía, ya que siempre estaba con la cuñada Tercera cuando bordaba en el patio, sin mencionar el feroz Leopardito, quien era su mejor protector tanto de día como de noche. ¿Quién se atrevería a acercársele? Plenamente convencido por los argumentos de su mujer, don Xiao el Cuarto decidió finalmente abrir la escuela en el patio trasero de la casa para preparar una generación culta, lista para crear futuras proezas en bien de la fama y lucro de los Xiao. Un día, previamente seleccionado por ser auspicioso, después de quemar incienso y papel moneda falso, condujo a los niños al altar familiar a rendirles homenaje a sus antepasados. Luego, bajo un intenso humo, resultado de la quema de incienso, llevó a los dos niños a la antesala para presentarles al nuevo maestro y hacerle reverencias. Por último, los condujo personalmente a un salón limpio y lleno de luz en el extremo noreste del predio, que serviría de aula para sus clases. A partir de entonces, todos los días, empezaron a escucharse recitaciones de versos clásicos y dictámenes confucianos tales como “El hombre nace con bondad...” Los niños recitaban los versos y prosas rítmicas como si cantaran canciones, los cuales eran tan resonantes que hacían callar a Qingyü con sus sutras budistas. Ella había guardado con rigor las reglas de la casa, y no se había aventurado a conocer al maestro hasta la fecha.

Después de un tiempo, Qingyü oyó decir a la cuñada Tercera que el señor maestro se apellidaba Wu, llevaba el nombre Chaoqing, y era de un pueblo al otro lado de la cordillera Cúspide Celestial. Educado desde su niñez a la manera tradicional, era un sabio y buen conocedor de las letras de todas las épocas; además, provenía de una familia erudita. Se decía que, incluso, uno de sus antepasados había aprobado el examen para trabajar en la Academia Hanlin. Él mismo había establecido la Academia Cúspide Celestial en el lugar, donde el maestro Wu se graduó. En la generación del padre del maestro, la familia se había arruinado y

decaído en la jerarquía social. A pesar de que el maestro Wu había aprobado el examen cantonal a los dieciocho años de edad, en seis ocasiones había fracasado en sus intentos de pasar el examen del distrito. Ahora tenía treinta años. Por muy sabio que fuera, por muy conocedor de todas las literaturas de la historia, lo único que podía hacer era dar cursos particulares para mantenerse. Un hombre sin suerte como un tigre fuera de la sabana son situaciones lamentables.

Desde que empezó a venir el maestro a la casa, la cuñada Tercera no podía cerrar la boca, y ante Qingyü se le salían miles de comentarios acerca de él, cosa que la molestaba bastante. ¿Por qué venían tantos cuentos sobre el pobre maestro? ¡Oh, “maestro pobre” y “pobre maestro”! El padre de Qingyü también lo era. Así como este joven, su propio padre, que vivía en una aldea montañosa, también estaba sufriendo una vida sin vida, una vida sin futuro; pasaba hambre todo el tiempo y no tenía dinero ni para casar a sus tres hermanas. ¿Acaso la cuñada Tercera trataba de tomarle el pelo al hablarle sobre el maestro y su familia? No, simplemente no podía ser. Qingyü sabía a ciencia cierta que eso era totalmente imposible, porque la cuñada era una persona recta, directa y bondadosa, y la había tratado en los últimos años como a su propia hermana... No obstante, por alto o bajo que fuera el maestro, por bueno o malo que pudiera ser el erudito, ¿qué le importaba a Qingyü? Para una mujer decente, que se hallaba a dieta, una mujer puritana material y espiritualmente, lo más importante era guardar su virtuosidad y hacer todo lo posible para evitar contacto con cualquier hombre, incluido el maestro Wu. A Qingyü le parecía una irresponsabilidad de don Xiao el Cuarto y su señora traer al maestro Wu al traspatio de la casa. Si la mansión era lujosa e inmensa, y estaba dotada de tantas alcobas vacías, ¿por qué escogieron este rinconcito para ser el aula de clase, y por qué trajeron a este hombre de treinta años, en la flor de la edad, a educar a los niños que lo único que sabían hacer era parlotear como payasos...? ¡Ah, Amitaba!

Lo curioso es que dondequiera que estuviera, delante de su cuarto o bajo la sombra de los árboles del jardín, bordando flore-

citas, siempre que veía la esbelta figura del maestro y oía su voz prolongada al recitar los poemas de antigua data y las letras clásicas, Qingyü se sumergía en una mezcla sentimental de excitación, provocación, molestia y tortura. Para evitarlo, llamaba a su lado al Leopardito, quien, al escuchar la voz de su dueña, daba un salto y corría hacia ella, extendía sus patas delanteras y escondía la cola entre las piernas traseras, listo para un ataque a cualquier enemigo de su dueña. Entonces, Qingyü, tras expresar su satisfacción con una sonrisa, empezaba a acariciarle la cabeza, mientras le decía entre dientes:

–Bueno, vete, vete, que aquí no ha pasado nada.

–Qué curioso, ¿por qué se sentía molesta con la presencia de este pobre maestro en el patio? Él no hacía, sino venir a dar cursos para ganarse la vida. Además, era una persona tranquila que ni la molestaba ni trataba de seducirla, ¡ni siquiera le había echado un vistazo desde que instruía a los niños! ¿De dónde venían estos sentimientos extraños e irrazonables?

Leopardito era muy sensible ante los sentimientos de su dueña. Se había dado cuenta de que a ella no le caía bien el recién llegado, un hombre alto y delgado. Siguiendo la actitud de la dueña, el perrito también lo odiaba. Por eso estaba alerta todo el tiempo para protegerla de cualquier acto de seducción. Si ese hombre se atreviera a acercársele un poco a Qingyü, se arrojaría inmediatamente sobre él sin vacilación ni piedad.

Un día, por poco sucede el accidente. Al acabar la clase, el maestro dejó a los niños practicando caligrafía y salió del aula a dar un paseo, recitando unos parajes de Zhuangzi o Laozi, como era su costumbre. Pues esta vez dirigió sus pasos al azar hacia un palmero bajo el que se encontraba Qingyü zurciendo y bordando una pieza. En ese preciso momento, la cuñada Tercera la había dejado sola para ir a su cuarto por unos hilos de seda. Qingyü, al levantar la cabeza y ver al desconocido, quedó perpleja; pero ya no tuvo tiempo de evadirlo, y enrojció inmediatamente. En un abrir y cerrar de ojos, el perro, que se encontraba debajo del alero, dio un salto, mostrando sus dientes filosos, y se abalanzó sobre el hombro derecho del pobre erudito. El maestro Wu se asustó,

retrocedió unos pasos gritando y pidiendo auxilio. Lo bueno era que, por lo general, el Leopardo nunca mordía a la gente sin la orden de su dueña. Al darse cuenta de que el desconocido era el maestro de la escuela casera, y que estaba en peligro, Qingyü volteó nerviosa y le gritó al perro:

—¡Déjalo! Ven. ¿Acaso no conoces al señor Wu?

El perro, al escuchar la orden, lo soltó de inmediato, y empezó a dar vueltas a su alrededor, gimiendo, sin poderse sacudir del yugo de su intuición que lo conducía a atacar a cualquiera que se le acercara a su dueña.

—Le pido mil excusas por esta molestia, señor Wu. No se preocupe, señor maestro. Este perro nunca muerde o ataca sin mi orden.

Qingyü lo saludó sonriendo. Acto seguido, le hizo una señal al perro para que se alejara del maestro y se sentara detrás de ella.

—Gracias por salvarme la vida. Este perro criado por usted es realmente feroz...

Al decirlo, Qingyü notó que al señor Wu se le había caído el libro al suelo, y que el cuerpo le temblaba desde la mandíbula hasta las piernas. Ella sintió gran simpatía por el erudito. Con una sonrisa y tras hacerle una reverencia al maestro, regresó a su alcoba con su perro, sin volver la cabeza. El señor Wu se quedó allí, clavado, aturdido. Sin apartar su vista de la espalda de Qingyü, murmuró para sí mismo.

—Dios mío, realmente es una belleza sin par en el mundo. ¡Es una lástima que se halle escondida en este palacio prohibido...!

Aunque lo dijo en voz muy baja, apenas audible, fue captado por la sensible Qingyü. Afortunadamente, la cuñada Tercera no estaba en el patio. Si lo hubiera escuchado, se habría armado un escándalo.

Esa misma noche, después de rendirle homenaje al Buda y recitar unas sutras, Qingyü se puso a hablar muy seriamente con el Leopardo, criticándolo duramente.

—¡Qué feroz te has portado, perrito mío! Habrías matado al maestro con sólo dos mordidas en el cuello. ¿Por qué lo molestamos? ¡Que nos bendiga nuestro Buda! Oye, perrito, te prohíbo que

vuelvas a asustar al señor Wu. Si lo haces, taparé el hueco de la puerta para encerrarte bien y no te dejaré salir de esta habitación. ¿Entendiste...? ¿No te incomodan mis críticas? El señor es un erudito. Es muy conocedor de las letras de todas las épocas. Ha tenido mala suerte, eso es todo, así que no tiene más remedio que dar cursos particulares a estos niños para ganarse unas migajas. ¡Pobre de él! Que lo proteja nuestro Buda.

La luna llena esparcía sus luces en el traspatio de la casa. Ya había contado tres veces sus cien monedas al lado de la almohada y, sin embargo, Qingyü no podía conciliar el sueño. La invadía un calor tremendo. Se desató las vendas de seda que apretaban sus senos para refrescarse un poco. ¡Qué vida más desgraciada! En los últimos años no había tenido la oportunidad de ver frente a frente a un hombre joven ni mucho menos hablar con él... ¡Oh, Amitaba! A pesar de ser flaco y alto, lo cual no le agradaba mucho, el señor Wu era realmente atractivo. Su cara rectangular, su frente ancha, sus ojos negros, su nariz alta, su boca un poco alargada... Para ella había sido un milagro haberlo conocido. No sin razón, la cuñada Tercera había dicho que era guapo.

“Pero”, se pregunta, “¿por qué el señor Wu, al echarme un simple vistazo, dijo que soy una criatura celestial? En alguna ópera clásica, recuerdo que se referían a un personaje como ‘la belleza sin par en el mundo’. ¿Acaso lo soy? No lo puedo creer. A lo mejor, amedrentado por el Leopardito, enloquecí, y no supo lo que decía...”

Era medianoche. Murmurando estas palabras, Qingyü no podía resistir la tentación de extender la mano al tocador y tomar el espejo de bronce. Empezó a contemplarse a sí misma aprovechando la luz de la Luna.

—¡Qué vergüenza! ¿En verdad soy tan hermosa como dice el erudito? ¿Acaso soy tan vanidosa que me hace creerlo? ¿Acaso una belleza sin par tiene esta cara? Recuerdo la historia que me contó la tía Quinta acerca de una belleza sin par en el mundo de la dinastía Tang. Su verdadero nombre era Yang Yühan. Si mal no recuerdo fue conocida después como Yuang Guifei, y se convirtió en la concubina más adorada de un emperador durante su trono...

De pronto, se dio cuenta que no debía seguir pensando estas tonterías, que sólo la conducirían a un desenlace funesto. Ella tenía que guardar la virginidad hasta la muerte para que la familia Xiao pudiera alzar una lápida en su memoria el día de su muerte. Ése era su destino, no otro. Qingyü se sumía cada vez más en la tristeza hasta que, sin poder controlarse más, dejó caer las lágrimas, una a una, sobre la superficie del espejo de bronce. Las lágrimas la hicieron sentirse mejor... aliviada... En ese momento, como si le hubiera ocurrido algo, llamó al Leopardito para que viniera a su lado y le dijo:

—Escucha, Leopardito, de hoy en adelante, ya no te permito asustar más a nuestro señor erudito... ¿Bien?

Después de darle estas advertencias, Qingyü alzó la cara para dirigirse hacia la Luna que se asomaba por la alta ventana. Sus luces, de un color plateado precioso, caían suavemente desde lo alto del cielo al piso de su alcoba. ¡Qué extraña noche: hasta los pájaros de las montañas habían dejado de cantar, y nadie se aventuraba a entonar su canción nocturna!

Al día siguiente, bajo el mismo palmero de antes, mientras Qingyü bordaba una almohada en compañía de la cuñada Tercera, ésta le dijo:

—Se dice que ayer el Leopardito amedrentó tanto al señor Wu que se le fue el alma. ¿Es verdad?

A Qingyü le sorprendió esta pregunta. Se puso roja e inquirió: —¿Cómo te enteraste? Tú no estabas presente.

—Los buenos chismes se saben, mujer. Todo el mundo lo comenta. Al terminar las clases, los dos niños fueron a contárselo a don Xiao el Cuarto y su señora. Al escuchar la anécdota, los dos se pusieron tan regocijados que no pudieron dejar de reír a carcajadas, pues ella lo había predicho. Hace mucho tiempo, ella dijo que desde que llegó el Leopardito a esta casa, ni las ratas se atrevían a correr por aquí.

Qingyü se entristeció al escuchar el comentario. Bajó la cabeza y se quedó callada.

—¿Qué fue lo que pasó? ¿Tú socorriste al señor Wu cuando el Leopardito quiso morderlo?

—¿Por qué tengo este perro, sólo para que muerda a la gente?

—Me alegro que no lo haya mordido. La culpa fue tuya.

—Cuñada Tercera, no digas eso...

Qingyü enrojeció, esta vez también por el enojo. Al verla así, la cuñada Tercera, con una sonrisa en la boca, se precipitó a pedirle excusas.

—Perdón, belleza... Ya te lo había dicho antes, ¿no?, que él es realmente guapo.

—¿Y qué me importa?

—No digas eso. Tampoco me importa un pepino, pues mi propósito no es más que... ¿Sabes que esta mañana me he encontrado con el señor Wu...?

Al darse cuenta de que la cuñada daba rodeos, Qingyü bajó de nuevo la cabeza sin ganas de continuar la conversación. Qingyü estaba segura de que la cuñada no aguantaría las ganas de contarle todo más tarde. Tras una pausa, dio dos golpecitos al bordado. Como lo supuso Qingyü, la cuñada reinició la conversación.

—Caramba, ¿no me estás escuchando? Si no me quieres oír, me voy a mi cuarto.

Qingyü siguió cabizbaja, sin expresión ni respuesta directa.

—Como quieras. Además, puedes decir lo que te dé la gana; pero también es mi decisión escucharte o no.

—Maldita mujer. Perro que ladra no muerde.

—Cuñada Tercera, no te fíes, alguna vez lo hacen.

La cuñada Tercera entendió que había perdido la "batalla". Sin poder aguantar más, finalmente le dijo lo que traía atorado.

—Esta mañana encontré al señor Wu. Él es un pariente lejano mío. ¿Lo sabías? Me preguntó cómo se llamaba esta belleza, dueña de este perro tan feroz y agresivo.

—No, no, no. No quiero saber nada de lo que dices...

Al decirlo, Qingyü se tapó las orejas con sus manos. Esta vez, la mejilla se le tiñó de un rojo tan subido como si fuera un caqui de otoño.

La cuñada Tercera suspiró profundamente, y clavó su mirada en la cara de Qingyü por largo tiempo.

Desde esta conversación, a Qingyü le encantaba escuchar las voces que salían de aquel rincón del aula, mientras el erudito les enseñaba a los dos niños a recitar los poemas y las letras clásicas. Cada día, cuando terminaban las clases y su silueta aparecía en el umbral de la puerta, ella quería echarle un vistazo sigiloso al señor Wu desde lejos. Si éste le devolvía la mirada, ella inmediatamente se levantaba, corría a su cuarto precipitadamente y se echaba a la cama con el corazoncito latiéndole fuertemente durante un largo rato.

XIV

El cielo parecía una olla negra que se colocaba al revés sobre la Tierra. El dios del Trueno lanzaba sus gritos desastrosos, con los que amenazaba explotar todo lo existente en la Tierra, y la diosa del Relámpago, a su vez, hacía estallar sus toques eléctricos que habían logrado romper el dique del Río Celestial,¹ que empezaba a verter su agua sobre el globo terrestre.

La lluvia no había parado durante tres días con sus noches, y las inmensas corrientes de agua se precipitaban cuesta abajo por las montañas, causando diluvios en la llanura. El agua se abalanzaba sobre la cabecera del distrito, situada en un valle, y destruía todos los caminos que conducían a él. Piedras y lodo habían cubierto las carreteras.

Al anochecer, un camión corría zigzagueante por la ruta hacia el Arenal de las Ocas Amorosas. El conductor, Che Ganzi, hambriento y temblando de frío, manejaba su camión con mucho cuidado. No tuvo más remedio que dar una vuelta alrededor de la montaña Cúspide Celestial, pues por el mal tiempo no se atrevía a subir los caminos escarpados de las montañas. Como había conducido el vehículo bajo la lluvia durante horas, el chofer estaba exhausto. El camión, después de haber corrido por unas zonas lodosas, parecía que se había convertido en un mecanismo movible hecho de barro. La única ventaja era que el camión había sido descargado de sus mercancías. Con sumo cuidado, Che Ganzi conducía despacio. Al mismo tiempo, el escarabajo mecánico de color tierra temblaba, ululando y jadeando fuertemente. Dentro de esta

¹ En la leyenda china, se considera que la Vía Láctea es un río y se le nombra Río Plateado o Río Celestial. (N. del T.)

niebla nocturna, solo se veían las luces delanteras del sucio camión que se esforzaba en romper la cortina de lluvia.

—¡Malditos sean estos relámpagos y esta lluvia!

Cuantas veces el camión dejó de funcionar, tantas veces Che Ganzi injurió a la Naturaleza. Se le habían secado los labios, quemado el corazón, helado el cuerpo. Temblaba cada vez más fuerte por el frío. Al tocarse la frente, notó que tenía fiebre. Le dolía mucho la cabeza. ¡Qué mala suerte! Durante varios años no había estornudado ni se había resfriado. En muchos años, ni siquiera había tomado medicinas. ¿Qué iba a hacer bajo esta lluvia torrencial? Por este maldito camino no se podía encontrar alojamiento por ninguna parte. Si se enfermaba más, ¿a quién podría pedirle ayuda?

Che Ganzi seguía agarrado con fuerza al volante, con las manos temblando y la boca bien cerrada. No era fácil controlar el vehículo cuando se tenía que enfrentar un viento cortante y desafiar una lluvia torrencial. Iba cuesta abajo y el camino se hacía más resbaladizo. Algunas veces estuvo a punto de caer al precipicio y hundirse en el fondo del río. Si eso ocurriera, iría a hacerle compañía a su maestro Wu el Mayor al otro mundo. No, de ninguna manera quería ir allá. Todavía le fascinaba vivir esta vida preciosa... Che Ganzi era un hombre fuerte de carácter. A pesar de lo confuso de la vista y lo aturdido de su cerebro, seguía con sus pies en los pedales del cambio y el acelerador para mantener el vehículo bajo control.

Por fin, Che Ganzi llegó al Arenal de las Ocas Amorosas. Detuvo el camión frente a la taberna Perfume Nocturno. La puerta estaba cerrada, y, en su interior, reinaba la oscuridad absoluta. ¿A quién le darían ganas de venir a la taberna en un día como éste? ¡Oh!, como el maestro ya no vivía aquí, no había razón para detenerse más tiempo ni por qué entrar. Tenía que seguir su camino. Todo había sido culpa de esa maldita mujer, quien había hecho al maestro conducir su camión y su propia vida al precipicio... Pensando en esto, Che Ganzi perdió de repente el control del motor, y ya no tuvo más fuerzas para pisar el pedal ni mover la palanca de velocidad. Varias veces trató de arrancar, pero no lo logró. El vehículo se estancó allí, frente a la taberna.

Che Ganzi, en la cabina de conducir, se pegó de un golpe a la espalda de la silla. Las grietas le quemaban los labios; le habían salido ampollas en la lengua; el aire frío de sus pulmones se convertía en un aire caliente al salir por su nariz... Un fuego interior le quemaba el cuerpo. Le salían llamas de los ojos... ¿Había algún incendio? ¿O era la luz, la de las lamparillas delanteras del camión? Pero, ¿cómo era posible? Hacía tiempo que el motor se había apagado. ¿De dónde venía la luz? ¿Había sonado la puerta de la taberna? De seguro, había regresado el maestro a echarle una mano... “Oh, por favor, hombre, déjame... Yo puedo caminar por mí mismo. Déjame abrir la portezuela por mi propia cuenta...” Todo el mundo sabía que Che Ganzi era fuerte como un toro, joven y enérgico...

Che Ganzi cayó y se sumergió en una masa de no sabía qué, y empezó a arrastrarse por entre un mar de nubes rojas. No, no son nubes, sino llamas de fuego, un fuego que le quemaba desde adentro... No, no, tampoco se trataba de un incendio, era una lluvia torrencial roja, una lluvia quemadora que rociaba fuego, que invadía poco a poco todo su cuerpo... Parecía que alguien lo había sostenido en sus brazos, lo había llevado al interior de una casa, y luego lo había puesto en una silla... ¿Había notado algún ruido? ¿Fue un trueno? Tal vez un tremendo trueno provocado por algún relámpago...

Parecía que algo se movía delante de sus ojos. De repente, vio que unas garras rojas de fuego empezaron poco a poco a extenderse, alargarse, expandirse. ¿Era su maestro? ¿Quién estaba hirviendo agua para él? Desafortunadamente, él no le había servido lo suficiente mientras fuera su aprendiz. Nunca lo había atendido de la manera como él ahora lo trataba... Una vez, si mal no recordaba, su maestro le había pedido que fuera por licor. Por temor a que se emborrachara, solo le había traído dos onzas. ¡Nunca se imaginó que pudiera enfurecerse tanto! Aunque no expresó abiertamente su rencor hacia él, Che Ganzi lo notó. “Compré poco alcohol por el bien suyo, maestro. ¿No lo sabía? Más tarde, compré una botella de la mejor marca, el famoso Maotai, para obsequiárselo. ¿Recuerda? Se rió a carcajadas, y me elogió dándome unos

golpecitos en el hombro... Me dijo que, para ser chofer, había que considerar dos cosas muy importantes: nunca tomar demasiado, y nunca excederse en el sexo... ¿no?"

Che Ganzi fue levantado de la silla, y puesto de nuevo en la misma... más bien, se trataba de un sillón largo. Che Ganzi tenía la impresión de haber dormido una siesta alguna vez en ese sillón. ¿Quién le estaba quitando la ropa? ¡No, no, no!, ¿qué era esto?, ¿calzoncillos sucios? Está bien, quítelos.

Notaba que el maestro estaba frotando su cuerpo con algo suave y calentito desde la cara hasta el cuello, desde el hombro hasta la espalda, por el vientre, las piernas, finalmente por los pies... Poco a poco, Che Ganzi fue cobrando calor con este masaje.

¿Me he vuelto un niño? ¿Por qué me toma usted como un bebé, volteándome de un lado a otro...? Qué bueno que me cambió de ropa. Siento como si me hubieran puesto los pantalones y la camisa de mi maestro, y me quedan más o menos bien. Solamente los pantalones se me pegan un poco... De todos modos, son mucho mejor que los mojados que traía puestos. Aunque los vaqueros también son así, bien ceñidos.

Más tarde se le hizo tragar un tipo de medicina caliente, salada y picante. Ay, ¡una medicina con sabor a jengibre! Recordaba entonces que, de niño, siempre que se resfriaba, sus padres le agarraban la nariz y, apretándola con dos dedos, lo hacían tragar el mismo jarabe. Luego, se le puso una píldora en la boca... Finalmente se le llevó a la cama, y se le cubrió con dos mantas de algodón... Cayó otra vez en un hoyo, ancho y profundo, en donde flotaban nubarrones de fuego. ¡Oh! Buda mío, un fuego torturante y quemador que lo tragaba con sus llamas... Parecía que por ese momento, alguien, ¿su maestro u otra persona?, lo llevaba hacia unas nubes blancas, diferentes de las anteriores, hacia una brisa que soplaba desde un límpido cielo azul... Che Ganzi quiso alcanzar y agarrar al hombre; pero él corría muy rápido, sin volver la cabeza. No lo consiguió... ni pudo verle la cara confusa a esta persona mágica...

Tenía sueño, cansancio y mareo. Estaba tan débil que sentía como si el esqueleto se le hubiera destrozado y los músculos se le

hubieran ablandado. Quedó casi inmóvil en la cama. Durmió dos días con sus noches. Apenas se despertó una o dos veces. Sentía muy pesada la cabeza. Todo era confuso a su alrededor. Tenía la sensación de haber sido traído de unas altas montañas a este cómodo lugar, a este paraíso. ¿Vino alguien a visitarlo bajo esta lluvia torrencial? Pues, sí. Entre los visitantes, estaba la directora Wu, representante de la federación de mujeres, y Xiao, la jefa del grupo vecinal. La primera le dijo.

—Camarada chofer, esperamos que maneje bien su volante, que arranque y acelere su camión con cuidado. Hágalo por nuestra causa revolucionaria... ¿Recuerda a su maestro? Él fue un hombre ejemplar en el trabajo. Sólo que cometió el error de casarse con una jovencita, quien más tarde se quiso divorciar de él cuando él cumplió los cincuenta años de edad.

La segunda le dijo.

—Vengo a ofrecerte para ser su casamentera. Tengo una sobrina, quien es estudiante de secundaria, virgen y tradicional... ¿Quiere saber si una mujer es virgen? Le voy a dar un método eficiente para averiguarlo. En la noche de bodas, ponga un pedazo de tela de seda blanca en la cama. Si se tiñe de rojo después de hacer el amor, lo es de seguro. La vida humana es tan corta como la de las yerbas. Hay que apreciarla, ¿no? Un joven virgen como usted, de ninguna manera debe casarse con una viuda, es decir una mujer de segunda mano. ¿Lo entiende?

Parecía que el policía judicial también había venido, y le había dicho algo más o menos así.

—Chofer, su maestro no tenía descendiente ni pariente cercano que pudiera heredar su propiedad... Ahora, pues, toda la propiedad suya pertenecerá a su señora viuda... Alguien me informó que, de algún modo, usted la pretendía, ¿no?

¿Adónde había ido su maestro? Si no estaba equivocado, era él quien le había salvado la vida. Él lo había cuidado durante todo ese tiempo. Por su culpa, su maestro había invertido tanta energía y tiempo en atenderlo... Parecía que más tarde había venido el gerente de la compañía de transporte, el señor Xiao. Se sentó a su lado, junto a la cama, por largo tiempo. Le habló sobre algo muy importante.

–Hermano, desde la última vez que nos encontramos, he tratado de buscarte para discutir algo contigo.

–¿Es que necesitas que transporte alguna mercancía?

–No, nada de eso.

–¿Entonces...?

–Para hablar de cosas viejas y nuevas.

–Usted sabe mucho más que yo. Ya que estudió en una escuela tradicional, usted conoce los caracteres antiguos y ha leído a los clásicos. Además, usted fue maestro de secundaria.

–Vamos a hablar sin rodeos, hermano. La vez anterior, hablaste de una “mujer de segunda mano”. Tienes ideas viejas y caducas, ¿sabes?, más viejas que las de la antigua sociedad, en la que nunca viviste.

–¿En qué sentido?

–Es por eso que tengo que hablar contigo sobre historia, ¿entiendes? ¿Sabes que en el reino Yüe del periodo de Primavera y Otoño y el de Reinos Combatientes, había una belleza llamada Xi Shi?

–Sabía algo de ella por las óperas y películas...

–Hace unos dos mil quinientos años, el Reino Wu aniquiló el reino Yüe. El rey Guojian de Yüe sucumbió al primero y le ofreció su concubina favorita Xi Shi como regalo para lisonjearlo. ¿Acaso no fue ella también mujer de segunda mano? Después de obtenerla, el rey Wu se dedicó a divertirse con ella y con las otras mujeres. Se entregaba tanto a las diversiones sexuales que olvidó totalmente su misión, que era gobernar el país. Mientras tanto, el rey Guojian se entregaba a la dura tarea de restablecer su reino derribado, y sufrió mil privaciones; finalmente derrotó al reino Wu, restableció su reino perdido Yüe, e hizo regresar a su regazo a su amada Xi Shi. Un cortesano suyo llamado Fan Hi, que sabía a ciencia cierta que el rey Guojian era bueno en los tiempos duros, pero no en los de paz, a pesar de que había sido su amigo íntimo mientras pasó dificultades en el exilio, huyó al Lago Tai llevándose consigo a Xi Shi. Allí abrió unos negocios particulares para vivir cómoda y tranquilamente con la belleza, lejos del dictador... Hermano mío, ya sabes que Xi Shi es la mujer más bella de todas las épocas.

¿También puedes tildarla de “mujer de segunda mano”, por cuantas manos pasó?

Como si estas palabras le hubieran tapado la boca, Che Ganzi se quedó mudo. Sin prestar atención a la reacción del chofer, Xiao siguió contando.

—Después del periodo de Primavera y Otoño y el de los Reinos Combatientes, se estableció la dinastía Qin. Shihuang, primer emperador de China, fue un tirano, e hizo quemar todos los libros y decapitar a los intelectuales. Su poder no duró, sino dos generaciones en el trono; pero esto no vale la pena contarlo. Al llegar a la dinastía Han del Oeste, existió una belleza, Zhou Wenjun, quien era también viuda. El amigo de su hermano, un gran erudito de la época, Sima Xiangru, se la encontró una vez en el patio trasero de su casa, y se enamoró de ella a primera vista. El hombre de letras no pudo conciliar el sueño durante toda la noche al volver a su casa después del encuentro. Se levantó de la cama para tocar *zhen*,² y recitar poemas que componía. Al escuchar las hermosas poesías de amor acompañadas por la melodía, Zhou Wenjun quedó gratamente impresionada y vino a visitarlo a media noche. Desde entonces, ambos llevaron una vida feliz, amándose y respetándose mutuamente hasta la muerte. Este cuento fue apreciado y narrado de generación en generación. Ella también fue una mujer que se casó por segunda vez, ¿no es cierto?

Che Ganzi quedó boquiabierto, aturdido, confuso, al escuchar estos cuentos de las óperas que no sabía ni entendía bien.

—En la misma dinastía Han del Oeste, al morir el emperador Hanwu, la emperatriz Lü tomó el poder y manipuló los asuntos estatales tras bastidores. Tanto los cortesanos como los súbditos le temían y obedecían. ¿Lo sabías?

Xiao era realmente un cuadro bien preparado y conocedor de nuestra tradición. Sumergido en una gran admiración por su director, Che Ganzi le dijo:

—¿Es esta emperatriz la misma a quien mencionó un documento del Comité Central del Partido Comunista durante el movimiento

² Instrumento musical de cuerda de China (N. del T.).

de Crítica a Lin Biao y Confucio? ¿Es que una mujer de hace dos mil años ya seguía la línea del partido?

El director Xiao se rió diciendo:

—Dejemos de lado eso de si ella era o no del partido. Lo que quiero decir es que la emperatriz Lü también fue una viuda, ¿no? Pero ella tenía todo el poder del país en las manos. Después de la caída de la dinastía Han del Oeste, subió la dinastía Han del Este. En el último periodo, el emperador Xian era tan inepto para manejar los asuntos del Estado, que todo el poder cayó en manos del cortesano Dong Zhou. Este viejo malvado engañaba al emperador y manipulaba a los funcionarios públicos bajo su mando. En realidad, el poder era controlado por su hijo adoptivo, Lü Bu, quien era un general sin par, valiente, templado en mil batallas y siempre vencedor; sin embargo, su debilidad estribaba en que se dedicaba demasiado al sexo y al licor, y no prestaba atención a los asuntos del Estado. Uno de los cortesanos más fieles al emperador, Wang Chang, le tenía un odio acerbado a Dong Zhou. Para sembrar cizaña entre padre e hijo, utilizó a su concubina favorita Diao Chan, la mujer más bella de su época, para seducir a Lü Bu. Diao Chan había estudiado a los clásicos desde niña, y entendía muy bien la trampa que les tendería Wang Chang. Al arreglar el primer encuentro entre la concubina y Lü Bu, éste se enamoró de ella. Al mismo tiempo que Wang Chang se la ofrecía en matrimonio, se la ofrecía como regalo al viejo mujeriego Dong Zhou. Más tarde, Diao Chan los engañó con las mil artimañas ideadas por el cortesano, y padre e hijo empezaron a pelearse por ella. Para arrebatarse la belleza de las manos de su rival, Lü Bu mató a su propio padre. Este cuento quedó en la historia china como ejemplo de la trampa más exitosa para sembrar cizaña entre la gente por medio de la utilización de las mujeres hermosas. Dime, Che Ganzi, ¿te parece que esta famosa belleza, Diao Chan, sea otra “mujer de segunda mano”?

Otra vez Che Ganzi quedó mudo, boquiabierto.

—A la caída de la dinastía Han del Este, la siguieron los Tres Reinos, las dinastías del Norte, del Sur, de Wei y Jin, las dinastías

Sui y Tang. En la dinastía Tang,³ la más poderosa y próspera de la historia china, hubo una mujer llamada Wu Zetian, única emperatriz en el pleno sentido de la palabra. Ella se casó oficialmente dos veces. Ha sido conocida por sus dos dones: el de gobernar el país con eficiencia, y su afecto a las relaciones con los hombres. Sus concubinos eran conocidos como la corte de mancebos.

Xiao hizo una pausa y continuó relatando.

—A mediados de la dinastía Tang, el emperador Ming, conocido como Xüanzong, estuvo en el poder durante treinta y siete años. Al principio, mostró grandes capacidades para gobernar, pero todo cambia y, al cabo del tiempo, se convirtió en un degenerado y se enamoró de la concubina favorita de su hijo, Yang Yühan. Pese a que sabía que este amor era un pecado incestuoso, decidió poseerla de todos modos, y recurrió al siguiente truco. Primero, le propuso a su nuera que se hiciera monja budista y entrara a un convento para que hiciera méritos; pero sin que le cortaran el cabello, de modo que conservara su apariencia femenina. Después de un periodo de aprendizaje, en el que Yang memorizó las sutras budistas, Xüan Zong la hizo regresar al palacio imperial y la nombró Yuang Guifei, concubina imperial. De allí en adelante, tanto el padre como los hermanos de Yang se hicieron mandarines importantes de la corte. La concubina también era famosa por ser excelente cantante y bailarina. Sabía tocar instrumentos musicales y jugar ajedrez; era calígrafa y pintora. Todo lo hacía a la perfección para el deleite del emperador. Li Bai, ese dios del vino, escribió un poema sobre ellos. Con todos estos talentos, ella bañaba al emperador en un mar de cariño, y éste dedicaba todo su tiempo al disfrute, sin dejar ni espacio ni tiempo para administrar los asuntos estatales, por lo tanto, el poder se volvió cada día más corrupto, y causó una serie de rebeliones y levantamientos armados contra el emperador de parte de los plebeyos. Entre ellos, destacó la gran sublevación de Anshi... Un poeta de esa época llamado Bai Juyi escribió un poema titulado “Canto de una tristeza perpetua”, cuyos primeros versos, si mal no recuerdo, son: “El

³ Los Tres Reinos datan de 220-280; el periodo Sur y Norte de Wei y Jin, de 265-589; la dinastía Sui de 518-618, y la Tang, de 618-907.

emperador Han, por el amor a la belleza, pierde tanto el trono como la cabeza." Pero, bueno, hermano, ya hablé demasiado sobre la historia. Ahora, volvamos al tema: ¿Acaso la concubina Yang, quien hizo cambiar el curso de los acontecimientos, no fue una mujer de "segunda mano"?

Che Ganzi, quien estaba absorto en la narración, se quedó callado, sin poder responder. "Ay, señor director, usted sabe más que nadie", pensó.

Entonces, Xiao continuó:

—Después de las Cinco Dinastías, vinieron las dinastías Song, Yuan, Ming y Qing. Durante la dinastía Song, hubo una poeta llamada Li Qingzhao. Aunque era delgada y pálida, también se casó dos veces. En la última dinastía de China, la Qing, durante el reino del emperador Guangxu, fue la viuda del emperador anterior quien realmente dominó el país y controló el poder tras bambalinas. Ella tenía una cara bondadosa, pero el corazón duro. Desde los cortesanos hasta el mismo emperador no podían hacer nada en su contra. Su nombre también apareció en un documento del Partido Comunista en el Movimiento de Crítica a Confucio y Lin Biao. ¿Lo recuerdas? Su nombre en lengua manchú es Yehe-nalashi, y se le conoce como Cixi, la emperatriz viuda. Ella también fue "mujer de segunda mano", ¿no?

Al oír esto, Che Ganzi asintió. Él también había sido informado en parte acerca de esa mujer tristemente famosa de la historia china, al estudiar unos documentos políticos del Partido Comunista. Se decía entonces que esta emperatriz había usado el presupuesto estatal, destinado a la construcción de una fuerza marina moderna de China, para levantar su propia mansión de veraneo, el Palacio de Verano, como un regalo de cumpleaños para sí misma, que todavía se conserva intacto en los suburbios de Beijing.

—Dejemos lo pasado, y vamos a ver lo que ha ocurrido en el presente. Durante la Revolución Cultural hubo una así llamada "gran líder" que ocupaba un puesto muy importante en el Comité Central del Partido Comunista. No tengo que decirte su nombre. Siete u ocho veces se casó en su vida, lo que no le impidió ser un personaje de peso político en la historia moderna de China.

—Otra vez Che Ganzi abrió la boca y los ojos por la sorpresa, y no pudo decir nada.

—Así como sucedió en China, en el extranjero tampoco faltaron mujeres famosas que se casaran dos veces o más. ¿Oíste hablar del emperador francés Napoleón?

Che Ganzi sacudió la cabeza para responder negativamente.

—Napoleón fue un héroe. No tuvo rival en toda Europa. Su ejército conquistó no solo el continente, sino que llegó a Moscú... ¿Tú crees que no pudo escoger a la virgen que él quisiera? No, no lo hizo, porque amaba a una viuda de Roma que, además, tenía un hijo... En los años treinta de nuestro siglo, hubo un gran escándalo amoroso en el mundo. El príncipe Eduardo, heredero del trono británico, se enamoró de una mujer americana. Ésta se había casado ya dos veces y tenía dos hijos de su matrimonio anterior. De acuerdo con la ley británica, el rey no podía casarse con una plebeya, ni mucho menos con una mujer extranjera que no perteneciera a la aristocracia. Pero él no quiso un honor vanidoso, sino un amor verdadero, y cedió el trono a su hermano Jorge VI. Ésta es la más grande historia de amor del siglo XX. ¿Acaso su esposa no fue una “mujer de segunda mano”? Hoy en día, en los países occidentales, se han abandonado muchas convenciones tradicionales y prácticas sociales feudales que todavía existen en China. Ellos se enamoran de una mujer sin tomar en cuenta si es virgen o no. Hasta en China misma la gente dice que las viudas son las que saben hacer mejor el amor, y ofrecen más deleites al hombre. ¿No lo crees?

Che Ganzi permaneció aturdido y sorprendido al escuchar estos comentarios tan atrevidos.

—Hermano, te voy a decir todo lo que yo sé. Durante milenios, los plebeyos hemos sido engañados por las clases dominantes en cuanto a la manera de tratar a las mujeres. ¿Sabes? Hay mucho que explorar para conocer más a fondo este tema. Las clases dominantes del pasado nos impusieron seguir las tres obediencias (al padre, al esposo, al hijo mayor) y las cuatro virtudes (moralidad, hablar con propiedad, modestia y trabajo diligente); tomar el voto de castidad; tener contacto físico solo entre esposos, y la fidelidad

eterna al marido. No obstante, los que nos educaron con estas doctrinas y principios morales nunca los siguieron en su comportamiento diario. Mira, los emperadores podían escoger a las mujeres más bellas de todo el país para meterlas en el palacio imperial. Esta conducta del emperador debía ser aceptada y justificada en la corte. Así lo eran también los cortesanos, generales, funcionarios públicos de todos los rangos. Como una convención social, todo hombre que tuviera algún poder podía tener legalmente tres esposas y cuatro concubinas, además de actrices y cortesanas que fueran sus favoritas. Y los aristócratas nunca se preocuparon por las virtudes, las obediencias... tampoco por la virginidad de la mujer al escoger a sus compañeras para la vida diaria... ¿Por qué nosotros sí?

Parecía que el director Xiao nunca iba a acabar su largo discurso. Che Ganzi quedó realmente aturdido, perplejo, quizás medio mareado y medio soñoliento, y no se dio cuenta cuando se marchó.

Después de tres días de haberse enfermado, entre pesadillas y delirios, paró la lluvia. A Che Ganzi se le fue la fiebre también. Por fin, pudo levantarse y caminar por el cuarto. Pero sus pies pisaban el suelo como si caminara sobre una colina de algodón, ya que no podía sostenerse con firmeza. Se sentía bastante débil como para apoyarse sobre sus piernas. Ya hacía rato que se había dado cuenta de que se encontraba en la taberna Perfume Nocturno. No fue su maestro, sino su esposa, quien lo había atendido y le había salvado la vida. Sin embargo, de pronto notó algo anormal en la señora de su maestro, pues ella, quien se había puesto más hermosa que antes, oh, tan bella como Xi Shi, más hermosa que Yang Yühan... ahora lo trataba con bastante frialdad. ¿Por qué?

Ya habían reparado la carretera que conducía a la cabecera del distrito. La compañía de transporte envió un emisario a recoger a Che Ganzi para que lo llevara en camión al hospital. Allí le aplicaron inyecciones; lo hicieron tragar todo tipo de medicamentos; le dieron comida nutritiva... Gracias al tratamiento médico, se sintió mucho mejor. Después de la convalecencia, lo dieron de alta. Che Ganzi se preguntó a sí mismo muchas veces: ¿iba a regresar

al dormitorio de los solteros, que era tranquilo durante el día y ruidoso por la noche?

Cuando llegó el día de su salida, la hermana Guihua vino a verlo. Che Ganzi fijó la vista en sus ojos, a la espera de que ella dijera algo especial, como una invitación a su casa para recuperar la energía o algo por el estilo. Pero ella no dijo nada. ¿A qué pretexto podía recurrir para llevarlo a su propia casa? ¿Para darle mejor comida? ¿Para ofrecerle cuidado de primera? ¿Qué podía decirle? Nada pudo ofrecerle frente a la gente de la compañía de transporte que venía a recoger a Che Ganzi para llevarlo al dormitorio. Además, ella tenía que cuidar su propio negocio y atender a los clientes de la taberna.

Antes de despedirse de Che Ganzi, Guihua le entregó quinientos yuanes, cosa que lo dejó aturdido. Con una sonrisa en los labios, Guihua le dijo:

—No seas tonto y cuídate mucho. Cuando te sientas bien, haz el favor de traerme unas cajas de cigarrillos, botellas de licor de buena calidad y azúcar, ¿sí?

La cuñada Tercera había vuelto a visitar la casa de sus padres. Qingyü se alegró mucho, y no sin razón... Sentada bajo los bananos del patio trasero como era su costumbre, ahora se quedaba totalmente sola... Qingyü no sabía si era de día o de noche; tampoco se daba cuenta si estaba dentro o fuera de su alcoba. Andaba sobre las nubes. De pronto, sintió que alguien la abrazaba. Era aplastada por ese alguien... Tenía ganas de gritar para pedir socorro; pero no pudo: algo le presionaba la boca... era la boca de otra persona. Con todas sus fuerzas intentó sacudirse, dando patadas y moviendo fuertemente el cuerpo... Finalmente abrió la boca, y su cuerpo se desvaneció. ¿Qué sucedía? Las flores se abrían; una alfombra inmensa de verde hierba se extendía hasta el horizonte; la llovizna era suave; la vida era un regocijo.

Por fin, Qingyü despertó. ¡Oh, todo había sido un sueño! Se había quedado dormida durante el día bajo la caricia de una brisa suave y fragante. Al despertar de golpe, se asustó, se asustó por el contenido de su sueño. Desde entonces, pasaba más tiempo arrodillándose delante del Bodhisattva de la Misericordia para pedirle la salvación de su espíritu. Al hacerlo, le temblaba todo el cuerpo por el nerviosismo. Por lo pronto, había dejado de contar monedas para dormir, porque se daba cuenta de que no servía de nada. En repetidas ocasiones no pudo conciliar el sueño durante toda la noche. Se levantaba de la cama de vez en cuando para averiguar si la puerta estaba bien cerrada, o el candado bajo llave. Siempre, al sentir inseguridad, llamaba a su perrito para que viniera a su lado y se sentara más cerca. El Leopardito le ofrecía compañía y seguridad. A veces, se subía a una silla cerca de la ventana para ver y escuchar, con el fin de detectar algún sonido

extraño o averiguar si alguien ajeno estaba afuera, pues recordaba que hacía apenas unos días, por la noche, alguien había lanzado un objeto por la ventana que había caído en el suelo de su cuarto. Qingyü se asustó, se acurrucó en un rinconcito de la habitación, inmóvil, controlando la respiración con el temor de que esa cosa se moviera, saltara de repente o se arrastrara hacia su cama y hacia ella misma. Afortunadamente, el Leopardito apareció en ese preciso instante y se lanzó sobre la cosa intrusa en ayuda de su ama. La agarró con sus patas delanteras, la olió con su nariz húmeda, aulló un poco y luego se fue por el agujero de la puerta. Se fue sacudiendo la cola para indicar que no había indicio de peligro. Qingyü se quedó inmóvil fijando la atención en la cosa sin saber que hacer. Después de un rato, pudo verla mejor gracias a la luz de la Luna. Era algo redondeado, largo, lo que despertó de repente su curiosidad. Cautelosamente se acercó a la cosa, la tocó con dos dedos, y los retiró inmediatamente. Al tocarla, la cosa no se movió. Al mirarla más de cerca, notó que no era nada especial, sino una mazorca de maíz tierno. ¿Por qué la arrojarían a su cuarto? De pronto, se dio cuenta de que alguien lo había hecho para mostrar su... ¡Un maleducado! “¡No sabes que soy una mujer que guarda castidad! ¡Deberías habérselo ofrecido a tu hermana o a tu nuera, o alguna pariente tuya...! Pero a mí, una mujer ajena a ti, y virtuosa, ¡no!” Al mismo tiempo, se sentía avergonzada por esta ofensa, o mejor dicho, por este insulto. Al pensar en ello, sentía que la mejilla y el cuello la quemaban. Se sentía tan avergonzada e insultada que hasta las puntas del cabello se le habían puesto rojas. Al mismo tiempo, ¡le palpitaba tanto el corazón! Finalmente cobró valor, y con tremenda ira le dio un puntapié a la mazorca y la aventó hasta un rincón de la pared de su alcoba. Un odio acervo le subió a la cabeza. No obstante, decidió recogerla del suelo, y volvió a la cama con ella, la apretó contra su propio cuerpo por un momento, y terminó por comerla bocado a bocado.

—¡Oh, es un fruto bien dulce, jugoso y sabroso...!

Había llegado el verano. Reinaba un calor cada vez más sofocante en el patio trasero. Desde el alba hasta el anochecer, las cigarras cantaban con impaciencia bajo las anchas hojas de las palmeras,

en el patio quemado por el sol. De día, Qingyü se sentía contenta y segura de sí misma, a lo mejor por el estímulo del calor. Permanecía sentada, debajo de un gran banano, zurciendo, bordado, remendando... Bordaba fénix, patos, peces, mariposas que volaban en parejas. Todos iban juntos, el macho con la hembra, volando ala con ala; los pececillos en pareja, nadando lado a lado. Sin embargo, ella estaba sola, sin nadie más que el Leopardito de compañía. Por el calor, se había quitado la chaqueta y las vendas del pecho, y solamente se había quedado con una blusa ligera de seda, con el cuello abierto. Sus dos senos salientes y redondos eran evidentes delante de su pecho, debajo de su blusa medio transparente. "Esas cosas crecieron en mi pecho y no me las puedo quitar", pensó resignada, "además, no van a salir volando". Para relajarse un rato, se puso de pie extendiendo los brazos y las piernas. Por entre las tupidas hojas de unos arbustos, dirigió su mirada hacia el noreste, donde se hallaba el aula en la que el maestro Wu daba clases a los niños.

Era mediodía y, como siempre, en ese preciso momento, él acababa de terminar de dar un curso. Al asignarles a sus alumnos la tarea de caligrafía, se paró en el umbral de la puerta, y también dirigió su mirada hacia donde estaba Qingyü. El jardín era pequeño. A pesar del follaje, todo se podía distinguir nítidamente, y los dos empezaron a entablar contacto con la mirada. Desde hacía tiempo, Qingyü y el señor Wu se habían estado viendo de esta manera: él bajo el alero del aula, y ella, desde los palmeros. Sus miradas se hallaban bañadas de mil sentimientos afectivos y amorosos. Al principio, evitaban el contacto directo de sus ojos; pero los dos se habían vuelto cada vez más valientes, y ahora sus miradas eran cada vez más directas y expresivas. Con el paso del tiempo, estos contactos diarios a larga distancia se volvieron insuficientes. Además, el encuentro de sus miradas es cada vez más largo. Olvidando el cansancio que provoca estar de pie durante varias horas, los dos experimentaban sentimientos que habían deseado por mucho tiempo. Oh, ambos habían empezado a admirarse con tanta prudencia y vehemencia, como si fueran dos plantas que hubieran crecido en una tierra desértica y rocosa; al

recibir el primer rocío del amanecer, inmediatamente, sus corazones cobraban una nueva vida. Si por alguna razón, un día, el señor Wu tenía que ausentarse de la clase, Qingyü se sentía sumamente deprimida, y daba vuelta tras vuelta en el jardín, como si buscara un objeto extraviado; perdía el apetito y las ganas de comer. Si no fuera por la interrupción del Leopardito y de los dos niños, alumnos del maestro, o por las esporádicas visitas de los señores don y doña Xiao, los dos se habrían quedado clavados allá en el jardín como dos lápidas de piedra, dos palmeras con frutos de amor en el suelo, sin poder darse cuenta ni del tiempo ni del espacio. O simplemente parecerían dos mariposas, macho y hembra, volando hacia el arco iris, como las del famoso cuento amoroso *Liang Shanbo y Zhu Yingtai*.

Un día, Qingyü se encontraba bajo del banano, mientras bordaba una pareja de pajaritos. Traía su blusa de seda con el cuello abierto. De pronto, notó que los niños y el maestro habían suspendido la recitación de los poemas. Más tarde, sin saber cómo, sintió unos pasos que se le acercaban. No se dio cuenta de que se trataba de un hombre, hasta que, por la parte inferior de una larga túnica, aparecieron ante sus ojos un par de zapatos negros de tela. Bajó la cabeza como si no hubiera escuchado nada, como si no hubiera visto nada, pues era el señor Wu quien se le acercaba. ¡Cómo se atrevía a venir aquí, tan cerca! ¿Dónde se hallaba el Leopardito? ¿Estaba refrescándose, debido al tremendo calor? Allá, en el jardín, sólo se oía el coro del verano de las cigarras. Olvidando o ignorando los rituales de un erudito en el tratamiento cordial hacia las mujeres, el maestro recorrió con su mirada el cuello de Qingyü y siguió hacia abajo. Finalmente, se detuvo en un par de tesoros, tan blancos como la porcelana, tan salientes y tan tiernos, que se hallaban decorados con dos grandes ágatas violetas en sus puntas... Mientras tanto, Qingyü se quedó como si se hubiera embriagado, como si no se hubiera dado cuenta de nada. Hizo como que prestaba atención al trabajo de su bordado de una pareja de pajaritos son-son... Luego, como si se diera cuenta de algo anormal, clavó de repente la aguja en la tela y cogió el pequeño banco en el que se encontraba sentada, se puso de pie de un salto, y echó a

correr hacia su alcoba como si fuera una cierva asustada. Quién sabe de dónde, el profesor había sacado valor para desafiar el protocolo que debía seguir un erudito decente en la relación entre hombre y mujer. “¡Oh, Buda mío!”, se dijo Qingyü asustada. El hombre, incluso, la persiguió al verla regresar al cuarto. ¿Cómo se atrevía a hacerlo? Para entonces, ella cruzaba la puerta de su alcoba, la cerró bruscamente, y le puso fuertemente el cerrojo. Después se echó en un sillón, casi asfixiada, sin aliento. Temblando de arriba abajo, vio entrar al Leopardito por el agujero de la puerta; siguiendo sus pasos, sacudiendo su gruesa cola, se detuvo y observó cómo le empezaron a correr las lágrimas por la cara, y un sudor frío por todo el cuerpo...

A partir de este suceso, Qingyü dejó de ver directamente al maestro Wu, y a su vez, evitó de mil maneras su mirada. Al pensar en el gran peligro que enfrentaría en el futuro, se asustó con el temor de que ambos fueran desastrosamente desacreditados en público, antes de cosechar los frutos de este sentimiento amoroso. “¿Cómo un erudito decente, sofisticadamente educado, tradicional en extremo, había sido capaz de hacer lo que había hecho! ¿De dónde habría sacado valor para mirar a una mujer casta de esa manera tan flagrante, tan atrevida? Si fuera realmente un hombre, habría aprendido la lección de la tía Quinta y su amante, el jornalero de la casa. Oh, ¡qué pecado! ¿Adónde van mis pensamientos tan locos?”

Sin embargo, el maestro la consideraba la mujer más bella del mundo y de todos los tiempos. ¿Quién más sería capaz de conseguir este título en la historia? Antes, su hermosura nunca había sido tan alabada. ¿Por qué la cuñada Tercera dijo eso? El señor Xiao el Cuarto solo dijo que era el jaspé de la familia. Sólo el señor Wu le concedía tan alto valor. Con sus veintitantos años de enconado estudio y trabajo, con sus experiencias como viajero, cuyas huellas habían cubierto tantos lugares de la Tierra, de seguro había visto y conquistado no menos doncellas de la aristocracia. Ya que era un hombre que había visto el mundo, al decir que era una belleza sin par, lo debería ser, no sin razón, ¿no?

Pensar en estos comentarios favorables acerca de su propia belleza, Qingyü se llenó de regocijo y satisfacción. Por haber guardado la castidad, había sido casi totalmente olvidada por la gente de este mundo, sobre todo, por la del sexo opuesto. Incluso era considerada inferior al Leopardito en su posición social. ¿Acaso no era así? El perro tenía derecho a salir, a cruzar cualquier puerta de la casa y correr por todas partes; pero a ella, ni siquiera se le permitía salir del patio trasero. El perro podía pasear por las calles y callejuelas, el campo, por las orillas del riachuelo y el borde del pozo; sin embargo, para ella, su alcoba era el único centro de actividad. Al perro se le permitía pelear y jugar con sus congéneres; pero ella ni siquiera los veía... Solo cuando cerrara sus ojos para siempre, y se despidiera de este mundo, después de haber cumplido con su función de mujer casta y pura, su nombre sería recordado por la gente. Entonces se lo darían a conocer al mandarín lugareño, para que, finalmente, fuera incrustado en una lápida de piedra dedicada a recordar sus grandes proezas. "Oh", pensó, "¡pobre de mí! Desde los diecinueve años de edad se me encerró en esta jaula. ¡Le debo tanto agradecimiento y respeto al señor Wu, quien me ha ofrecido simpatía, amor y calor humano!".

Cayó la noche, y el horizonte se cubrió con una gruesa cortina nocturna. Nuevamente, la luna llena arrojó su luz plateada sobre la cama de Qingyü. La Luna era el único ser generoso que le ofrecía lo que necesitaba, es decir, una esperanza de vida. Como en repetidas ocasiones, escuchó canciones de amor que salían detrás de las lejanas colinas. Estas melodías eran menos rústicas, y mucho más elegantes que antes. Melodías que realmente le sonaban bien al oído, y cuyas letras resultaban ser sinceras. Esta noche, el canto había durado más que nunca. Qingyü se impresionó y emocionó. Permaneció inmóvil, olvidando que los mosquitos la picaban sin cesar, y que los pies empezaron a entumecerse. Era una famosa canción popular de amor, intitulada "Te añoro, mi amor".

Montañeros, mis paisanos,
escuchen mis cantos de amor.

De día, canto hasta la llegada de la luz de la Luna;
de noche, hasta la puesta de las estrellas.

A la primera hora, en mi amor pienso.
Sueño que borda un ganso enamorado.
Me enlazan los hilos de oro y plata.
Las agujas pinchan el ganso,
y ha dejado de vivir.

En la madrugada pienso en ti
como el gallo antes de su canto.
Sueño en nuestra partida.
Me despierto a la luz de la Luna
y un sudor de escalofrío me moja.

A la víspera del alba,
te imagino tendida en el cielo confuso.
Los nubarrones cubren el cielo y los vientos lo sacuden.
En salir en tu busca, pienso;
pero el dios del Trueno
y la diosa del Rayo me cierran el camino.

Al alba, te imagino como los rayos del sol cubriendo el cielo.
En la pared está pintada una pareja de gansos
que nadan jugueteando en un riachuelo.
¿Vivirá alguien en tu corazón?

Cuando el sol se asoma, pienso en ti bajo del sol rojizo.
Niebla espesa cubre los altos picos.
Por los senderos de cada montaña camino
sin poder encontrar a mi amor.

Cuando el sol se alza pienso en ti con todo el corazón.
Me interno en la oscuridad del bosque.
Me acosan lobos, tigres y leopardos.
Escapo con vida, pero mi alma se ha ido.

Al mediodía, pienso en ti bañado en sudor.
A la sombra de una acacia me cobijo.
Un caballo muere de calor sobre el camino empedrado.

Al inicio de la tarde, pienso en ti,
 mientras el sol se mueve hacia el oeste.
 ¡Qué desolación la de un hombre solitario!
 Voy hasta el fin del mundo a encontrarte,
 pero cuando yo voy al este, tú vas hacia el oeste.

A media tarde, pienso en ti cuando se pone el sol.
 Verte en pijama de seda, no puedo,
 tu cama bordada se ha esfumado.
 Es por eso que nunca te encuentro.

Al caer la tarde, pienso en ti mientras oscurece.
 Al pie de la montaña me siento.
 Si la diosa de la luna me viera,
 sus lágrimas inundarían la tierra.

En la noche, pienso en ti abatido,
 entumecido por el frío.
 ¿Acaso he nacido en el momento equivocado?
 De tanto extrañarte, me enfermo.

A la medianoche, pienso en ti en el viento frío.
 Golpeo mi pecho y lloro de dolor.
 Si en esta vida no eres mía,
 iré al encuentro de la muerte en la montaña escarpada.

De pie, delante de la ventana, Qingyü se emocionó tanto con esta canción, que las lágrimas empezaron a correr por sus mejillas... ¿Quién cantaba? ¿Sería el erudito? ¿Tanto se había entregado al amor? ¿Debido a su apasionamiento no había aprobado el examen del distrito? Era demasiado sentimental para concentrarse en el examen. “¿Acaso no son suficientes nuestros encuentros del día?”, pensó. “Ahora, valiéndote de la luz de la luna como lámpara, me has visitado. En mis veintisiete años nunca había sido tan apreciada. Eres la mejor persona sobre la Tierra. Señor Wu, ten cuidado de no coger frío con el rocío del campo de la madrugada, no vayas

a faltar a tus clases. Oh, lo peor que podría sucederme es que no pudiera verte mañana. Oh, el hombre de mi corazón.”

Qingyü se echó a la cama y sollozó por largo rato. Al secársele las lágrimas, la asaltó un pensamiento: “¡Tengo que morir! No puedo hacer sufrir de amor al maestro Wu, ni tengo fuerzas para aguantar esta soledad.” Y se quedó con la mirada vacía, clavada en la viga del techo.

XVI

Un día, Che Ganzi trajo al Perfume Nocturno todo tipo de licores famosos del país, Maotai, Baisha, Daqü, y cigarrillos de marcas de renombre, Hibisco, Hoja Dorada, La Gran Puerta Delantera. Guihua se regocijó a más no poder al ver todas esas mercancías de primera clase amontonadas en su taberna. Con una sonrisa hasta las orejas, que hacía tiempo no tenía, Guihua saludó a Che Ganzi con una mirada llena de dulzura. Luego, cerrando la boca, le echó una mirada seductora muy sutil, pero lo suficientemente provocativa y evidente. ¿Qué hombre se resistiría ante esa actitud? Hasta un abstemio se tomaría una copa, solo por sentarse junto a ella.

No obstante, Che Ganzi no fue seducido por la mirada de Guihua. Con la cara exageradamente seria, sin mover los ojos, trasladaba caja tras caja de licor y cigarrillos desde su camión hasta el depósito detrás del mostrador. Al terminar la descarga, le entregó un recibo de quinientos yuanes a Guihua. Más tarde, ella le hizo mil preguntas sobre su salud, si había convalidado totalmente, si todavía se sentía débil, etcétera. Pero él se quedó callado sin mostrar ni un ápice de interés para respondérselas. Él la trataba con arrogancia, por lo menos, aparentemente, pues se portaba como si fuera alguien más importante que un simple chofer. Ignorando todo eso, ella puso la mesa, le ofreció té y cigarrillos, y le dio una jofaina llena de agua tibia para que se lavara la cara y las manos. Guihua le hizo un gesto con la boca, le lanzó una mirada indirecta, y le dijo:

—Hermano Che Ganzi. Toma asiento. Voy al patio trasero a despachar algún asunto, y pronto regreso aquí para decirte algo.

Che Ganzi se sentó a la mesa, extendió el brazo izquierdo para mirar la hora en su reloj de pulsera. Sin lavarse las manos en la

jofaina, empezó a tomar el té. Guihua no volvió al mostrador por mucho tiempo. Se oían ruidos, el quiquiriquí de los gallos y el guaguarigua de los patos. ¿Qué hacía en el traspatio mientras dejaba solo al chofer en la taberna? Él aún tenía cosas que hacer a lo largo del día. Che Ganzi se preguntó a sí mismo: “¿Crees que he venido en calidad de sirviente, jornalero o algo por el estilo, que tengo que esperar aquí tu propina? ¡Caramba!”

Afuera, ya había comenzado a llover a cántaros. La taberna se quedó vacía. No se veían rastros de clientela ni de nadie que viniera a resguardarse del aguacero. Impaciente, Che Ganzi por poco se va. “¿Estará cambiándose de ropa o arreglándose? ¿Y para qué? ¿Para quién?”, pensó un poco enojado. ¿Qué sensación más extraña! Antes de venir aquí, tenía tantas ganas de verla, y ahora, al encontrarse con ella en la taberna, se sentía nervioso e intranquilo.

Por fin, Guihua regresó del patio trasero con una gran bandeja de laca en sus manos. Oh, en ella había guisos de todo tipo: carnes, verduras, ¡hasta un pollo entero, cocinado al vapor! ¡También se dejaban ver a distancia dos gruesas piernas que salían del borde de una enorme vasija! Che Ganzi quedó sorprendido por la rapidez con la que ella había preparado esta cantidad de platillos. ¿Qué sorpresa, había matado una gallina, y había cocinado todos esos guisos en un abrir y cerrar de ojos! Che Ganzi levantó la vista, y por primera vez vio directamente a Guihua, cuya cara era muy blanca y estaba chapeada. Quizá se había maquillado. Además, al atarse el delantal a la cintura, se hacían más salientes sus senos y más estrecha su cintura. Mientras se acercaba a la mesa para servir la comida, sus impresionantes senos se movieron debajo de la blusa, con sus pezones como dos botones. Che Ganzi tenía la garganta seca y empezó a toser un poco. Dijo.

—Maestra mía, no te portes demasiado cortés conmigo.

—¿Y cómo voy a dejarte ir hambriento y cansado?

Acto seguido, ella puso uno por uno todos los platos en la mesa, y se sentó frente a él. Sin poder mantener por más tiempo su actitud a la defensiva, Che Ganzi empezó a correr su mirada de arriba abajo por ese atractivo cuerpo femenino. No obstante, ahora fue

Guihua quien estuvo inconmovible. Evitando la mirada de Che Ganzi, ella clavó la suya en la mesa y los platos.

Che Ganzi sorbió un trago de licor. Al gozar de su sabor exquisito, sintió caluroso el cuerpo y cálido el corazón. Sin prestar atención a lo que decía, dijo distraídamente:

—Mi dueña, me tratas como a alguien ajeno, un huésped o un invitado importante...

Guihua respondió.

—¿Quién te trata como extraño? Eres tú el que se comporta así —sin levantar la mirada para verlo, ella inició su ataque seductor y sorpresivo—. Pues cada quien tiene sus propios problemas en la vida, ¿no crees? A veces, quién sabe por qué, nosotros, los seres humanos, nos maltratamos a nosotros mismos. ¿No es así, hermano?

Che Ganzi suspiró como si se hubiera conmovido con estas palabras.

—Sírvelte sin cumplidos. Estos platos no son para decoración, sino para que te los comas.

Entonces vinieron las quejas de la mujer, pues, a veces, hasta las quejas de una mujer son suaves, aceptables y cómodas para el hombre, ¿no?

—Estoy cambiando. No quiero que te burles como si yo fuera un lobo hambriento que no ha comido en tres años.

Al relajarse y sentirse más a gusto, Che Ganzi empezó a bromear y a portarse más familiar y jovial.

—Sírvelte. Eres un chofer, no tienes por qué ser tímido y formal.

Dicho esto, Guihua cogió una pierna de pollo muy grande y la puso en el tazón de Che Ganzi. Acto seguido, éste, a su vez, sacó con sus palillos la otra del plato, y la puso en el tazón de Guihua. Mientras tanto, dijo:

—Es para ti, hermana. Ahora el hombre y la mujer somos iguales, ¿no?

Che Ganzi se sintió cada vez más relajado y ablandó su trato hacia ella. Al ver la pierna de pollo en su propio tazón, Guihua le lanzó una sutil protesta.

—Soy yo quien cría estos pollos, y me los sirvo por mi propia cuenta. Sírvelte sin cumplidos, hermano.

Al sentirse menos nervioso y con más valor, Che Ganzi dejó de usar los palillos. Al ponerlos en la mesa, agarró una pierna de pollo con ambas manos, y empezó a saborearla con más libertad y a grandes bocados. Guihua, a su vez, escondiendo su regocijo, todavía estaba clavando su mirada en los platos, en las copas que se hallaban frente a su invitado. Al ver que él se acababa la primera pierna, le sirvió la que Che Ganzi le había puesto en su tazón, la cual se hallaba intacta.

—Por favor. No, no, no, no lo puedo aceptar.

—¿Por qué no? Las piernas de pollo le dan más fuerza a tus manos. Así podrás manejar el camión con más destreza, ¿no?

“Oh, la fuerza no solamente la adquieren mis manos”, pensó Che Ganzi, “sino que también se pasa a otra parte de mi cuerpo...” Después de tomar unas copas, él no sólo se había relajado, sino que se sentía un poco bruto; pero únicamente de pensamiento, por lo que dejó escapar estas atrevidas ideas. Se controló inmediatamente para impedir que su boca dijera lo que estaba pensando. En boca cerrada no entran moscas. Frenó su hilo de ideas al darse cuenta de que, de todos modos, aunque ella fuera de su misma edad, era la viuda de su maestro. Siguiendo las convenciones, no se podía hacer ni deshacer, ni decir y desmentir a su albedrío frente a ella.

Una vez satisfecho, Che Ganzi asomó su cabeza por la puerta principal para ver cómo estaba el tiempo. Era todavía temprano, pero seguía lloviendo. Al darse cuenta de que el hombre tenía algo en su mente que no podía revelar por el momento, Guihua, para no presionarlo más, le dijo:

—Cuídate mucho en el camino, hermano.

—Debido a las lluvias de estos días, la carretera de terracería se encuentra en muy malas condiciones.

—Lo sé. Pero no te apures, no tienes que irte ahora.

—Sólo que, si me quedo aquí, no tengo ropa para cambiarme...

—Yo tengo. Es de tu maestro, hermano. No será la primera vez que la uses, ¿no?

—Entonces, déjame darme un baño primero. Por tanto correr por los caminos polvorientos, los choferes nos ensuciamos fácilmente. Eso a la gente le molesta.

Sin proponérselo, Guihua hizo un ligero movimiento de alegría con la boca apenas perceptible. Acto seguido, se fue al patio trasero a hervir agua. Al caminar por la tierra húmeda y medio fangosa del patio, dejó unas huellas amarillentas bien marcadas en el suelo.

El licor le dio más valor y agresividad a Che Ganzi, y ya no pudo apartar su mirada del hermoso cuerpo de Guihua: los senos convexos como dos colinas, la cintura estrecha y la cara roja y sana...

—Ya está lista el agua. La bañera y la ropa están en el corral de los puercos.

Che Ganzi fue al patio a bañarse, y Guihua se quedó en la taberna para limpiar la mesa y lavar los platos. Dos niños vinieron a la taberna por salsa de soya. Cuando oyeron el ruido del agua, dirigieron sus miradas hacia el patio trasero para ver qué era lo que sucedía. Guihua los conocía, pues eran hijos de Wu, la representante de la federación de mujeres.

—Hermana, el agua se está enfriando. ¿Podrías darme medio cubo más de agua caliente? —gritó Che Ganzi desde el patio.

Guihua despachó a los niños, y cerró la puerta de la taberna antes de ir por más agua. Se encontró con que Che Ganzi no estaba en el corral de puercos, sino delante de un muro del patio. Había mucha tierra amontonada en el corral y, de seguro, le había impedido el paso a Che Ganzi. De pie y únicamente con el calzoncillo puesto, el hombre se estaba echando agua en el cuerpo de arriba abajo. ¡Oh, realmente era un joven tan fuerte como un toro! Al verlo, a la mujer se le tiñó nuevamente la cara de rojo, y bajó enseguida la cabeza, mientras decía.

—¿Cómo puedes bañarte aquí, en un lugar tan abierto?

—Hermana... ¿Te molesta ver mi cuerpo? Me han dicho que en las playas de veraneo, tanto los hombres como las mujeres se visten así, en parejas, o tomando el sol o nadando en el mar o escondiéndose debajo de unos quitasoles inmensos...

Al escucharlo, Guihua se dio cuenta de que Che Ganzi había cambiado de tono al tratarla. Antes había estado tan tímido y cohibido, y en ese momento, se había vuelto agresivo y había perdido un poco la vergüenza. Sin hacerle caso, Guihua fue otra

vez por agua caliente. Al regresar con ella, se la ofreció cabizbaja, dio una vuelta rápida, regresó al portal, y se apoyó en el marco de la puerta trasera para contemplarlo de lejos.

—Hermana, hermana, ¿podrías darme una toalla seca?

—¡Pides demasiado!

—Lo que quiero es que me veas de nuevo.

—¿Acaso no te he visto así, medio desnudo?! Aja! ¿Ya se te olvidó que cuando te enfermaste y te dormiste como un tronco en mi casa, fui yo quien te limpió todo el cuerpo y te cambió de ropa? Por fuertes que sean, ¿acaso tus músculos se pueden comparar con los del monje Tang? Según la leyenda que he escuchado, al comerlos, uno puede obtener la longevidad.¹ Los tuyos, en cambio, hermano sinvergüenza, no sirven, sino para conducir el camión. Ja, ja...

—Lo que necesitamos es la fuerza, hermana, para hacer el...

—No digas más, hombre.

Guihua hizo como si estuviera enojada, y regresó a la taberna para abrir la puerta, pues el negocio todavía le importaba. Afuera, ya había caído la noche. Reinaba una oscuridad absoluta, lloviznaba, y se oían truenos a lo lejos, allá, en el horizonte.

Che Ganzi tardó más de media hora en volver a la tienda. Después de haberse bañado y cambiado de ropa, el hombre se veía con vitalidad y vigor. Vio entonces a Guihua, sentada frente al mostrador. Estaba triste, medio enfadada, sin querer dirigirle la mirada. Acto seguido, oyó que le dijo.

—¿Dónde pusiste tu ropa sucia?

—La lavé y la extendí sobre una caña de bambú en el patio.

—Se nota que eres un hombre solo: ya te acostumbraste a lavar tu ropa, ¿verdad?

—¿Quién puede echarnos una mano a los pobres solteros?

Conmovida por estas palabras, Guihua finalmente levantó la cabeza para verlo.

¹ El monje Tang es un personaje de la novela *Viaje al oeste*, quien fue a buscar sutras budistas a la India. La leyenda está basada en una historia verdadera de la dinastía Tang.

Al darse cuenta de que sus palabras hacían eco, Che Ganzi cobró confianza en sí mismo y dijo.

–Voy a dormir esta noche en el camión.

–Pero, está lloviendo.

–Puedo dormir en la cabina de conducir torciendo el cuerpo como un camarón frito.

–Haz lo que quieras; pero bien sabes que tengo una cama extra en el piso de arriba, con una sábana recién lavada.

–¿Vas a asegurar la puerta de tu cuarto para dormir?

–Depende.

–Hermanita...

–¿Qué?, ¿hay algún inconveniente? ¿No te sientes bien?

–Sólo tú puedes curar mi mal...

–Pórtate bien, hombre.

–Guihua, es que tengo tanto que decirte. He estado pensando...

–Si se trata de aquel asunto, tienes que hablar con el director Xiao.

–¿Te parece bien que le pidamos que sea nuestro casamentero? ¿Todavía necesitamos un casamentero para el matrimonio?

–Claro que sí. Así es la regla, así es nuestra costumbre. Tenemos que hacer todo abierta y decentemente, siguiendo la tradición de nuestro pueblo. ¿Ya se te olvidó que, justamente aquí, se encontraba la Callejuela de las Mujeres Virtuosas, con quince lápidas, ni más ni menos, dedicadas a las mujeres que conservaban la virtud?

–Es una tradición caduca, hermana. Según el director Xiao, es una convención feudal. Esas lápidas solo servían a los déspotas locales, quienes las alzaron en memoria de su propia virtud e interés, en vez de rendirles homenaje a estas pobres mujeres, víctimas de esta repudiada tradición. Pero, al mismo tiempo, esa gente de poder siempre acudía al prostíbulo. ¿Sabías?

–A mí no me gusta hablar mal de la gente.

–Tampoco creas que es lo único que me gusta hacer.

–Ya que a ti te gusta conducir, quiero que vayas a hablar con el director Xiao sobre el asunto.

–¿Ahora? Es muy tarde...

-Entonces, esta noche no ocurrirá nada. ¿Me entiendes?

Che Ganzi se acostó en la cama del piso de arriba. Guihua dejó cerrada la puerta que daba entrada a la planta baja; pero no lo hizo bajo llave. No obstante, la puerta de su alcoba sí la cerró con candado, tan herméticamente, que no entraba ni una mosca, como lo constató Che Ganzi más tarde. Tendido en la cama, se quedó toda la noche sin poder dormir; algunas veces, por los nervios, se le ocurrió incluso, golpear el piso con el puño.

XVII

Mirando la viga que se extendía horizontalmente en el techo, Qingyü, echada en la cama, se hallaba confundida, perpleja. Al lado de la puerta, debajo del alero, se encontraba una soga de cáñamo que servía para colgar la ropa. De pronto, al verla, una idea cruzó por su cabeza como un relámpago: “¿Por qué no termino con mi vida de una vez para siempre? Todo es cuestión de amarrar la soga a la viga por un extremo; hacer un círculo en el otro; poner un banco; meter la cabeza en el círculo; tumbar el banco, y ¡listo!: me cuelgo, tal como lo hizo mi madre.” Eso había sucedido antes de que Qingyü se viniera a vivir a esta casa. La vio con sus propios ojos. Se había suicidado colgándose de una viga. Cuando la bajaron, su cuerpo estaba completamente frío. La pobreza y desesperanza la hicieron tomar este camino para acabar con esta vida miserable y sin vida.

Su padre era adicto al opio, y Qingyü recordaba vagamente que, incluso, en ese entonces, cuando se acababa la comida necesaria para matar el hambre de los miembros de la familia, había llevado las joyas de su madre a una casa de empeño para poder comprar la droga narcótica. Antes de que su madre muriera, siempre la oía decir que no valía la pena vivir con tanto sufrimiento. Al irse al otro mundo, había acabado con todo tipo de tristeza, dolor, frío, hambre... y tantos otros sufrimientos del mundo humano...

Ahora, Qingyü pensaba lo mismo. Pues, ¿quién se preocupaba por ella? La soledad era lo único que le quedaba. ¿Y en dónde estaba el amparo humano? Su único compañero fiel había sido, era y sería el feroz Leopardito, quien la custodiaba y protegía de día y de noche. ¿Quién más la quería además de él? No obstante,

desde que se abriera la nueva escuela en la casa, el señor Wu le había dado algo especial a su vida. Era él quien la apreciaba, cuidaba y adoraba. Hasta la había llamado “belleza sin par en el mundo”. Ese erudito, alto y delgado, que estaba allá, de pie, bajo del alero de la sala que servía de aula, era él quien, después de las clases, se clavaba allí para mirarla sin parpadear, para contemplarla fijamente. Era él quien le cantaba una sonata nocturna y romances en la colina detrás de la casa del señor Xiao. Era él quien le daba calor humano, amor, dulzura, y le brindaba, además, algo de significado a su vida... Pero ella, como presa espiritual y física de esta jaula, esta cárcel, no tenía derecho, siquiera, a salir del patio trasero ni a cruzar los altos muros que rodeaban la casa, ni tenía, mucho menos, el derecho de cantar una simple canción de amor. Si el señor Wu realmente quisiera hacer algo para llevar a cabo este romance, debería ayudarla a escapar de esta lujosa cárcel. ¿Pues cómo podría ella salir del Arenal y escapar lejos de aquí? ¿Cómo podría atravesar la cordillera Cúspide Celestial con sus pies deformes y los dedos retorcidos debajo de las plantas de sus pequeños pies? Oh, sin embargo, el señor Wu era tan débil físicamente, que le sería difícil llevarla a escondidas para huir como lo hiciera el amante de la tía Quinta. ¿Cómo podía comparar a este intelectual, ratón de biblioteca, con aquel bracero de la tía Quinta, quien era tan fuerte como un toro? Pero, suponiendo que huyeran, y Qingyü fuera capturada, no sufriría otra cosa que insultos, denigraciones y difamaciones en público, y el señor Wu pagaría las consecuencias: sufriría un fuerte castigo físico, incluso, a riesgo de la muerte.

“Oh, señor Wu, por favor, no vuelvas a mirarme, ni de día ni de noche. No vayas al monte detrás de la casa a cantar más canciones de amor. Entre nosotros, hay una barrera insuperable, un acantilado abrupto, un río tan profundo y tan ancho como el del Arenal de las Ocas Amorosas; una montaña tan alta como la Cúspide Celestial. Yo rezo para que, en la próxima vida, estemos juntos, aun si tengo que renacer como una vaca o como una yegua.”

Qingyü lloró toda la noche. Ni el bondadoso y mil veces misericordioso Buda podía ayudarla a salir de sus miles de sufrimien-

tos, ni las sutras budistas le habían servido para huir del oscuro laberinto de la vida. A la mañana siguiente, cuando estaba desatando la soga de cáñamo del alero, vio llegar a la cuñada Tercera, quien acaba de regresar de su visita a la casa de sus padres. Al verla, la cuñada Tercera le dijo con amabilidad:

–Hermana, ¿por qué estás desatando la soga?

–La necesito para algo importante...

–Si es para secar los pañuelos, te traigo una nueva.

–Me da igual.

La cuñada Tercera no era tonta, aunque cuando hablaba daba esa impresión; pero su mente era muy ágil. No le fue difícil captar el estado de ánimo deprimido de Qingyü, pues su cara pálida y su mirada aturrida ponían de manifiesto una mente confundida. ¡Se veía que estaba sufriendo una gran depresión! Al notar su estado, inmediatamente se percató de que algo horrible le sucedía.

–Oye, hermana. Dime qué te pasa, qué es lo que te molesta; pero ni creas que te voy a permitir que... De ninguna manera puedes cometer esa tontería...

–Quiero estar con mi madre. Madre e hija deben estar juntas.

Al decir esto, clavó su mirada en la cuñada con el alma perdida.

–Déjate de locuras. Tu mamá falleció hace tiempo. ¿No?

–No. Ella todavía existe para mí; está esperándome en el otro mundo.

Para la cuñada Tercera eran evidentes las intenciones de la joven.

–¡Qué tonterías estás pensando! ¡Qué demonio se ha apoderado de ti!

La cuñada Tercera se le acercó y le dio dos sonoras bofetadas en ambas mejillas. De inmediato, a Qingyü le aparecieron en la cara las rojas huellas de los diez dedos de su tía. Extremadamente conmovida y fuera de control, Qingyü se echó a llorar y se lanzó a su regazo con el cuerpo tembloroso. La cuñada Tercera la llevó en brazos a la alcoba, mientras le decía con un tono suave y persuasivo.

–¿Cómo puedes tratarte de esa manera? ¿Sabes que los que se ahorcan se van al infierno, y los cuelgan de unas rocas negras?

Arriba, solo se ve el cielo azul, límpido, y abajo, un acantilado sin fondo. No se puede ni subir ni bajar. Un viento violento, frío, sopla sacudiendo los cuerpos colgados en lo alto, mientras unos demonios les lanzan flechas venenosas, y unas águilas de cabeza blanca los picotean para sacarles la carne. Todos los suicidas quedan colgados en el infierno por años y años, para toda la eternidad...

—Deja de hablar así, por favor, me asustas. Ya no voy a seguir el camino de mi madre...

Qingyü abrazó fuertemente a la cuñada, como si su vida dependiera de ella. La sostuvo para sentirse segura, para que no se apartara de ella, como si fuera el Buda de la misericordia, al que imploraba cada noche.

—Dime, dile a la cuñada Tercera: ¿es el señor Wu quien te preocupa?

Qingyü sacudió la cabeza aún con lágrimas en los ojos.

—¿Es que te has enamorado de él?

Qingyü sacudió nuevamente la cabeza.

—Ahora lo comprendo. ¡Se han enamorado!

Qingyü escondió la cara entre los brazos de la cuñada, sin poder dejar de llorar. Grandes gotas de lágrimas corrían sin cesar por sus mejillas. La cuñada, acariciándole los cabellos y los hombros, también dejó caer sus lágrimas. Dijo sollozando.

—Pobrecita mía, de veras esta es una vida sin vida. El amor entre ustedes es una cosa seria. Voy a hacer todo lo posible para ayudarte. Solo temo que tomes el mismo camino de la tía Quinta...

Las lágrimas habían juntado los corazones de las dos mujeres que ahora palpitaban al unísono. Las dos se hallaban igualmente solas, igualmente encerradas entre cuatro paredes como dos pájaros que viven en la misma jaula, y comparten su soledad.

Desde ese día, la cuñada Tercera empezó a venir al patio todos los días; pero sin ir a la sombra del banano a acompañar a Qingyü en sus bordados. Siempre que el señor Wu terminaba de dar sus clases, la cuñada traía un tazón de comida para el perrito y lo encerraba en el cuarto para que comiera, de manera que no perturbara el encuentro amoroso. Con el calor sofocante del exterior, el perrito se quedaba perezoso, y se contentaba con quedarse

encerrado en la alcoba de su dueña para gozar de la comida y la frescura. Luego, la cuñada Tercera entraba al aula para jugar al escondite con los niños, corriendo con los ojos tapados con un pañuelo.

El señor Wu y Qingyü eran adultos, así que la cuñada Tercera no tenía de qué preocuparse. Después de todo, era apenas la restitución de un trozo del tiempo que ellos habían pasado encerrados. Sus planes no eran asunto suyo. Al ver a la pícara Qingyü, la veía cada vez más bella, más atractiva; realmente se parecía a alguna belleza de las que solían aparecer en los cuentos. No sin razón el señor Wu la llamaba belleza sin par en el mundo, pues Qingyü se lo merecía.

El séptimo día del séptimo mes del calendario lunar era el momento más caluroso del año. La primera cosecha de arroz había entrado al granero, y la hoz había sido colgada en la pared para tomar un breve descanso. Bajo el alto cielo otoñal, frío y transparente, uno se acostaba a mirar al pastor y la hilandera. Se decía que, ese día, todas las urracas del mundo se juntaban en el cielo para construir un puente que atravesara el Río Plateado,¹ de manera que se reunieran una vez al año el pastor y la hilandera, quienes habían sido separados por la Madre Celestial hacía mucho tiempo... Como de costumbre, esa noche, las mujeres jóvenes y los niños se escondieron debajo de las cercas cubiertas por las plantas de frijoles y melones. Bajo la luz de la luna, según se decía, se podía ver cómo las urracas construían el puente, y oír los susurros de las conversaciones secretas entre los amantes. ¿Para qué estaban tan interesados en escuchar las pláticas privadas de amor entre los jóvenes enamorados, quienes solo podían verse una vez al año? Después de contemplar esta "cita celestial", empezaban las fiestas del Puente de las Urracas para que las parejas de la Tierra también se reunieran. En ese momento, todo el mundo tenía la libertad de comer cualquier fruto que quisiera y pudiera encontrar. Durante esta noche, tomar los frutos del huerto ajeno no era un acto ilícito...

¹ La Vía Láctea.

Precisamente el séptimo día del séptimo mes de ese año, sucedió un acontecimiento terrible en la casa del señor Xiao que dejó huellas imborrables, misteriosas, en la historia del pueblo y en la memoria de todas las generaciones venideras. La cuñada Tercera había ido otra vez a visitar a sus padres a su tierra natal para asistir a la boda de su hermana. Antes de su partida, no se olvidó de sugerirle a Qingyü que tuviera mucho cuidado con el Leopardito, que lo cuidara y alimentara, y que no se olvidara de los pillines, Niño de Otoño y Niño de Invierno.

Justamente ese día, después de terminar las clases matutinas, el maestro Wu les dejó a los niños un ejercicio de caligrafía de quinientos caracteres chinos, y les ordenó que no salieran del aula sin terminarlo. Al mismo tiempo, Qingyü acababa de darle de comer al perro. Pero, como ya hacía fresco, al Leopardito no le agradó estar encerrado en el cuarto, sino que quiso correr por el patio. Se dice que, a veces, el perro es más sensible que nosotros, los seres humanos. Según la leyenda, el corazón del perro es muy “blando” porque está hecho de arcilla. Es por eso por lo que pueden oír sonidos muy lejanos e identificar todos los olores de humanos y bestias. Aquel día, después de comer, enfadado de estar enjaulado, con sus patas y hocico echó abajo la cubierta del agujero de la puerta; salió al patio, y corrió por todas partes oliendo algo o a alguien. Después de dar tres vueltas por el jardín, volvió nerviosamente a la alcoba de su dueña. Sin dejarse oír, entró sigilosamente y empezó a atacar ferozmente a un hombre. Lo mordió como un lobo que ataca un tigre, y finalmente lo agarró y lo jaló hasta el patio. Este hombre no era otro que el señor Wu, quien fue arrastrado totalmente herido de arriba abajo, y bañado en sangre. Qingyü se quedó en su cuarto aterrada sin saber que hacer.

Los ladridos del perro y los gritos de socorro del maestro alarmaron a los jornaleros y sirvientes de la casa, a los señores don y doña Xiao, y a las sirvientas, quienes se precipitaron a la escena. No obstante, era demasiado tarde. El señor Wu Chaoqing yacía gravemente herido en el suelo. El ataque del Leopardito finalmente fue interrumpido por los que presenciaban el incidente, y lo echaron del patio. Al ver la grave situación del maestro, todos quedaron

boquiabiertos, aturdidos, sin saber qué había pasado ni qué hacer. Pero el señor don Xiao el Cuarto, experimentado en las mil vicisitudes del mundo, estaba muy calmado y tenía la mente bien clara. En vez de dirigirse a los presentes, condujo su mirada hacia la alcoba de Qingyü; se adelantó para dar un puntapié a la puerta del cuarto, y acto seguido, de un salto, entró en él. Ahora todo el mundo podía ver nítidamente el interior de la alcoba. Qingyü se hallaba sentada al borde de su cama, vestida decentemente, bien arreglada y con los cabellos bien cepillados; pero asustada. Sudaba y temblaba. No respondió ninguna pregunta que se le hizo. Se quedó muda, con la boca cerrada, incapaz de responder. Entonces el señor Xiao les gritó decidido y sin vacilación a los testigos:

—Ya la han visto todos. Mírenla bien. Nuestra Qingyü es casta e inocente ante cualquier acto indigno. Veán ustedes, hasta su ropa está bien arreglada, ¿no? Pero esta bestia, disfrazada de maestro, en realidad es un bandolero, un ladrón de mujeres. ¡Maldito sea mil veces! Este pecador ha tratado de denigrar y difamar a mi familia con su inmoral acto seductor. Vengan muchachos. ¡Castíguenlo, péguenle, sáquenlo de aquí, tírenlo al río, dejen que se lo coman los perros salvajes. Abran el altar y ofrezcan ofrendas, frutas, monedas de papel dorado e inciensos a nuestros ancestros! Solo las familias que se comportan propiamente tienen descendientes filiales. Por eso quiero que todos, sin excepción, hagan postraciones ante las tablillas funerarias de nuestros antecesores.

Más tarde, lanzaron al señor Wu a la orilla del río. Su cuerpo herido quedó expuesto al aire libre; tirado en el suelo; pegado a la arena, a las piedras redondas, frías, duras, multicolores... sin hierba que lo cubriera ni gotas de rocío matutino que lo bañaran. Allí, además de él, no había, sino perros salvajes, liebres juguetonas que corrían sin rumbo por todos lados. Unos perros aparecieron delante de él; sin embargo, al ver que el hombre todavía estaba vivo, que sollozaba, respiraba con dificultad y sangraba por todas partes, perdieron el interés de darle una mordida. Esta triste y sucia figura no les abrió el apetito. No llegó nadie en su ayuda hasta el día siguiente, cuando la gente de su pueblo natal se enteró de lo sucedido. Sus paisanos lo llevaron de regreso a su aldea.

Como algunas de las heridas eran de gravedad y se encontraban en zonas vitales, ni las medicinas herbarias ni los tratamientos tradicionales le sirvieron. ¡Cómo podría aguantar un débil erudito tantos y tan crueles ataques físicos! Finalmente, Wu dejó marchitar su joven vida en este mundo estrecho y ajeno. Su alma, junto con sus hermosos cantos amorosos “Añoro a mi hermanita”, se fue de este mundo, incapaz de subir tan alto como el cielo. Lo más probable es que se hubiera condenado al infierno. Este cuento de amor ha sido transmitido en el pueblo de generación en generación a lo largo del río Oda a la Oca, y ha sido difundido por todas partes, delante y detrás de la cordillera Cúspide Celestial.

En el clan de Wu no faltó quien se propusiera acusar a la familia de Xiao el Cuarto y llevarla a la justicia. ¿Cómo se le permitía al perro guardián matar a un erudito inocente e inerme? No obstante, el asunto era más complicado. La gente que llevaba los apellidos Xiao y Wu había convivido ya por generaciones en este lugar, y había compartido el mismo principio moralista y la misma calle dedicada a las mujeres castas. Todos sabían a ciencia cierta que no valía la pena sembrar más odio por la simple muerte de un pobre erudito de pueblo. Además, ¿quién sabía cómo, cuándo, dónde y por qué lo había mordido el perro? ¡Caramba!, era verdaderamente difícil justificar esta acusación. Los únicos que sabían lo sucedido eran el maestro Wu, quien estaba muerto; el perrito, que por muy inteligente y conocedor de los sentimientos humanos que fuera, no sabía hablar nuestro lenguaje, y Qingyü, quien nunca más volvería a abrir la boca.

XVIII

Acababa de aparecer una caja rectangular negra en la taberna Perfume Nocturno, regalo traído por Che Ganzi de la cabecera del distrito. ¿Qué había adentro? Pues hilos de todo tipo y de todos colores, entrelazados entre sí y conectados con un montón de piezas extrañas. Había una hilera de números y unas letras extranjeras incrustadas en una cajita dentro de esta caja negra. Por encima de ella había unos botones brillantes y redondos de diferentes tamaños. Abajo, se encontraban cuatro altavoces, cubiertos por unas rendijas de metal como si fueran unos grandes y temerosos ojos de gato. Detrás de la caja se encontraba un enchufe que, al conectarlo, hacía que se encendiera una lucecita verde, mientras dos hileras de puntitos rojos, mejor dicho, ojos de luz, empezaban a parpadear, de modo que las luces corrieran ora hacia arriba ora hacia abajo. Enseguida, una delgadísima cinta se echaba a rodar dentro de la caja interior. En ese preciso momento, de los cuatro altavoces salían unas hermosas melodías, dando la impresión de que en su interior había decenas de instrumentos que tocaban al mismo tiempo: clarinetes, tambores, gongs, flautas, arpas horizontales, timbales... que nos llevaban a un mundo sonoro, misterioso y encantado. Acto seguido, una voz femenina comenzaba a narrar jadeando, expresando unos sentimientos suaves, tristes y acariciadores.

Cuántos enamorados hay en el mundo
arrastrados por el río del amor.
De enamorados a esposos, dulce como la miel.
Su afecto es eterno, llena sus corazones.
Siempre juntos, aun en sueños.

Tantas esposas, esposos en el mundo,
viviendo juntos en perfecta armonía.
Desde la juventud hasta la vejez no se separan nunca.
Su amor eterno, su afecto eterno,
hasta su silencio está lleno de su amor.

El volumen que salía de la caja mágica podía controlarse por otra hilera de botoncitos. La voz podía ser baja, tan baja como si susurrara al oído, y podía subir a tal grado que parecía que iba a levantar los muebles, hacer temblar a la gente, hacer flotar toda la casa sobre el aire... Estas melodías parecían más hermosas que las de las fiestas de la Emperatriz Celestial del Oeste para agasajar a los inmortales del universo, y superaban mil veces tanto en volumen como en calidad acústica a las de los radios chiquitos que tenía la gente lugareña en su casa.

Todos, desde los niños hasta los adultos, acudieron a la taberna. Todo el pueblo fue conmovido por esta caja mágica. La taberna quedó repleta, y mucha gente tuvo que estar de pie afuera de la puerta y las ventanas. Entre esta multitud tampoco faltaron el director Xiao Hanchu, la tía Xiao y, por supuesto, Wu, mujer con un corazón poco bondadoso. Guihua dejó entrar a todos estos personajes importantes. Otra vez suena la misma melodía de antes.

Oh, hay tantas parejas bonitas
que se bañan en el río del amor,
pues son el amor y la dulzura que los bañan.
El amor se esconde en el corazón.
El amor parece estar en el sueño.
Corazón a corazón...

La caja estaba bajo el control absoluto de Che Ganzi. Guihua estaba de pie a su lado sonriente, con los ojos medio abiertos. Unas veces dirigía su mirada a Che Ganzi, y otras, a la caja mágica. De repente se oyó una voz que salió de la multitud.

—¡Qué canto más cochino! ¿Recuerdan ustedes que este tipo de canciones fue criticado en aquellos años?

Todos se quedaron mudos, boquiabiertos, al oír esta crítica política que constituía una amenaza peligrosa. En ese momento, sólo el director Xiao, un hombre de mundo más conocedor que nadie del asunto y con la autoridad en este pueblo, era capaz de responder al desafío. Dijo.

—Este aparato se llama estéreo y vale no menos de mil yuanes. La cantante es muy famosa en Taiwan, Hong Kong y en los países del sureste de Asia. Se llama Deng Lijun. Antes se prohibía escucharla, tildándola de pornográfica. Ahora que nuestro país entra a la era de las Cuatro Modernizaciones, se deja la puerta abierta al mundo exterior, y hay más libertad en la creación artística. Como la política ha cambiado, ya no se prohíben estas canciones que se han propagado y transmitido por todas partes de nuestro país. Me parece que ella canta bien, y canta muy bonito. Cantar a voz en cuello es una manera de cantar; hacerlo de manera suave es otra. El presidente Mao dijo hace tiempo: “Dejad que cien flores florezcan”. No hace mucho que en el periódico también apareció un artículo que decía que la señorita Deng es oriunda de la provincia Hebei, China. Ella todavía añora la tierra de sus antepasados. Se dice que ella quiere venir a visitarla...

El señor Xiao parecía saberlo todo, tanto del pasado como del presente, tanto de las noticias interiores como de las exteriores. Era realmente un personaje sin par y tenía la última palabra en el lugar.

Más tarde, se oyeron otras canciones tales como *Zapato nuevo, zapato viejo, Botellas vacías para vender, El beso de mi mamá*, etcétera, todas en voces femeninas y roncacas, que a veces narraban y susurraban al oído; a veces, parecía que acariciaban con su melodía. Ora se quejaban de algo, ora suspiraban... Era evidente que la voz que salía de esta caja, es decir, la del estilo Deng, en cuanto a su calidad, era incomparablemente superior a las voces que salían de otras cajas, a las que les faltaba algo especial: la técnica moderna. Aunque la señorita Deng todavía no había regresado a visitar su patria, en China ya habían surgido un sinnúmero de “aprendices a distancia” que querían imitarla. ¡Ahora, pues, el mundo realmente había cambiado!

En ese momento, una voz aguda sonó entre la multitud para decir que la señora Wu, representante de la federación de mujeres, se había ido porque su suegro, el secretario del partido de la aldea, había llegado a la casa, y que ella había dejado en claro que no le gustaba la música que estaban oyendo. Pero nadie más se fue, pues ahora todos sabían que la época en que el secretario del partido era el dios del lugar y su dictamen era ley ya había pasado para siempre. Él no tenía derecho a impedirle a la gente que seleccionara las canciones que quisiera escuchar.

La gente de la taberna no regresó a su casa, sino hasta muy tarde por la noche, cuando finalmente solo quedaron Che Ganzi y Guihua. Ésta fue la tercera vez que Che Ganzi venía a pedirle su mano. Pero en esta ocasión, Guihua se portó tan altiva como en las otras, sin echarle siquiera un vistazo. Ante los demás, ella se dirigía a él, intencionadamente, como “maestro”, una manera demasiado cortés para ser su novio. Al ver su comportamiento, Che Ganzi se enojaba mucho, tanto, que a veces se ponía rojo hasta el cuello por la ira.

No obstante, cuando Che Ganzi vino por segunda vez a pedirle la mano, Guihua daba la impresión de que había aceptado; pero no dejaba de hacerle las siguientes preguntas.

—Explícame, ¿qué significa eso de “mujer de segunda mano” y mujer desconocida? Explícamelo antes de pedirme la mano.

Che Ganzi no pudo contestarle. Recordó que solo le había dicho estas palabras al director Xiao, a nadie más. ¿Cómo era posible que ella también lo supiera? Finalmente Che Ganzi se enojó y dijo.

—No me he vendido a ti. ¿Entiendes? ¿Por qué tengo que contestar todas esas preguntas?

—Nadie te obliga a contestarlas. Así que no nos vamos a ver nunca jamás.

—¿Por qué?

—¿Por qué? Porque según la costumbre tradicional, como soy viuda, tengo que guardar la castidad, por lo menos, tres años antes de casarme otra vez. ¿Entiendes?

Sumamente enojado, Che Ganzi salió de la taberna; arrancó el camión, y se fue sin decir adiós. Se fue en medio de una nube

espesa de polvo, levantada por el rápido rodaje de las llantas en la superficie del camino, arenoso y sin pavimento. Al mismo tiempo que manejaba, juraba murmurando que no se casaría nunca en la vida; que no regresaría nunca al Arenal, y no volvería a entrar a la taberna Perfume Nocturno... Finalmente fue Che Ganzi quien vino a la taberna más tarde a reconciliarse con Guihua. Regresó esta vez trayendo su propiedad más valiosa: un estéreo fabricado en el Japón y todos los casetes de las cantantes más populares: Deng Lijun, Cheng Lin y Zhu Xiaolin. Sin mirarla directamente, y con las manos en el estéreo, le preguntó:

—¿Qué hay para mí esta noche? —Y, retador, siguió diciendo—. Tienes treinta y un años; yo también. Ahora, tanto el hombre como la mujer tenemos el mismo derecho a decidir. ¿Qué es lo que quieres?

Con las experiencias anteriores, Guihua ya sabía a ciencia cierta que, para que el hombre no pudiera hacer y deshacer a su antojo después del matrimonio, había que tener mucho cuidado desde el principio. Si el hombre se acostumbraba a dominarla a su albedrío desde el primer contacto, la mujer sufriría mucho en el futuro, después del matrimonio, por los caprichos del marido.

—¿Y si me voy ahora? —preguntó él.

—Es tu decisión, hombre. Las piernas son tuyas. Oh, además tienes el volante en las manos.

—¿Si me quedo?

—Es tu decisión también. Allá arriba tienes tu cama. Después te doy un recibo de que te alojaste aquí esta noche. Así podrás pedirle a tu compañía que te pague el hospedaje.

Che Ganzi, volviéndose cada vez más agresivo, dijo.

—¿Si quiero sentarme y hablar más tiempo contigo?

Guihua tampoco quiso retroceder un paso. Le contestó pues, ojo por ojo, diente por diente.

—Depende del tema que vayas a tratar. Todavía no has aclarado algo muy importante para mí.

—Ya se ha aclarado. Se trata de algunas huellas feudales que antes tenía en mi mente.

Che Ganzi, por fin, logró soltar el aire que había oprimido su corazón por tanto tiempo, y dejó ver un brillo en sus ojos. Guihua también dejó brillar sus ojos. Con un profundo suspiro, se alivió diciendo:

–Mi viejo feudal... Así eras. ¿Cuál será tu otro tema?

–Acerca de la taberna.

–Es un negocio pequeño que no vale la pena mencionar...

–Quiero convertir este negocio en un motel, y en un verdadero restaurante.

–Ah, ¿de manera que has estado haciendo planes?

–Primero, vamos a poner un lugar para la música. Vamos a duplicar el espacio. Decoraremos las cuatro paredes con papeles de plástico. Vamos a cambiar las lámparas del techo por tubos eléctricos de diferentes colores: verdes, amarillos, violetas... Instalaremos más altavoces... Además, añadiremos más platos al menú, junto con todo tipo de bebidas modernas: cerveza, refrescos, jugos de frutas. Si no soy yo, ¿quién sería capaz de traer aquí más clientes con poder? Con buena música, licor de primera y excelente comida, no faltará la clientela.

Ahora se veía otro Che Ganzi, valiente y enérgico, ambicioso y fuerte... A Guihua le apareció una sonrisa en los labios. Pero, de repente, frunció las cejas. Según el director Xiao, cuando ella fruncía las cejas, se parecía mucho a la bella Xi Shi del periodo de Primavera, la mujer que tenía a los hombres a sus pies.

–¿Vas a dejar tu puesto en la compañía? ¿Ya no quieres seguir trabajando de chofer?

–Ya no. Pienso pedir una licencia. Voy a hacer lo mismo que el director Xiao. Si él puso su compañía, yo puedo establecer mi negocio aquí.

–¡Qué modesto! ¿Desde cuándo esta taberna ha caído en tus manos, hombre? Estás soñando despierto.

Guihua extendió su mano y le tocó la nariz con el índice.

–Tú... Yo... Tú...

Al decir esto, Che Ganzi abrió más los ojos, así como la palma de la mano, en actitud de que iba a golpearla.

–¿Te atreverías? Así lo hicieras con un dedo, se rompería nuestra amistad –amenazó ella.

Guihua se irguió, de manera que se pudieran ver sus senos bien salientes, e hizo un gesto de enojo, era a la vez retadora y seductora, una mezcla de pimienta y miel. En realidad ella era más ágil, y fue ella quien lo volvió loco y lo hizo tonto. Al pensar en esto, Che Ganzi enfureció más.

—Mujer, nuestra pelea nunca terminará. Pues, yo... lo siento. Bien, bien, éste es mi plan: voy a hablar con mi jefe para pedir una licencia, de manera que pueda trabajar contigo en la taberna... Para agilizar el negocio, voy a pedir prestado como cuarenta o cincuenta mil yuanes al banco para invertir. Me encargaré de comprar los materiales de construcción, y de buscar obreros para levantar un motel al lado. Pienso que podrá haber tres tipos de cuartos: simple, doble y múltiple...

—¿Y quiénes vendrán a alojarse...?

—¿Cómo crees que no habrá clientes? Mira, mira las gravas y piedras que están en el lecho del río, y la madera que se encuentra en el bosque de la montaña. Estos recursos que nos ofrece la Naturaleza no se acabarán ni hasta el fin de siglo.

—Hombre, tienes una visión muy amplia y un plan muy ambicioso.

—Mi plan viene de mi visión, mujer. Vamos a buscar cocineros de primera, y las camareras, claro, deberán vestirse con elegancia. En invierno y otoño llevarán vestido al estilo occidental, y en verano y primavera, faldas rojas. Oh, también en la blusa van a llevar una flor de magnolia, igualito, igualito a las que vemos en los restaurantes de las grandes ciudades...

—¿Cómo que “nosotros”? ¿Somos tú y quién más...?

Sentados lado a lado, discutieron por largo tiempo. Ya no evitaban mirarse, sino que se veían con afecto. La discusión no terminó, sino hasta la madrugada, cuando el gallo del patio trasero lanzó su primer quiquiriquí y los gallos del pueblo empezaron a responder a coro. El canto de los gallos y el ladrido de los perros callejeros hacían que el pueblo se hundiera en una noche más sosiega, lista para dar la bienvenida a la faena matutina del día siguiente.

—Guihua. ¿Qué opinas sobre el asunto...?

Che Ganzi no aguantaba más. Cambió gradualmente su tono y la manera de nombrarla, al dirigirse a esta mujer que amaba: desde “mi maestra” a “hermana Guihua” y, después, ya solo decía “nosotros”. ¡Qué cambio!, ¿no?

–Nuestro asunto debes hablarlo con el director Xiao.

–¿Todavía necesitamos casamentero?

–¿Cómo puede haber una boda sin casamentero?

–Ya somos treintañeros. Además, ésa es una costumbre caduca, ¿no?

–Tu mente se ha renovado, hombre. ¿Recuerdas que siempre habías estado hablando del llamado matrimonio de segunda mano?

–Ha sido un error mío. Te pido mil excusas. ¿Quieres que el gobierno local confirme nuestro matrimonio?

–¿Por qué no?

–Está bien. Pero ya hemos perdido otra noche.

–Lo hice intencionadamente para castigarte por tu impaciencia.

–Deja de castigarme más. Estoy cansado, tengo sueño.

–Pues pasa a la cama. Está arriba.

–¿Vas a dejar tu puerta cerrada bajo llave?

–Depende...

“Yo, un hombre hecho y derecho, tengo que arrodillarme y rogarle”, pensó Che Ganzi. “Caramba, ella se porta como una gata que juguetea con un ratón.” Luego abrió muy grandes los ojos, frunció las cejas, movió sus manos en señal de enojo; pero ni modo, no le quedó más remedio que subir al primer piso sin decir nada más. Después de quitarse rápidamente la ropa y regarla por el suelo, se echó a la cama, incluso, sin haber encendido la luz. Mientras tanto, en la planta baja, se oían confusamente movimientos sin cesar; unos sonidos producidos por Guihua al limpiar, lavar, arreglar... Finalmente, se apagaron las luces y toda la casa quedó quieta.

Che Ganzi se levantó. Sin prestar atención a la oscuridad, se levantó y descendió la escalera. La puerta no estaba cerrada bajo llave. Tanteando con las manos el camino, abrió la puerta de la alcoba de Guihua; que tampoco se hallaba cerrada bajo llave. Al pasar la puerta, por poco se cae al tropezarse con el umbral. Se

acercó a la cama sin mosquiteros. Tanteó por un segundo con su mano y encontró otra mano. La tocó y subió por sus dedos poco a poco por todo el brazo. Finalmente, llegó a alcanzar un cuerpo que no estaba cubierto con manta alguna. Sin poder controlarse, se lanzó sobre ella como un relámpago, como una flecha...

–Despacito, despacito, por favor. No seas rudo. ¿Qué te pasa? Yo... yo... aún podría ser virgen.

Guihua lo abrazó con fuerza, lo besó, y lloró de alegría...

XIX

La mayoría de la gente de los clanes Xiao y Wu que vivía al pie de la cordillera Cúspide Celestial, y a la orilla del río Oda a la Oca, seguía elogiando unánimemente al Leopardito por su valentía, fidelidad, y su acto de ataque al maldito erudito, enemigo de la moralidad, porque había defendido la virtud de Qingyü y la dignidad y reputación de la familia Xiao. Después de haber eliminado lo maligno del lugar, la idea que representaban las quince lápidas que se alineaban a lo largo de la Callejuela de las Mujeres Virtuosas se había vuelto más pura y seria. Al mismo tiempo, el Leopardito era más respetado que antes en la familia de Xiao el Cuarto. Al pasar por los pasillos y salas, las sirvientas tenían que cederle el camino al distinguido perro como si fuera uno más de los señores y señoras de la casa. Don y doña Xiao le daban personalmente de comer una vez al día para expresar su respeto. Incluso, cuando hacía sus necesidades en los lugares públicos de la casa, nadie se atrevía a censurarlo, expulsarlo o castigarlo. En fin, se había convertido en el codueño de la casa.

El perro, al salir del domicilio, corría más airosamente que antes por las calles y callejuelas. Los perros adultos y cachorros dejaron de ladrarle, competir con él o pelear. Todos, al verlo pasar, lo saludaban sacudiendo la cola en son de respeto y admiración. Los machos se portaban sumisos ante él; las hembras competían con celo entre sí para seducirlo con su belleza, con la intención de aparearse con él y tener sus cachorros. De repente, el Leopardito se convirtió en el rey de los perros del pueblo. Por supuesto, todos los que se apellidaban Xiao en el lugar se enorgullecían por el incidente, no solamente porque el clan Xiao había vencido al clan Wu en cuanto a la cantidad de lápidas de la Callejuela de las

Mujeres Virtuosas, sino por su relación con el Leopardito, que era mucho más heroico que cualquier perro mediocre y feo del clan Wu.

En desafío a esta admiración hacia el Leopardito, no faltaban algunos jovencitos del clan Wu que se atrevieran a denigrarlo. Argumentaban que, ya que el Leopardito era un macho y tenía sentido humano, también estaba enamorado de su dueña y había tenido celos del pobre maestro. Lo que hizo, claro, fue vengarse del erudito. Incluso se decía que era mitad perro y mitad hombre. Estas palabrerías solamente corrían entre los del clan Wu. Nadie se atrevía a hacerlas llegar al oído de los señores don y doña Xiao por temor a provocar otra pelea sangrienta entre las dos familias y causar más muertes, y convertirse en otro escándalo de la historia del lugar.

El prestigio, el poder y la alegría, después de alcanzar la cúspide, han de llegar al punto de su caída. Un día, el Leopardito, al ladrar a voz en cuello en el jardín trasero durante unos minutos, de repente, cayó muerto al suelo. Al fallecer, el héroe todavía tenía los ojos abiertos. Cuando vino don Xiao el Cuarto junto con el resto de la familia, le ayudó a cerrar los ojos. La investigación sobre la muerte del perro rey no dio resultados, pues no se encontró herida alguna en su cuerpo; tampoco tenía sangre en la boca, en la nariz o en el ano en el momento de su muerte... Entonces, se pensó en la posibilidad de una intoxicación, debida a alguna comida descompuesta; pero tampoco se hallaron indicios que pudieran confirmar que el perro había sido envenenado dentro o fuera de la casa. Como el perro era tan feroz, no faltaba quien lo odiara, tanto en el clan Wu como en el Xiao. No obstante, el señor don Xiao el Cuarto conocía la situación, y estaba seguro de que, si alguien lo había envenenado, ese alguien debía ser un miembro de su propia familia, que bien conocía al perro y sus costumbres. Qingyü era ese alguien de quien más sospechaba. Muchas veces, don y doña Xiao vinieron al patio trasero a hablar con ella con el fin de averiguar la verdad. Sin embargo, cada vez que hacían su investigación, ella se quedaba cabizbaja, con la cara pálida y sin dar respuesta alguna. Era notorio también que el agujero de entrada y salida del perro de la puerta de Qingyü había sido tapado

con unos ladrillos rotos. El señor don Xiao el Cuarto no tuvo más remedio que suspender la investigación, aunque no se resignara a hacerlo. Confucio dice que, en el mundo humano, las mujeres y los sirvientes son los más difíciles de tratar y educar. Había que ser tolerante y generoso con ella, pues, por más astuta que fuera, nunca podría escapársele de la palma de su mano. Lo más importante era levantar esa lápida en nombre de Qingyü para traer más brillos, honor y fama a la familia Xiao.

La muerte del Leopardito se convirtió en el tema central de las conversaciones diarias entre la gente del Arenal. ¡Hay tantos comentarios y rumores negativos que cunden por todos los rincones del lugar! Para salvar el prestigio de la familia Xiao y defenderse de la difamación, el señor don Xiao el Cuarto hizo lo posible para guardar silencio ante las difamaciones. No quiso comentar nada acerca de los rumores en su contra. Además, el perro era un perro; ya que había muerto, no resucitaría. La gente lugareña acostumbraba comerse su carne, sobre todo, en sus fiestas; pero el Leopardo era un animal especial, símbolo de heroísmo. Al morir, todavía podía sentirse su poder mágico. ¿Cómo se atrevería la gente a removerle la piel; cortarle los pies; vaciar sus órganos, y poner su exquisita carne en la mesa de un banquete familiar? Además, comer su carne también era inmoral, ya que había contribuido a salvaguardar la virtud de su nuera. Debía mantenerse la rectitud y la propiedad. Finalmente, el señor Xiao el Cuarto trató el asunto de manera prudente y cuidadosa. En vez de ponerlo en la mesa del banquete, lo metió en un ataúd de madera y lo enterró junto con unos objetos preciosos para que los usara en el paraíso de la cordillera Cúspide Celestial. Después, le alzó una losa con la inscripción de su puño y letra a la memoria del gran perro humanizado.

Aunque faltaron banda musical y ropa de luto, típicos de un entierro decente, muchos ociosos de la aldea acudieron a presenciar la ceremonia. Se congregó una multitud que asistió por pura curiosidad. Unos jornaleros llevaron el ataúd al hombro con palanquines y cavaron un hoyo justo del tamaño del ataúd en lo alto de una colina. Con el entierro, el rey de los perros se había apartado de nosotros. Los perros del pueblo, a falta del cabecilla, se pusieron

tristes también. Cuentan que, muchas veces, se juntaron enfrente de la tumba de su rey, y dieron vuelta tras vuelta para expresar su profunda condolencia. Hay un dicho que reza: "Una familia respetable conserva a sus mujeres castas; una familia distinguida valora los sentimientos de sus perros." Este antiguo dicho no habría sido menos apropiado.

Ahora, en el jardín trasero, no había huellas de nuestro Leopardo, el guardián de la casa. Reinaba una tranquilidad absoluta, un silencio propio del cementerio. Diariamente, Qingyü, acompañada por la cuñada Tercera, pasó el tiempo bordando, zurciendo, cosiendo y remendando... La cuñada Tercera no había regresado a la casa de don Xiao, sino hasta después del incidente del maestro Wu. Al principio, temió que se hiciera una investigación sobre la protección que le daba a su "hermanita". Ahora, la sonrisa había desaparecido totalmente de la cara de Qingyü, quien se había quedado sin palabra alguna, sin interés por la vida. Quizá fuera una manera de protegerse y, al mismo tiempo, de proteger a la cuñada. Aunque los señores don y doña Xiao tenían muchas dudas y sospechas, no habían podido encontrar evidencia alguna.

En los últimos días de la vida de Qingyü, la cuñada Tercera había hecho todo lo posible por hacerla hablar y ser un poco sociable. Le contó historias como la *Serpiente blanca*, *La cita en la pagoda*, *Reunión anual en el puente de las urracas*, *Un par de espadas*, y muchas otras. También le narró cuentos de monstruos y demonios, diosas y dioses, princesas y príncipes, paraíso e infierno. Le contó que en los nueve pisos del paraíso se encontraban dioses de todo tipo; en los dieciocho pisos del infierno se encerraban demonios que devoraban a la gente y hacían toda clase de maldades... Pero todos estos cuentos no tuvieron efecto alguno en Qingyü, quien se quedaba tiesa como un tronco. No se veía en ella ni el abrir ni cerrar de ojos, ni un leve movimiento de las cejas ni un indicio de suspiros ni, mucho menos, de alegría, tristeza, odio, amor, dignidad, sumisión... A veces, la cuñada Tercera se conmovía tanto por sus propios cuentos que se echaba a llorar. Pero Qingyü no daba a notar ni una pizca de conmoción.

Poco después, la cuñada Tercera observó que Qingyü tenía dolores en el pecho. Cuando se sentaba bajo el alero, y al coger su trabajo de bordado, Qingyü se ponía la mano en el pecho en son de dolor; empezaba a vomitar, en vez de comida, bilis. ¿Qué le sucedía? ¿Tenía algo anormal en el vientre? ¿Es que le faltaba apetito por los nervios? Muchas veces, la tía le dio verduras encurtidas para probar si así le abría el apetito. Qingyü, al verlas y olerlas, en vez de antojársele, vomitaba más fuerte como si quisiera vaciar todo lo que tuviera en el estómago. Frustrada por el estado de su única compañía, a espaldas de Qingyü, se lo informó a los señores don y doña Xiao, quienes más tarde vinieron a visitarla y averiguar la situación. Mientras tanto, Qingyü estaba cada vez más flaca. Pasaba todo el día sin expresión como siempre. La familia de don Xiao, al ver que empeoraba, trajo a un doctor para hacerle un examen médico. Después de la consulta, el doctor tardó mucho en darle la receta. Finalmente, don Xiao el Cuarto le trajo una dosis a Qingyü. Se trataba de un jarabe. Pero ella no tuvo ganas, ni siquiera, de tocarlo, mucho menos de tragarlo. Al ver que no había remedio, el médico decidió irse. Al despedirse de don Xiao, le dijo:

—Felicitaciones. La proeza de virtuosidad va a completarse muy pronto.

Al escucharlo, la bondadosa cuñada Tercera se preocupó más por su compañera, y con voz llena de dolor le dijo:

—Tienes razón al callar, así que no digas palabra. Nada de este mundo es bueno, y no vale la pena hablar más. Pero, ¿por qué no tomas la medicina? Dime, hermana, ¿por qué?

Qingyü permaneció callada, mientras se daba golpes suavечitos en el pecho y sudaba frío.

No había pasado mucho tiempo. Qingyü se sentía cada vez más débil y no tenía fuerzas suficientes para salir al patio. Se quedó acostada en su cama de la alcoba de la virtud. No tenía ganas de tomar ni té ni agua. Su única compañía seguía siendo la cuñada Tercera, quien la vigilaba durante el día, y no regresaba a su propio cuarto, sino hasta que Qingyü se dormía al anochecer. La cuñada Tercera sabía a ciencia cierta que en la

cama ya no quedaba más que un cadáver vivo, sin alma, sin porvenir, sin futuro. La pobre mujer pasaba todo el tiempo vomitando lo único que le quedaba en el cuerpo; pero no se olvidaba de coger su aguja e hilos para seguir bordando sus pájaros son-son, mariposas, gansitos, golondrinas... todos en pareja, todos volando lado a lado. Otras veces se quedaba aturdida fijando su vista en la franja del cielo a través de la alta ventana de su alcoba, en las majestuosas montañas, en sus picos afilados que rompían el cielo en la lejanía...

Una noche, durmiendo en su propia cama, de repente la cuñada Tercera sintió que el cielo se oscurecía; un ciclón o huracán empezó a soplar levantando polvo, piedras, incluso pequeñas rocas... Truenos sonoros y relámpagos tremendos parecían haber estremecido las altas montañas, y haber incendiado el mundo. Entonces se le ocurrió que Qingyü debía sentir mucha soledad y podía asustarse por la tempestad. Varias veces, la cuñada Tercera intentó levantarse de su cama para cruzar el patio trasero e ir a la alcoba de Qingyü; pero otras tantas no pudo moverse, impedida por una fuerza invisible, indetectable. Quiso gritar, pero tampoco lo consiguió. Acto seguido, vio al Leopardito volando por entre las llamas del fuego celestial, entre los relámpagos, entre las tormentas al compás de los truenos... El perro humano, arrogante, airoso, enérgico... iba arrastrando con su boca al señor Wu por la superficie ondulante de los grandes nubarrones. Detrás de ellos iba corriendo Qingyü, tratando, a más no poder, de alcanzarlos, mientras gritaba unas palabras inentendibles... En ese momento, el Leopardito empezó a correr más rápido. Ni el trueno ni el relámpago eran capaces de impedir su paso. De súbito, Qingyü cayó, cayó por entre unas nubes blancas. Entonces, entre una música celestial, apareció una Bodhisattva con un látigo, de pie en una nube en forma de flor de loto. Cuando ella sacudió el látigo por el aire, desaparecieron inmediatamente todos los nubarrones del cielo, y con otro latigazo, logró impedir el avance del viento y el trueno. De repente, se aclaró el cielo. Cuando la Bodhisattva levantó por tercera vez el látigo, Qingyü empezó a subir por entre unas nubes blancas y suaves. Una brisa hizo bailar las mangas airoas de su

blusa y su falda de seda. Al llegar adonde estaba la Bodhisattva, Qingyü se arrodilló delante de ella y dijo:

–Le pediría que aceptara el saludo de una humilde servidora. Sálveme de estos sufrimientos infinitos del mundo humano, por favor.

Sin dejarla levantarse, la Bodhisattva se enojó y gritó.

–Tú has estado en el mundo de los mortales, pensamientos pecaminosos mancharon tu cuerpo y casi te costaron la virginidad. ¡Solo porque no cometiste el grave pecado del adulterio ni violaste la luz celestial, te voy a perdonar, y permitiré que te unas a los inmortales para que te purifiques!

Sin levantarse, Qingyü siguió haciendo reverencias.

–Tenga la bondad de salvarme de estos sufrimientos humanos...

–Pues, ¿en qué otra cosa puedo ayudarte?

La cara de Qingyü estaba bañada en lágrimas. Siguió implorando a la Bodhisattva.

–Yo, tu servidora, he guardado la virginidad toda la vida. Desde los diecinueve años tomé el voto de castidad. Ahora, ocho años enteros han pasado. Desgraciadamente, por pura casualidad conocí a un maestro que trabajó en mi casa. Esto fue todo lo que hice. Yo no violé el principio de castidad. Ahora, ese maestro es arrastrado por ese perro maligno en el cielo. Él va a ser condenado al infierno...

–¿Cómo que es un perro maligno? Es la mascota adorada del Emperador de Jade. Es un perro inmortal celestial. Ahora ya no puedo ayudarte...

La cuñada Tercera fue sacudida por una fuerza invisible en ese momento y despertó. Era medianoche y lo único que vio fue un mundo tranquilo. Una luna blanca colgaba en lo alto del cielo, y soplaba una brisa suavcita. No había huellas de los huracanes ni rastros de la tempestad que acababa de soñar. Se dio cuenta de que todo había sido una pesadilla. Ya no quiso volverse a dormir, esperó en la cama hasta que apareció la primera luz matutina. Al ver el alba, se levantó. Sin peinarse ni limpiarse la cara, se precipitó para ir a la alcoba de Qingyü por el patio trasero. Tocó la puerta. Pasó largo rato sin que recibiera respuesta alguna. Entonces, se

asustó. Con el presentimiento de que algo malo había ocurrido, fue a avisarles a los señores don y doña Xiao, quienes vinieron con su cuerpo de sirvientes. Golpearon fuertemente la puerta sin obtener respuesta. Finalmente, tuvieron que forzarla, y encontraron a Qingyü bien arreglada, bien vestida, acostada en la cama; pero tiesa y fría, pues hacía tiempo que había fallecido.

La muerte de la casta mujer conmovió y puso en acción a todos y cada uno de los del clan Xiao. Mandaron informarles a los funcionarios locales; decoraron la casa con objetos de luto; compraron inciensos y velas; encargaron monedas doradas de papel; trajeron animales para sacrificar; hicieron y colgaron banderines de luto, y prepararon banquetes de luto... El señor don Xiao el Cuarto proclamó públicamente el exitoso cumplimiento de la hazaña de castidad de la señora Qingyü Yang, fiel seguidora de la tradición moral de los antepasados de la familia Xiao. En el templo se iba a llevar a cabo una ceremonia religiosa de luto. Los miembros de la familia de don Xiao deberían ir a rendirles homenaje a sus antepasados con el fin de que se enteraran de sus grandes proezas en la salvaguardia de la virtud del clan Xiao. El señor don Xiao estaba tan ocupado en sus trabajos de propaganda, que por poco se le olvida enviar un mensajero al otro lado de la montaña, para que informara a la familia de Qingyü sobre su muerte.

Como ocurre siempre, dentro de la familia Xiao no faltaron objeciones en cuanto a la legitimidad del nombramiento de Yan Qingyü como decimosexta mujer virtuosa. Por otro lado, había cuantiosas protestas por parte de los del clan Wu, quienes recordaron nuevamente el asesinato del erudito por parte del Leopardo, y empezaron a mencionar la muy sospechosa muerte del perro. Don Xiao el Cuarto fue quien supo manipular el asunto. Empleando su prestigio y poder, hizo todo tipo de gestiones entre la gente poderosa del lugar para presentar un informe oficial sobre los méritos virtuosos de Qingyü al gobierno local. Tras mil artimañas, ágiles y astutas, logró convencer a la mayoría de los miembros de ambos clanes del pueblo, sobre todo a los funcionarios locales. Después de vencer todo tipo de obstáculos y rechazar las opiniones opuestas, consiguió la aprobación del gobernador para el nombra-

miento de Yang Qingyü como mujer virtuosa y para el levantamiento de una lápida en su memoria.

Por desgracia, inmediatamente después del nombramiento estalló la Revolución de 1911. En este curso de profundo cambio sociopolítico, el último emperador Xuentong de la dinastía Qing fue derribado. Él solo se mantuvo tres años en el trono: desde los tres años de edad hasta los seis. El Ejército Revolucionario que se formó en la sublevación de Wuchang estableció un gobierno revolucionario y Li Yuanhong fue nombrado presidente provisional de China. Se acabó el dominio feudal que había durado más de tres mil años. Más tarde, aprovechando esta ocasión de inestabilidad política del país, los caudillos militares de todas partes también se sublevaron en contra del gobierno central. ¡Qué lástima! Como consecuencia de estos tumultos políticos, esta decimosexta lápida en memoria de la virgen y casta Qingyü no pudo alzarse en la Callejuela de las Mujeres Virtuosas. ¡Qué decepción para la gente que vive al pie de la cordillera Cúspide Celestial! Escuche lo que narra un canto popular al respecto:

Una joven del clan Xiao cargó con el voto de castidad.
El jefe del clan era muy aficionado a las concubinas.
Su perro feroz mató a un maestro a mordidas.
El viejo trabajó para su reconocimiento público.
Eterno arrepentimiento para un tonto maestro y una
doncella afligida.

¿Para quién se levantará la lápida, auténtica o falsa?

Al alba, el pueblo soñoliento estaba envuelto en una densa niebla matutina. Olas y olas de niebla, profunda y espesa, cubrían el lecho del río, las zanjas a ambos lados de los caminos que se extendían por los valles y avanzaban por el campo... No se sabía de dónde venían ni adónde iban. Corrían volteándose, evaporando, saltando, subiendo y bajando. ¡Qué majestuoso e impresionante panorama! ¡Qué campo más hermoso! Pronto las olas de niebla inundarían todo el valle por entre las casas y las chozas de la aldea, los árboles y arbustos, a lo largo y ancho de las cuestas y precipicios. Así que los picos de la cordillera Cúspide Celestial quedaron como unas islas o islotes en esta mar de niebla. Estas islas se alzaban allá lejos, como unas columnas de roca tambaleándose entre olas tras olas de corrientes blancas y blancuras blanquecinas. ¿El hombre? ¿Dónde estaba el ser humano? Pues simplemente se hundía, se empujaba, se condensaba, se erosionaba en esta mar láctea, de leche y de plumaje blanquecino y gris. ¿Sabía usted? En esta mar se escondían tantos misterios, tantos cariños, tantos peligros y ¿trampas también? Lo único sólido que podía sentirse era la superficie de las gravas, las gravas de todos los colores, las gravas de todas las formas, las gravas que se colocaban en hileras regulares, que nos daban firmeza al caminar, pues caminamos hacia nuestro destino, por lejano, invisible, borroso que sea. En este mundo confuso y confundido, eran las gravas las que nos daban confianza en la vida.

Esa madrugada se veían sombras de hombres yendo y viniendo alrededor de la taberna Perfume Nocturno. Una multitud de gente que se aglomeraba, como hormigas que hacían la mudanza, se

movía, chocaba, se congregaba, se separaba, impidiendo así tanto la salida como la entrada a la taberna de cualquier persona ajena.

—¡Abran! ¡Abran la puerta!

La gente golpeaba con fuerza; gritaba como gendarmes o policías que intentaban irrumpir en la casa y capturar a un delincuente.

—Éste es el fin de tu vida. Todavía duerme como un tronco. ¡El tigre hambriento ha encontrado una hembra con carne rica! ¿Eh?

—Esa mujer no piensa más que en ganar dinero y acostarse con este hombre.

—Si no abren la puerta, vamos a romper las ventanas. Vamos a saquear la taberna. ¡Vamos al ataque! ¡Al ataque, todos!

—Podemos saltar al patio por el muro del patio trasero.

—La vez anterior solo enterramos la casa hasta la mitad. ¿Cómo pudimos perdonar a estos adúlteros, al seductor y la puta?

Hundidos todos en esta manta de niebla, nadie podía ver a nadie. Las caras confusas intrigaban más a la gente. Una multitud gris cubría el suelo, gritando histéricamente, corriendo como loca, saltando como monstruo. Parecía que todos intentaban sacar alguna ventaja de este lío, de este tumulto. Ésta era una buena oportunidad para sacar provecho, para saquear y ganar lo que fuera.

Antes de que la gente pusiera manos a la obra para romper la ventana y forzar la puerta, de un golpe, ésta se dejó abrir de par en par. Un hombre fuerte y alto apareció de súbito en la puerta. Con un garrote y una pesada llave inglesa en la mano, estaba listo para enfrentar cualquier ataque y pelear hasta la última gota de sangre.

De repente, su voz firme y pesada sonó, aplastando todas las voces que salían de la muchedumbre:

—Señoras y señores. Paisanos míos. Hermanas y hermanos. Ustedes se han equivocado. Nosotros, la hermana Guihua y yo, hemos decidido casarnos. Ha sido una decisión nuestra, unánime y voluntaria. Mañana vamos a sacar el certificado de matrimonio en el despacho del gobierno cantonal. Es una decisión tomada. El matrimonio es una cosa personal y nada tiene que ver con ustedes...

—¡Un acto adúltero! ¡Un acto ilegal! ¿Cómo pueden dormir juntos sin el permiso de la autoridad?

—El maestro Wu fue asesinado bajo su conspiración. ¿No? Pues los dos intentaron robar su dinero y propiedad.

—¡Sinvergüenzas! Se han acostado antes de los trámites formales del matrimonio. Son unos canallas, unos cabrones, hijos de su puta madre...

—¿Cuántas veces lo hicieron anoche? ¿Qué tal es ella en la cama, eh?

—¡Reaccionarios! ¡Contrarrevolucionarios! ¿Quién les dio permiso para transmitir esa música indecente?

—¿De dónde vino la caja negra? ¿Se la robaron o se la arrebataron a alguien en alguna parte?

—De seguro es mercancía de contrabando.

Acto seguido, la multitud hirvió, riéndose a carcajadas, haciendo pitos, dando puntapiés a la puerta de la taberna, lanzando piedras hacia la casa, hacia la pared, hacia el joven. La gente se había vuelto loca y lo que querían era irrumpir en la alcoba de Guihua para capturar a la pareja en la cama. Pero nadie se atrevió a acercarse al hombre fuerte que guardaba la puerta de la taberna. Esa gente, por falta de organización, se quedó perdida, sin ninguna idea de lo que debía hacer contra el chofer. Finalmente, todos se sintieron fracasados, desorientados. Quien se atreviera a atacar primero sería el primero en ser contraatacado, ¿no? De todos modos, injuriar, sacudir el puño en lo alto, dar unos puntapiés a la puerta también fueron formas de expresar su odio hacia ese acto ilegítimo tan atrevido de la pareja; satisfacer su primitiva curiosidad por la sexualidad ajena; dejar escapar su indignación por la inmoralidad, y satisfacer su curiosidad. Además, no faltaba quien le tuviera envidia al difunto maestro Wu por su riqueza, ni quienes intentaban saquear la taberna y conseguir alguna cosa preciosa o dinero de su propiedad. ¿Por qué no? Era una manera de enriquecerse fácilmente, ¿no? El escándalo duró media hora. La mitad del pueblo vino, por mil razones diferentes: saqueo, robo, curiosidad, consideración moral... Los más animados, claro, eran los jovencitos, a quienes, por lo general, lo que más les gusta es dormir hasta tarde.

Lo opuesto al cielo es la Tierra, lo opuesto al mar es la costa, lo opuesto a la anarquía es el orden. A medida que la niebla se disipaba, aparecieron, una por una, todas las autoridades del par-

tido del pueblo: primero, el director Xiao Hanchu, luego, el jefe de la milicia Wu Manniu, la representante de la federación de mujeres Wu, y así sucesivamente. De pie ante la puerta de la taberna, que había sido testigo de tantas anécdotas e incidentes, Xiao, el director, se adelantó, y empezó a hacer un discurso en público. Enseguida, la gente guardó silencio.

—Escuchen todos. ¡Escúchenme! Permítanme hablarles sobre algo importante. Primero, el conductor de camión Che Ganzi y la dueña de la taberna Guihua durmieron juntos anoche, ¿es esto un acto ilegal?; segundo, respecto al estéreo que trajo Che Ganzi, ¿es de contrabando?; tercero, las canciones que les hizo escuchar anoche, ¿son pornográficas? Las respuestas a estas tres cosas no son competencia del comité aldeano, así que hemos decidido que ustedes seleccionen a sus delegados para que las dos partes, después del desayuno, vayan a la cabecera del cantón en el camión de Che Ganzi a solucionar el asunto. El jefe de la milicia y la representante de la federación de mujeres van a encabezarlos en esta misión. Ahora todos vayan a sus casas. Estén listos para partir después del desayuno. ¿Está claro?

La niebla de otoño se elevó desde la falda de la montaña hasta su cumbre, donde se expandió y flotó de regreso a la tierra en capas, como el quitarse la ropa mojada, como una mujer al salir del baño...

La gente se fue dispersando junto con la niebla. Por la mente del director Xiao pasó todo tipo de pensamientos. Era difícil ser un funcionario humanitario en ese lugar. Estos pequeños malvados y algunos no tan pequeños, tenían todo tipo de artimañas en sus mangas. El incidente anterior con la arena no había sido aclarado todavía, y ahora lo de esta multitud iba a llegar a sus superiores sin que él hubiera hecho algo. Entró a la taberna a echar un vistazo y se sorprendió al ver a Guihua acurrucada en el pecho de Che Ganzi. Ambos estaban calmados, unidos, sin lágrimas, sin temores. Se veían felices, decididos y en paz, como si nada hubiera pasado. En silencio le dio a ella un papel con un sello rojo oficial, y después hacerle a Guihua un gesto de confirmación con la cabeza, sonrió y salió de la taberna.

Al terminar de desayunar, casi se aproximaba el mediodía. El camión de Che Ganzi ya estaba repleto con los representantes electos y los voluntarios curiosos, claro que todos con la representante de la federación de mujeres y el jefe del batallón miliciano a la cabeza. La mayoría iba sólo por aprovechar la ocasión, a visitar a amigos y parientes, de compras y a despachar sus asuntos personales. ¡Qué aventón más oportuno! ¡Diez kilómetros de ida y vuelta!

La gente ya estaba lista para que Che Ganzi los llevara a la cabecera cantonal. Según el reglamento de tráfico, solo se permitían tres personas en la cabina del chofer. Che Ganzi se disculpó por darle preferencia a las mujeres, quienes quedaron sentadas de la siguiente manera: Guihua a su lado y, junto a ella, la representante de la federación de mujeres. Así, nadie podría decir que la pareja no iba vigilada.

La carretera serpenteaba por las montañas. Che Ganzi conducía el camión a velocidad lenta y estable. En el camino zigzagueante, de vez en cuando, hacía sonar la bocina. ¿Para qué? ¿Era su costumbre? No se sabía. Después de oprimir dos veces el botón de la bocina, volvía su cara, y le echaba un vistazo a Guihua, quien no apartó de él su brillante mirada durante el camino. Era como si la unión de cuerpo y alma de la noche anterior hubiera disipado sus reticencias y sus temores.

A la salida del pueblo y al entrar a la carretera pavimentada, Che Ganzi vio venir frente a ellos a un grupo de gente vestida de colores llamativos, con una banda de música a la cabeza. Una docena de jóvenes caminaban alegres al compás del ritmo de las trompetas y tambores. Se trataba de la procesión de una boda. Una bicicleta de la nueva marca "Eterna", con una gran flor roja de seda en el manubrio, era empujada por un joven con una flor igualmente roja en el pecho. Su novia, una joven bellamente vestida, adornada de plateado y dorado con una sombrilla floreada en la mano, iba sentada en el asiento de la bicicleta. Al verlos venir, Che Ganzi detuvo su camión al lado del camino para cederle el paso a esta columna de gente jubilosa, e hizo sonar su bocina rítmicamente en son de felicitaciones y saludo. Todos los del grupo

transeúnte levantaron sus caras sonrientes para saludar a la gente del camión, mientras el novio le hacía una reverencia formal a Che Ganzi. En agradecimiento, la banda empezó a tocar una pieza alegre y alguien hizo estallar unos petardos.

Una vez que el grupo se alejó, Che Ganzi arrancó el camión de nuevo. Al echar un vistazo a Guihua, notó que ella tenía la mirada lejana, pensativa... Sin hacer caso a la representante Wu, inquirió diciendo.

—¿Qué te pasa, Guihua?

Guihua volvió la cara hacia él, sonriendo con dulzura, también sin hacer caso de la presencia de la representante, y le contestó en voz baja.

—Estoy pensando en los preparativos de la boda...

—Yo también...

Ellos se entendieron muy bien más allá de sus palabras, Che Ganzi la vio con sus ojos húmedos de emoción. ¿A qué boda se refería? ¿A la de quién? ¿A la de la pareja que acababa de pasar por el camino o la de ellos mismos? Eso no importaba. Todo el mundo desea una boda. ¿Quién podría escribir los lienzos rojos con poemas para pegarlos a los lados y encima de la puerta de su casa? ¿Qué se podría escribir para expresar de manera correcta su alegría con estos lienzos? ¿A quiénes invitarían? ¿Cuántas mesas pondrían para el banquete? ¿Se necesitaba una banda musical o el estéreo sería suficiente? ¿Qué debería comprarse... cacahuates, semillas de calabaza, caramelos, pasteles, galletitas, frutas, té, cigarrillos, refrescos...? ¿Quién sería el padrino, quién el testigo? ¿Quién se encargaría de los petardos? ¿Y el maestro de ceremonias...?

Lámparas rojas colgaban a lo alto e iluminaban los dos estandartes de papel rojo que se hallaban pegados en los marcos de la puerta, y los adornos multicolores tanto del techo como del piso. Los invitados hablaban y reían sin cesar. En el estacionamiento se veían muchos camiones de la Compañía Distrital de Transporte. Dentro de la taberna, largas tiras de papel, coloridos, dorados, plateados, se entrelazaban y colgaban de las cuatro esquinas. Una música disco que venía del estéreo animaba a la gente. También

estaba una banda local con violines, gongs, tambores, flautas de bambú, clarinetes, etcétera, que competía con la ruidosa música estilo occidental. El maestro de ceremonias era el nuevo aprendiz de Che Ganzi. El director Xiao hacía los papeles de testigo y padrino al mismo tiempo. Los animados colegas de Che Ganzi se encargaban de repartir cigarrillos y caramelos, y hacer estallar los petardos. Al callar las músicas de la banda y del estéreo, el aprendiz de Che Ganzi anunció con voz clara y en perfecto mandarín.

—Ahora se anuncia el matrimonio entre el camarada Che Ganzi, conductor de camión de la Compañía Distrital de Transporte, y la camarada Guihua Yao, dueña de la taberna Perfume Nocturno del Arenal de las Ocas Amorosas. Ahora, ¡que venga la música! ¡Que estallen los petardos! Ahora, pasen aquí el novio y la novia, por favor. El padrino y el testigo también, por favor...

La banda empezó a tocar y los petardos estallaron. Tanto los humos como la alegría reinaban en el recinto. Lado a lado, mano a mano, flores rojas en el pecho, Che Ganzi y la hermana Guihua se pusieron de pie con sonrisas nerviosas, un poco avergonzados y sin atreverse a intercambiar más miradas frente al público...

—Que el testigo lea por favor el certificado de matrimonio.

Otra vez sonó la voz del maestro de ceremonias, con un tono de ópera de Beijing.

—A ver, los novios. Hagan reverencias para saludar el retrato de nuestro líder y la bandera roja. ¡Primera reverencia!, ¡segunda reverencia!, ¡tercera reverencia...! ¡Reverencias hacia el padrino y el testigo! ¡Reverencias hacia el público! ¡Reverencias mutuas entre ambos!

Reverencia tras reverencia tras reverencia... Guihua y Che Ganzi parecían dos actores en manos de un alocado director teatral. Más reverencias hacia los jefes, hacia los parientes, hacia los colegas, hacia los vecinos, hacia los ancianos de los clanes Wu y Xiao, hacia el Este, Oeste, Norte, Sur, innumerables reverencias, incansables reverencias... Guihua rogaba por tolerancia y bendiciones, deseos de vivir en paz y armonía, respeto a los mayores y cuidado a los jóvenes, relaciones honestas y trato justo.

—Ahora el padrino va a hablar.

El jefe Xiao Hanchu, ruborizado de felicidad mientras pronunciaba su discurso, aprovechó la oportunidad para hablar de anti-feudalismo; de las tradiciones caducas que habían plagado la sociedad y causado tantos sufrimientos a lo largo de tantas generaciones; de las tradiciones que habían sacado tanta sangre y lágrimas al pueblo durante dos o tres mil años, tradiciones a las que, hasta la fecha, hay que combatir.

—Ahora les toca a los novios hablar sobre cómo se conocieron y su noviazgo.

—Che Ganzi, ¿qué vas a decir? ¿Cómo puedes hablar de algo así? ¿Les dirás cómo nos conocimos? ¿Les contarás cómo me engañaste en 1974, durante la campaña contra Lin Biao y Confucio, tomando el lugar de tu patrón? Eso no estuvo nada bien; pero a la larga, tu treta fracasó y ahora eres mío... Che Ganzi, yo no puedo decir nada... ¿cómo podría? Tú tienes coraza, eres fuerte. Di algo, habla.

—Ahora les toca al novio y la novia hacer una presentación.

Otra vez el estallido de aplausos y de petardos. Al mismo tiempo, una sonora melodía llenó el salón. La boda llegó a su cúspide, a su apogeo. Se oyeron inmediatamente ovaciones por todos los rincones de la taberna.

—El primer número: sembrar cacahuates.¹

Estos malditos jóvenes siempre buscaban alguna manera de burlarse y tomarles el pelo a los recién casados. Se hacía separar a la pareja y estar de pie frente a frente con una distancia de tres metros. Guihua abrió la boca lo más que pudo. Che Ganzi lanzó los cacahuates, uno por uno. Al principio, todas las semillas le cayeron a Guihua en la cara, en la nariz, sobre el cuello... Finalmente uno acertó y logró entrar en la boca.

—¡Le dio, le dio! ¡Felicitaciones! Que pronto tengan un hijo.

—Segundo número: los dos muerden la misma manzana.

¿Cómo? Otro más difícil. Según la costumbre, por difícil que sea el juego, los dos tienen que hacer lo posible para aprender a

¹ Para los chinos, el cacahuete es el símbolo de la reproducción humana, porque el segundo carácter de su nombre significa "dar a luz", mientras semilla significa "hijo".

hacerlo. Era la voluntad de todo el mundo. Había que alegrarlos a todos, hacerlos sentirse bien, y hacerlos compartir la felicidad de la pareja. Una manzana grande y roja había sido colgada en lo alto. Guihua no pudo alcanzarla ni siquiera de puntitas. La multitud se animó más, gritando, riéndose a carcajadas, aplaudiendo.

–Che Ganzi, ayúdale a sacar un bocado.

–Che Ganzi, aliméntala, ayúdala a darle una mordida.

–Che Ganzi, levántala, para que la alcance.

Seguidos por este juego, pues, hubo más, el tercero, el cuarto, el quinto...

¿Cómo? También han venido el jefe del batallón miliciano Wu Manniu, la representante de la federación de mujeres Wu y la jefa del Comité Vecinal Xiao...

–Bienvenidos. Siéntense por favor. Ustedes son huéspedes de honor. Sírvanse caramelos, cigarrillos. Es un honor que hayan venido. Eso demuestra lo que sienten por Guihua y agrega alegría a la fiesta y a la taberna... Cada nuevo amigo es un camino que se abre. Mientras más armonía, más prosperidad.

Durante todo el camino, Guihua se tambaleaba de un lado a otro al compás de la sacudida del camión, ella no apartaba su mirada de Che Ganzi, mientras una serie de escenas maravillosas pasaban ante sus ojos. Ella mantenía sus manos entre las mangas, apretando el certificado con el sello rojo oficial que el jefe Xiao le había dado esa mañana.

–Guihua, Guihua. ¿Qué te pasa? ¿Por qué no hablas?

Che Ganzi apretó el botón de la bocina para despertarla del sueño.

–Hermano. Estoy pensando en...

–¿En nuestra boda?

–Fue muy animada y alegre... ¿no?

Estas palabras le sonaron como una orden de ataque.

La luz del Sol iluminaba su cara, llenando de energía su corazón. Se sentía más fuerte, valiente, invencible. Sus ojos se habían vuelto más brillantes, como dos estrellas en el cielo.

Esta escena no pudo escapar de los ojos vigilantes de Wu, la representante de la federación de mujeres, quien les echó un vistazo. Empezó a reprender a Che Ganzi en calidad de jefa.

—Ustedes, los choferes, cuando conducen un vehículo, tienen que fijar su atención en el camino. Hay que preocuparse por la seguridad de sus pasajeros. ¿Me entiendes? ¡Fíjate en el camino!, sobre todo ahora que llevas a varios cuadros de la aldea. Cuando lleguemos a la oficina cantonal, entonces vamos a ver qué tanto sabes y cómo te comportas.

Che Ganzi hizo un gesto despectivo, y hasta Guihua, normalmente tan gentil, hizo un gesto similar. En ese momento ellos no temían hacerle desprecios a la representante de la federación de mujeres. El gobierno cantonal era del pueblo, de todo el pueblo, no solo de los Wu y los Xiao. Guihua lo miró pensativa: “Quizás hoy mismo estemos oficialmente casados.”

De repente, se oyó una voz que gritó desde la caja del camión.

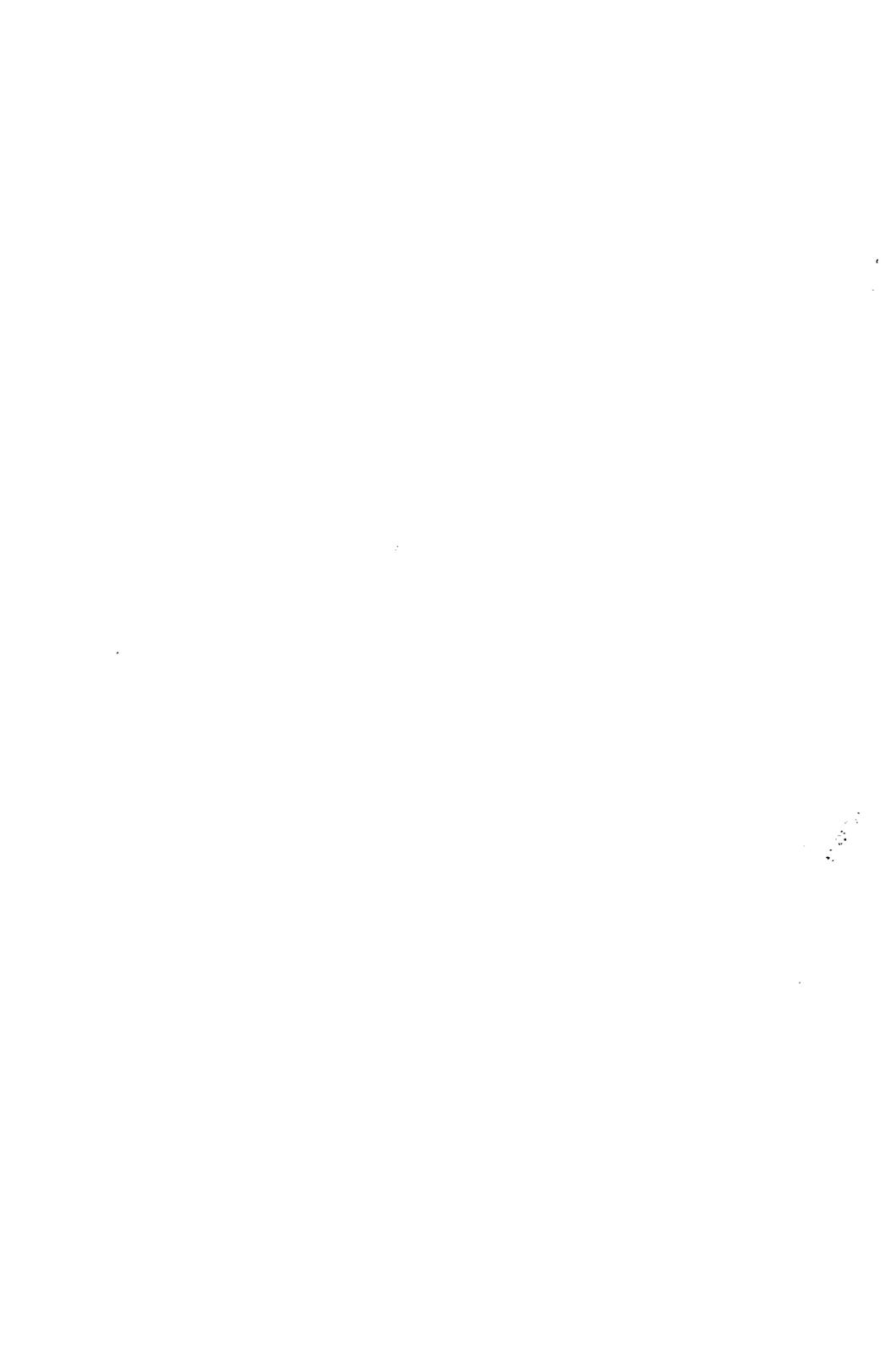
—Miren. Allá está la oficina del gobierno cantonal. ¿Es nueva esa antena de televisión en el techo?

—¡Sí, miren la antena de televisión!

La obra fue terminada entre finales de mayo y principios de junio de 1985, en el hotel vacacional de Guanzhou. La primera revisión fue terminada a mediados y a finales de julio en la ciudad Lüshuen. El visto bueno se dio el treinta de septiembre en la isla Perla de Guanzhou.

CRONOLOGÍA

Dinastía Shang	siglo XVIII (?) - XI a.C.
Dinastía Zhou	1027 - 221 a.C.
Dinastía Qin	221 - 206 a.C.
Dinastía Han	206 a.C. - 200 d.C.
Fragmentación del imperio	220 - 589
Los Tres Reinos	220 - 280
Jin Occidental	266 - 316
Los Dieciséis Estados de los Cinco Bárbaros	301 - 439
Las Seis Dinastías del Sur	317 - 589
Dinastía Sui	518 - 618
Dinastía Tang	618 - 907
Periodo de los Diez Reinos y las Cinco Dinastías	907 - 960
Dinastía Song del Norte	960 - 1125
Dinastía Song del Sur	1126 - 1279
Dinastía Yuan (Mongol)	1280 - 1368
Dinastía Ming	1368 - 1644
Dinastía Qing (Manchú)	1662 - 1911
Triunfo del Partido Comunista	1949
Gran Salto Adelante	1958
Revolución Cultural	1965
Reformas	1978



Mujeres virtuosas del Arenal de las Ocas Amorosas,
se terminó de imprimir en el mes de septiembre de 2000
en los talleres de Encuadernación Técnica Editorial, S. A.
Calz. San Lorenzo 279-Loc. 45 al 48, Col. Granjas Estrella,
09880 México, D. F. Se imprimieron 1 000 ejemplares más
sobrantes para reposición. Cuidó la edición la Dirección
de Publicaciones de El Colegio de México.



MUJERES VIRTUOSAS del Arenal de las Ocas

Amorosas –novela del escritor chino contemporáneo Gu Hua, quien actualmente vive en Vancouver– nos acerca, en un magnífico relato

dual, a dos mujeres separadas por casi un siglo y unidas por un mismo paisaje y por una sociedad que las aliena del uso de su cuerpo y de su sexualidad. Ambas historias se intersectan al compartir una situación opresiva y se alejan en el tiempo al cumplir destinos históricos diferentes. Como en otros de sus escritos, Gu Hua nos enfrenta al límite difuso entre realidad y ficción, el cual reta a la supuesta diferencia entre historia y literatura. Para Gu Hua “la literatura no es nada y al mismo tiempo es todo... Digo que es todo porque, independientemente de su origen nacional, racial y continental, independientemente del sistema de signos lingüísticos en que se escriba, no puede apartarse de la sociedad, la vida, los sentimientos y la naturaleza humana”. Esta aproximación ha acompañado las piezas literarias de Gu Hua desde sus inicios como escritor con la aparición de sus primeras novelas en 1962.

